



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Aubón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza Arrieta, Balaguer, Barait, Barzanallana (marques de), Beerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Canete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Casuro, Cervino, Cheste (Conde de), Coliano, Cortina, Corrañ, Coimero, Correa, Cueta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrele, Diaz (José María), Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Enezaray, Epuñaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueras (Angusto Suarez de), García Gutierrez, Gavangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incensgas, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larranaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Liorente, Larraute, Macanaz, Marías, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merás, Montesinos, Molins, (Marques de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orzáiz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Paasio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poiré, Reinoso, Rotes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Russell, Ruiz Aguilera, Saegarrinaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanroma, Selgas, Segoria, Serrano Aizcar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 años.—Europa: 40 francos por año.—Ultra-  
 mar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sen-  
 cillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Julio de 1883.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales li-  
 brerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en li-  
 branzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este  
 medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoc.—La Radiofonia, por don José Rodríguez Moureló.  
 —Los Historiadores antiguos, por D. Eusebio Asquerino.—Espíritu y  
 materia, por D. Pedro Arnó.—Los servidores de la Democracia: Mira  
 beau, Flocon, por Mr. Anatolio de la Forge.—La Emigración en Balea-  
 res y Canarias, por D. Nicolás Díaz y Perez.—El Paraguay, por D. P. de  
 Navarrete.—Campoamor (conclusion) por D. Plácido Langlé.—El centena-  
 rio de Bolívar, por D. Héctor Florencio Varela.—Frases, por D. Alfredo  
 de la Escosura.—Folk-lore: Supersticiones populares, por D. L. Giner  
 Aribau.—¿Como que si hay diablo? por Uriel.—Suelto.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Serie periódica de certámenes en que los ora-  
 dores de más nombre se disputan los aplausos de  
 las tribunas; fiestas más literarias que políticas,  
 en las que hacen superior papel la dialéctica, el  
 amor propio y el ingenio: así define los debates  
 políticos un distinguido escritor. Esta definición,  
 en parte exagerada, pero en parte también exacta,  
 no es, sin embargo, aplicable al debate que ha con-  
 stituido por sí solo todo el interés político de la  
 pasada quincena; es verdad que los partidarios de  
 uno y otro contrincante se han atribuido la victo-  
 ria, es verdad que, ostensiblemente, el Gabi-  
 nete conserva sus primitivas posiciones, y las  
 Cámaras se cierran sin que se haya verificado la  
 modificación ministerial que tan á gritos está pi-  
 diendo la opinion, pero no es ménos cierto que sus  
 fuerzas han quedado más y más quebrantadas, que  
 el país ha visto una vez más puestas en relieve la  
 falta absoluta de programa, la carencia de condi-  
 ciones que son los caracteres distintivos de la si-  
 tuacion creada el 8 de Febrero y sostenida desde  
 entonces por un conjunto de causas que no se ex-  
 plican, como esos dólmenes druidicos, esas pie-  
 dras erráticas que aparecen en las llanuras en po-  
 sicion inverosímil, contra todas las leyes de la es-  
 tática, y que se mantienen así años y años, solo  
 por un milagro de equilibrio; no es ménos cierto  
 tampoco que el debate ha hecho dar un gran paso á  
 hombres políticos de importancia para la creacion  
 de un gran partido liberal que en las esferas del  
 poder lleve á cabo las reformas que el estado de  
 los espíritus reclama, partido que pudo haber for-  
 mado el señor Sagasta si hubiera tenido algo que  
 le falta por completo: temperamento liberal, un  
 poco de voluntad y otro poco de iniciativa. Atraído  
 por fuerzas reaccionarias que despertaban en su  
 seno inclinaciones mal dormidas, dejóse deslizar  
 por la pendiente, y él que habia prometido caer del

lado de la libertad, cayó, sí, pero cayó del lado de  
 la indiferencia, llevando el excepticismo á las es-  
 feras del Gobierno y limitándose á dejar que el  
 tiempo trascurriera, resolviendo siempre en senti-  
 do contrario al espíritu liberal las pocas cuestio-  
 nes cuya solucion no podia en modo alguno dife-  
 rerir.

Aunque solo fuera esto lo que se hubiera con-  
 seguido, adelantar la formacion del gran partido  
 liberal, seria injusto negar al debate político una  
 excepcional importancia á la vez que una gran  
 trascendencia, importancia y trascendencias acre-  
 ditas despues por el discurso del señor Martos en  
 el banquete con que le obsequiaron en los Jardí-  
 nes del Buen Retiro más de trescientos de sus ad-  
 miradores.

El debate político obedecia á una gran necesi-  
 dad. Ya en el período de vida que lleva la situacion  
 fusionista ha dado pruebas suficientes de lo que es  
 en sí y lo que representa, pruebas bastantes para  
 que el país y los hombres que de ella esperan al-  
 gun provecho para la libertad hayan podido con-  
 vencerse del engaño en que les sumió su buen  
 deseo; muchas veces habíase publicado ya la anun-  
 ciada boda del Sr. Sagasta y la izquierda, boda que  
 para todos significaba un movimiento progresivo,  
 boda que habia de separar el constitucionalismo  
 de los centralistas, librándole de fiadores y tute-  
 las que no necesita un partido cuando tiene la  
 confianza de la nacion. Pero á pesar de cuanto se  
 habia dicho; no obstante tantos anuncios en varias  
 formas y diversos tonos, y á todas horas repetidos  
 y comentados, la expresada union no se hacia, y  
 lejos de realizarse, cada vez se mostraba el señor  
 Sagasta más rehacio para emprender la nueva sen-  
 da; por el contrario, siempre que le era posible,  
 echaba mano á un recurso reaccionario, olvidaba  
 formales compromisos; parecia poner empeño en  
 mostrarse enemigo acendrado de toda reforma, en  
 ser obstáculo para toda idea de libertad y de pro-  
 greso. Cansábase la izquierda de aguardar á su  
 desdénsoo pretendiente, del que ella debió ser con  
 afan solicitada, puesto que ella sola tiene el vigor,  
 la fuerza suficiente para galvanizar el gran cadá-  
 ver del constitucionalismo, rendido por el yugo  
 centralista. En repetidas ocasiones, habíase anun-  
 ciado la ruptura, pero siempre en el momento crí-  
 tico, como si su fé en la libertad y en la lógica de  
 los acontecimientos fuera muy grande, la izquier-  
 da retrocedia y daba nuevo plazo al presidente del  
 Consejo, plazo que pasaba como los anteriores sin  
 aportar ninguna modificación en la política gene-  
 ral del Gabinete.

Próximas á cerrar sus puertas las Cámaras, á

punto de paralizarse la vida parlamentaria, hací-  
 ase precisa la celebracion de un juicio supremo que  
 marcara las posiciones, definiera las actitudes,  
 pusiera en claro la situacion de cada cual, ilustra-  
 ra al país sobre el estado de los partidos y su ma-  
 nera de ver cuanto se relaciona con su régimen  
 gubernamental.

Y ese juicio supremo fué el debate político de  
 antemano anunciado y en espectacion del cual  
 terminábamos en el número anterior nuestra  
 Revista General aplazando, para despues que se  
 verificara, nuestra opinion sobre él, pues escépti-  
 cos en cuanto á personalidades se refiere, no que-  
 ríamos adelantar hipótesis sobre él.

El juicio tuvo lugar; fué solemnísimo. Los me-  
 jores oradores de la minoría sostuvieron con bri-  
 llantez la acusacion fiscal. En esa larga lectura de  
 cargos que quedaban sin respuesta, uno tras otro  
 fueron saliendo á luz los desaciertos de la fusion,  
 las faltas graves del Sr. Sagasta, su olvido de las  
 promesas hechas en los tristes dias de la oposi-  
 cion, cuando el poder no era más que una som-  
 bra, que tan pronto pasaba por delante de sus  
 ojos, tan pronto se le huía de entre las manos,  
 dejándole el amargor de la realidad del desenga-  
 ño; sacáronle también á plaza su falta de iniciati-  
 va y de programa, lo inútil de su gestion guber-  
 namental, lo defectuoso de su administracion, lo  
 absurdo de su política, reducida á vivir, lo erró-  
 neo de su opinion al creer que un Ministerio, que  
 una situacion, pueden vivir constantemente en el  
 vacío, encerrados en un quietismo absoluto, ne-  
 gándose á toda reforma, oponiéndose á toda mo-  
 dificación, faltos de prestigio en el país, privados  
 muchas veces del apoyo de una mayoría dividida  
 y rebelde por no tener un jefe caracterizado que la  
 encáuce; y como cargos más y más graves, se le  
 hizo notar el contrasentido que existia entre sus  
 ideas antiguas y su conducta presente, la inutili-  
 dad del cambio ministerial del 8 de Enero, que no  
 ha resuelto ninguno de los problemas pendientes,  
 que no ha traído al Gabinete la más ligera modifi-  
 cacion. La crisis que dió el poder al partido con-  
 stitucional, no se explica si no habia de representar  
 un cambio total de ideas y de doctrinas; la crisis  
 que promovió la salida de los Sres. Camacho,  
 Leon y Castillo y Albareda, no tiene razon de ser,  
 si era solo un cambio de personas, si no significa-  
 ba la entrada en el Gabinete de la idea democráti-  
 ca, que habia de preparar la union del Sr. Sagas-  
 ta con la izquierda. Lejos de esto, como si esas es-  
 feras del poder tuvieran mágico beleño para adormecer  
 á los más despavilados y decididos, apenas  
 entraban los hombres en ellas se iban entregando



á un reposo semejante al de la muerte, que en nada se diferencia de este último; á un aniquilamiento parecido al Nirvana búdico, que absorbe en una muda contemplación toda la actividad de sus extravagantes partidarios. ¿Qué es, pues, qué significa, qué representa, qué vale el Sr. Sagasta? ¿Qué puede esperar de él la libertad? ¿Deben los demócratas seguir dando fuerza á esta situación anómala, inverosímil, siguiendo para con ella la misma conducta de benevolencia con que á su nacimiento la brindaron, y que desde entonces no han desmentido un solo instante?

A todas estas preguntas se dieron contestaciones negativas. No, el Sr. Sagasta, presidente del Consejo de ministros no es el mismo Sr. Sagasta jefe de la minoría constitucional que al oír decir progresista volvía la cabeza por movimiento involuntario, no es aquel acendrado liberal que tantas y tantas glorias prometía. No, la situación actual no puede ser considerada como teniendo carácter fijo y propio, significación clara y precisa en los destinos del país; nada hace por la libertad, nada puede esperar de ella la libertad. Y como consecuencia ineludible de estas negaciones, los partidos que de liberales se precian, no pueden, no, en ningún modo, prestarla su apoyo ni sostenerla con su benévola actitud. Así pues, la izquierda se aparta del Gabinete, abandonándole en la senda de perdición, por la cual corre en desatinada carrera; todo proyecto de inteligencia está roto; de hoy más la izquierda buscará en otra parte la atmósfera que necesita para vivir, acudirá á la opinión, apelará á la propaganda, y se preparará para desarrollar, por sí sola, su magnífico programa, el día en que la fuerza de los hechos la haga llegar al poder.

A estos cargos irrefutables, á estas acusaciones incontestables respondía el presidente del Consejo, lamentando impaciencias y aplazando á sus enemigos para más adelante, para cuando él cumpliera sus propósitos, promesas de reformas, intenciones de liberalizar las leyes, de llevar á la Constitución del 76 el espíritu, ya que no la letra, del Código inmortel del 69. Es decir, palabras, sólo palabras, la eterna cantinela de los constitucionales; pero ni un hecho en que apoyarlas, ni un hecho que las confirme, ni una sola cuestión resuelta en sentido ampliamente liberal. Al ataque razonado, nutrido en datos abundantísimos, contestaba la defensa incierta, vaga, buscando en la fluidez del estilo la fuerza que no podía hallar en la debilidad del raciocinio. La voz del señor Martos sonaba en la tribuna con elocuencia sin igual, pronunciando la acusación severa que ponía de relieve uno por uno los desaciertos del partido gobernante. Y tantos eran los cargos, tan repetidos, tan concluyentes, tal la elocuencia de los oradores, que la atmósfera de la Cámara se caldeó con el fuego de los grandes días de nuestra vida parlamentaria, relámpagos de luz brillaban de cuando en cuando iluminando la discusión, y ante aquel acto solemne de la ruptura definitiva de la democracia benévola con el Gabinete, el mismo Sr. Castelar, cuya actitud desde 1875 no se ha desmentido ni un momento, se levantó también para lanzar su acusación sobre el Gobierno, encontrando en su inspiración aquel estilo enérgico, aquellas frases hermosas de otros tiempos en que la pura idea republicana manaba copiosamente de sus labios sin mezcla alguna de benevolencia que la manchase.

Tal fué el debate político: la última queja de la izquierda que abandona el ideal que había acariciado, ideal de unión con el señor Sagasta para constituir con él un gran partido liberal que ensayase la unión de la monarquía y la democracia, esa utopía de nuestros tiempos. En el debate el nuevo partido se manifestó pujante y poderoso lleno de fe y de convicciones frente á la mayoría dividida, al Gabinete debilitado, al señor Sagasta rendido por una lucha imposible de sostener mucho tiempo. Como quiera que se considere el hecho no se puede desconocer su importancia.

El entusiasmo que entre los amigos y partidarios del señor Martos despertó el discurso del célebre orador hicieron nacer la idea de obsequiarle con un gran banquete en el Retiro. Trescientos cincuenta comensales se reunieron para este fin, y allí, en los históricos jardines del conde-duque de Olivares, entre aquellas frondosas espesuras perfumadas ahora con todos los aromas del estío, después de varios brindis entusiastas en que Becerra clamó porque el señor Martos aceptara la jefatura del partido y manifestó que la bandera de todos debe ser la Constitución de 1869 sin aditamentos que la desnaturalicen, levantóse á hablar el grande hombre político en cuyo honor se daba el banquete, y pronunció uno de sus mejores discursos, encerrando en breves frases todo el programa de ese gran partido liberal á cuya formación se propone cooperar con todas sus fuerzas.

Y allí, entre sus amigos, declaró el señor Martos cómo él había buscado ese partido liberal después del acto del 8 de Febrero, en cuyo acto de gloriosa iniciativa vió el orador la coincidencia de dos fechas, 1868 y 1874 que parecían destinadas por ley de la fatalidad histórica á no encontrarse nunca sino para tener una con otra un choque tremendo y definitivo que produjese una gran catástrofe para la nación, y que ahora, por aquella iniciativa del 8 de Febrero de 1881, y por esa patriótica actitud con que respondió el sentimiento liberal y generoso de la democracia á aquella iniciativa, parecen como destinadas definitivamente á abrirse juntas un cauce ancho y espacioso donde juntas

corran para fertilizar los destinos de la nación.»

Lo había perseguido con ahínco, con afán y para contribuir á su formación nació la izquierda, pero cuando ésta buscó el agente eficaz en los organismos hechos, en el Gobierno y en la mayoría lo buscó en vano, porque no pudo encontrarle. ¿Por qué? El mismo lo dijo con sin igual elocuencia: «ha tenido el país, ha tenido la democracia, han tenido las instituciones, han tenido los resultados inmediatos de aquella gloriosa iniciativa una gran desgracia, y es que esta idea tan grande se ha encontrado en presencia de un Gobierno muy chico. Una idea grande y un Gobierno chico: hé aquí el génesis de esta situación. Porque, señores, todo el mundo vió lo que aquella iniciativa del 8 de Febrero significaba: fueron llamados entonces los que regían los destinos gloriosos del antiguo partido constitucional; fueron llamados para representar la transformación en la paz y la revolución en el poder, y no han representado en el poder más que las vacilaciones, el descreimiento y el miedo.»

Afirmada de este modo la necesidad de que se forme ese partido liberal, claro aparece el fin que se propone, y sin nebulosidades de ningún género lo explicó allí el Sr. Martos. «El Gobierno que vino después del 8 de Febrero traía dentro de sí una fuerza que sentían todos menos él mismo: un vapor ignorado, una luz desconocida, y aquel vapor está ahí y es una fuerza, ¿vamos á consentir que se extinga? Aquel vapor es una fuerza y aquella fuerza es una llama; ¿vamos á consentir que se apague? No; vamos recoger ese vapor, vamos á recoger esa luz, y con el vapor vamos á mover las montañas, y con la luz vamos á iluminar todos los ámbitos del mundo. Por consiguiente, señores, aquí estamos para hacer lo que la situación no ha hecho: para responder á las grandes obligaciones, desconocidas y no comprendidas y no satisfechas por la situación, porque es imposible que las esperanzas del país queden defraudadas, porque es imposible que la iniciativa de la potestad real quede defraudada de la propia manera, y porque, ya que no respondieron los que debían responder á sus obligaciones, aquí está el partido liberal, que va á responder por ellos.»

Lamentábase después el Sr. Martos de la conducta del Gobierno para con la izquierda, obstruyéndola el paso en vez de facilitárselo en provecho de la libertad y de las mismas instituciones que defiende; lamentábase de esa conducta seguida con la izquierda, y que se ha reducido á presentarla como incompatible con la monarquía, siendo así que ella venía precisamente á hacer palpable esa compatibilidad. Y como se quejaba de esta conducta, hacia voto de no seguirla y definía así el nuevo partido:

«La izquierda no es un exclusivismo; la izquierda no cierra y oprime sus flancos para que no penetre ningún otro interés que no sea el suyo; la izquierda es atracción; la izquierda es amor; la izquierda no ha de repetir el ejemplo que yo reprocho á la mayoría y al Gobierno, y en cuya virtud yo he roto con el Gobierno y con la mayoría; sino que ha de abrir generosa y ampliamente sus flancos para que puedan penetrar por ellos todos los elementos y todos los intereses de la democracia moderna. Y así, el partido liberal ha de formarse con la izquierda y con los que están al flanco derecho de la izquierda; con los que están al flanco izquierdo de la izquierda y con los que están á cierta distancia de la izquierda, pero apercibiéndose va á penetrar con bandera alzada en los campos de la izquierda, para llevar adelante y clavar en los alcázares del poder, la bandera donde están escritas las grandes ideas de la Constitución de 1869.»

No se puede desconocer que el nuevo partido viene á la vida pública en inmejorables condiciones: dentro de la monarquía ocupa un lugar preferente, el lugar que no ha querido tomar para sí el constitucionalismo. Si el Sr. Sagasta, comprendiendo la razón de su existencia política, hubiera llevado á cabo, ó á lo menos hubiera intentado llevar á cabo esa unión de la democracia y la monarquía que tanto y tanto se persigue, la izquierda, el partido que ahora se crea, no tendrían razón de ser, hubieran tenido que fundirse con los constitucionales, formando con ellos la gran agrupación liberal, cuyas manifestaciones saludaba con amor el mismo Cánovas, que veía en ella lo mismo que el Sr. Martos: la coincidencia de esas dos fechas, 1868 y 1874, olvido del pasado, enmienda de errores, compostura de muchos tuertos, sanción de hechos que pedían ser sancionados.

No ha querido hacerlo, y el nuevo partido, como dice el Sr. Martos, viene á hacer lo que ni el Gobierno ni la mayoría han hecho; y viene reclamado por la opinión, saludado por los conservadores, acogido con alegría por los partidarios desinteresados de las instituciones que quiere reconocer y apoyar, y contando con la benevolencia de los demócratas puros que de él esperan recibir la suma mayor de libertades.

¡Bienvenido sea, y en buen hora! Aunque empuñado en una empresa que juzgamos imposible, su voluntad, su deseo, merecen un aplauso sincero de todos los que amen verdaderamente la libertad, y lo tendrán, porque vienen á darnos las conquistas preciosas de la Revolución de Setiembre, gloriosos derechos cuyo ejercicio eleva y dignifica al hombre. Si cumple lo que se propone, el país estará con él, como estaba con Sagasta antes del 8 de Febrero; si, como Sagasta, olvida, llegado al

poder y en las dulzuras de la omnipotencia, las promesas de la oposición, el país le retirará su confianza, y falto de este apoyo será lo que hoy es la situación fusionista: un obstáculo para toda idea de reforma, de progreso y de libertad.

Fuera de este hecho de tanta resonancia, las Cámaras han seguido ocupadas en sus tareas habituales, sin que nada digno de ser conocido de los lectores haya ocurrido en ellas durante todo este tiempo. Únicamente debemos apuntar la votación definitiva en el Congreso del proyecto de ley del Sr. Gamazo referente á la rebaja del 10 por 100 en las tarifas de los ferro-carriles. A pesar de los obstruccionistas, á pesar de las grandes influencias puestas en juego por todas las empresas reunidas, á pesar de la reñida oposición con que tropezaba, el proyecto se votó y ya es ley, aunque no se haya promulgado todavía.

Por esta vez, los intereses particulares de unos cuantos caballeros han cedido á los intereses generales del país. Motivo hay en esto para regocijarse, y mucho, que no siempre acontece de este modo. Para que así sea, se necesita un hombre inflexible, recto, sin compromisos, que no se doble ni se deje manejar por nadie; un hombre, en fin, como el actual ministro de Fomento. Cuando abandone el poder el Sr. Gamazo, puede retirarse satisfecho de haber trabajado algo en provecho del país. Pocos entre sus compañeros de Gabinete podrán jactarse de lo mismo.

La crónica exterior de la quincena no aporta asuntos de interés á esta Revista general. Toda la atención, en Francia, háse reconcentrado en el lecho del conde de Chambord, donde las gentes creían ya ver sentado el ángel de la muerte esperando recibir el último aliento del llamado Enrique V, y en torno del cual agrupaban sus impaciencias y sus ambiciones todos aquellos que podían alegar derechos á la decantada herencia, herencia de pretensiones á un trono que no existe y que tiene algo de Dulcinea de unos cuantos quiñotes de la monarquía. El repugnante espectáculo que dan los últimos días de un monarca en las monarquías hereditarias, donde el ser que se va deja un puesto vacío al que se queda, ha venido nuevamente á entretener ocios de gentes desocupadas y servir de base á numerosos cálculos cabalísticos. En uno de los días en que el peligro parecía más inminente, en que el fin se presentaba como más próximo, un periódico autorizado dió á luz algunos puntos del escondido testamento del conde de Chambord, y por él se supo que el conde de París hereda los derechos del enfermo, y á él pasa y en él se perpetúa el derecho divino, residente hasta ahora en la rama directa. Hasta qué punto sería respetada por los legitimistas franceses esta decisión del titulado Enrique V, es cosa que afortunadamente no ha tenido ocasión de verse todavía, y que, á juzgar por el contenido de los últimos telegramas, habrá de aplazarse, á lo menos por algún tiempo.

Contrasta con las luchas, las agitaciones, las controversias de toda clase que en los partidos monárquicos ha despertado la enfermedad del conde de Chambord, la serena indiferencia de los republicanos, que no aguardan ningún conflicto de un hecho tan natural como la muerte de un pretendiente, que tantas esperanzas, por el contrario, hace nacer en sus enemigos.

Regojáanse los legitimistas porque en el cambio de persona y la fusión de los dos partidos creen ver más probabilidades de éxito; regojáanse también los orleanistas, porque con la designación de su jefe llegan al fin de su constante deseo, á la realización de su sueño más deseado, y regojáanse también los imperialistas, fiados, sin duda, en las deserciones que ocurrirán con tal motivo en el campo legitimista y que irán á engrosar sus debilitadas fuerzas. De aquí, que durante toda la quincena, en esos largos días de angustia en que la vida y la muerte reñían empeñada lucha á la cabecera misma del enfermo; mientras la ciencia se declaraba impotente para curar el mal que no podía combatir, y cuya verdadera esencia desconocía; en tanto que unos pocos creyentes acudían á Dios en demanda de un milagro, y los fieles servidores desinteresados repugnaban ocuparse en cosas del mundo, para limitarse al cuidado del jefe casi agonizante, monárquicos de uno y otro bando, cambiaban sus impresiones, se felicitaban ó se entristecían alternativamente y fijaban á todas horas la ansiosa mirada en los boletines médicos, calculando por las pulsaciones del enfermo y sus grados de calentura, las seguridades más ó menos ligeras de un triunfo imaginario.

No obstante, el conde de Chambord no ha cumplido aun los días que el destino le tiene asignado en el libro de la vida, los recursos de la ciencia, las fuerzas del temperamento han logrado vencer la enfermedad, combatirla, y si no inutilizar, detener al menos su acción devastadora en el organismo. Después de una larga batalla de más de veinte días, batalla reñida y desesperada, empezó á iniciarse una ligera mejoría; las fuerzas vitales volvieron á tomar posesión del cuerpo que ya se disponía á abandonar, y la enfermedad cedió. Aunque no del todo fuera de peligro todavía, el alivio señalado prosigue lentamente, y ya los médicos que le asisten empiezan á hacer pronósti-



cos más favorables. Las esperanzas de los impacientes habrán de sufrir un aplazamiento.

No hay noticias interesantes del Tonkin. Los refuerzos que Francia envió a Hanoi no han llegado todavía; en cuanto lleguen darán principio las operaciones, y las víctimas de los salvajes annamitas tendrán cumplida venganza. Se han desvanecido cuantos temores hizo concebir en un principio la actitud que el Celeste Imperio parecía decidido a tomar, y que era un dato importantísimo por lo mismo que significaba que Inglaterra estaba detrás de la China y mantenía el fuego de la hoguera. La actitud de la República, enérgica desde un principio, que no se ha dejado imponer por rectificaciones y amenazas y ha seguido adelante el camino por que la impulsaba la necesidad de dejar bien puesto su nombre y castigar como se merece el feroz atentado de que fueron objeto el comandante Rivière y sus soldados, ha tenido como resultado inmediato el hacer desistir a Inglaterra de toda mala idea que en los primeros instantes la pasase por las mientes, y como consecuencia lógica y natural de este retraimiento de Inglaterra, el Celeste Imperio ha cesado también en sus impertinentes alharacas.

Un nuevo nombre se nos ofrece para la lista de muertos ilustres que vamos formando en esta parte de las columnas de LA AMÉRICA, triste catálogo de hombres célebres cuyas vidas serán asunto de estudio y enseñanza para la historia, cuyas dotes son poco comunes, y cuyas virtudes, sea cualquiera el campo en que hayan militado, pueden servir de ejemplo a las generaciones. Este nombre, famoso en los anales del periodismo, no es menos modesto que digno de respeto y admiración: Juan Alvarez Lorenzana.

Los que en días más tristes que los de hoy para la prensa y la libertad en nuestra patria alcanzaron a verle fuerte y sereno en el combate, entregado a esta lucha diaria que gasta el organismo y consume la inteligencia, elogian cual se merece su estilo, castizo siempre y severo, sus artículos de propaganda y controversia, cada uno de los cuales confundía a sus enemigos, sacando a plaza sus defectos y daba ánimos a los amigos y fe para que perseverasen en el santo culto a sus ideas.

Ellos recuerdan una por una las peripecias de aquella lucha constante por el progreso y por la libertad, y rinden justo tributo de admiración al talento que poseía; ellos nos cuentan y describen con vivos colores el efecto que en el partido entonces gobernante causaban los argumentos sin réplica, los raciocinios incontrovertibles, los juicios rectos y desapasionados del que ya no existe. Los que hemos venido a la vida en época posterior y no podemos aportar recuerdo alguno de aquellas otras, conservamos, sin embargo, íntegro y puro un sentimiento de veneración a esos gloriosos campeones a quien conocemos ya viejos y llenos de cicatrices, pero de cuyo nombre están llenas aún las memorias de nuestros padres, nos hacemos referir sus hazañas para que nos sirvan de estímulo, las comentamos, vivimos la misma vida que ellos vivieron y cada vez que uno de esos viejos soldados de la idea pasa junto a nosotros, nos inclinamos con respeto, porque a ellos debemos el aire de libertad que da pureza y vigor a nuestros pulmones, aliento a nuestro pecho, ideas a nuestra mente. Ellos mataron el absolutismo, ellos elaboraron lentamente la obra santísima de la revolución que nos abrió la era de todas las libertades; gracias a ellos podemos hoy pensar y decir en voz alta lo que pensamos, emitir libremente nuestros juicios, rezar a Dios en cualquiera de sus manifestaciones religiosas; lo que tenemos se lo debemos a ellos que trabajosamente lo conquistaron; lo que aun nos falta lo tendremos también gracias a ellos, que nos alimentaron con la sabia poderosa de sus ideas y nos trazaron la senda que hemos de seguir. Lorenzana era uno de esos hombres, uno de esos veteranos cargados de laureles.

Nacido en 1808, su vida es la vida del siglo en que vivió: abarca cuantos acontecimientos de importancia se han realizado en la península, y a todos ellos va mezclada su memoria. Retirado de la vida activa de la política, vivía hacia mucho tiempo sin salir apenas de su biblioteca, entregado a la meditación y al estudio. Ha muerto tranquilo, rodeado del amor de los suyos y el respeto de los extraños, sin odios, sin rencores, no dejando tras sí más que el recuerdo de sus bondades. ¡Hermosa vida consagrada a la causa del progreso! ¡Hermosa muerte!...

¡Descanse en paz!

Hoe.

## LA RADIOFONÍA.

(Continuación.)

En mi entender, valdría tanto suponer esto como admitir cierto ritmo en la transparencia de los cuerpos, y creer que un movimiento cual la radiación, pierde lo mismo dentro de ciertos límites, y esto, no puede admitirse, porque es igual que creer en la constancia de cualquier movimiento al transmitirse por medio que ofrece resistencia.

Realmente las propiedades de todos los cuerpos son, como formas de su estado dinámico, apariencias y resultados de acciones externas a ellos, pues la manifestación más íntima é íntima de

esas especiales determinaciones de la energía a que llamamos materia, es perfectamente desconocida y como tales formas en ellas ha de influir necesariamente el estado interno de las actividades (eso que se dice constitución ó agregación, y que llamaré más propiamente estado dinámico interior); por donde en último análisis, son producto de verdadera oposición real y efectiva entre cierto estado de energía y otro que tiende a modificarlo. Empleando una comparación, diría que es esto una lucha por la existencia de cierta forma, determinada por la concurrencia de fuerzas especiales contra energías externas al sistema; y así como en un animal, si el medio exterior vence, los órganos y las funciones se modifican adaptándose a él, de igual modo en los cuerpos todos—ya que son verdaderos organismos, pues orgánico es cuanto existe en la Naturaleza, y ella misma entra en la categoría de los seres—si las energías externas vencen, prodúcense en ellos modificaciones especiales que varían el estado de las energías interiores; porque de su variación dependen los diferentes aspectos y propiedades de los cuerpos; de lo cual se deduce que los caracteres de los cuerpos, tales como la temperatura, la transparencia, el poder luminoso, la facultad de producir electricidad y todas cuantas modificaciones experimentan, no son sino adaptaciones de la energía que les dió origen a otras energías que vienen de fuera, semejantes en un todo a esa maravillosa adaptación que tan profundamente modifica animales y plantas.

Por esto me parece que no debe afirmarse de manera tan rotunda y absoluta, la carencia de toda acción de las radiaciones sobre los receptores; porque, si bien es muy cierto que con mayor ó menor intensidad, todos los cuerpos sólidos y gaseosos producen sonidos por radiaciones, no lo es menos que cuanto modifica, viniendo del exterior, la condición dinámica de los cuerpos, influye necesariamente en su manera de ser, y ha de cambiarla, como cambia el medio exterior la condición de cualquier organismo. Concretándonos al caso de los cuerpos transparentes y a la excepción examinada, puede realmente explicarse la igual intensidad del sonido en espesores tan diferentes, admitiendo que el estado de agregación y modo particular del cuerpo para nada influyen en el fenómeno radiofónico? Partiendo de lo establecido, esto es, admitiendo que el sonido se produce exclusivamente por los receptores, y resulta, en último término, de acciones directas de la radiación sobre ellos, no cabe, a mi entender, explicación satisfactoria; porque no puede suponerse que el estado dinámico de un cuerpo permanezca invariable cuando este cuerpo ejecute un movimiento. Si, por el contrario, se admite que la potencialidad ó aptitud de producir sonido, reside en las radiaciones por el hecho de ser intermitentes, entonces, como los receptores quedan relegados a la condición de causa ocasional, reveladora únicamente del efecto producido en el movimiento vibratorio progresivo por la intermitencia, resulta perfectamente explicado que ni la composición química ni el estado de agregación influyen para nada en el hecho de la Radiofonía, y se explica también que sean idénticas las cualidades del sonido con placas rajadas y hendidas, que tratándose de superficies lisas, hecho que tampoco hallo satisfactoriamente explicado dentro de otras opiniones, porque no acierto a comprender que la acción de energías externas a un estado dinámico cualquiera sea la misma, aun cuando tal estado se modifique de la manera que se modifica un receptor, cuando se raya ó se quebranta. A esto puede objetarse que la Radiofonía depende y resulta únicamente de acción ejercida sobre la superficie de los receptores, y por cierto que la objeción está muy en su lugar. No he de negar tal ley, antes bien, creo que debe aceptarse, porque está confirmada, según antes se ha visto, por multitud de experimentos; mas no he de interpretarla con el mismo sentido que le da Mercadier en sus notabilísimas Memorias, pues tengo como punto de partida otra concepción más general del fenómeno de la Radiofonía.

Indudablemente, el estado dinámico de cualquier cuerpo, es resultado de la oposición de fuerzas distintas y función de las variaciones de intensidad de cualquiera de estas fuerzas, por manera, que al determinarse una actividad nueva en ese cuerpo, lo hace siempre por virtud de modificaciones acaecidas en alguna de las energías opuestas; si la modificación es muy profunda, el estado dinámico cambia enteramente para constituirse de otro modo, originándose de esto siempre, por desprendimiento ó absorción de energía el fenómeno químico, pero siendo menos intensa y más externa la modificación citada, entonces el estado dinámico no se altera por completo, no llega a perturbarse enteramente, sino que varía más ó menos, sin destruir el cuerpo, pero haciéndole que experimente cierta variación de movimiento, algo que dura tan sólo lo que dura la preponderancia de una fuerza sobre las demás; que de esta manera los fenómenos llamados físicos vienen a reducirse a acciones mecánicas del orden de la elasticidad, porque tales hechos no son otra cosa sino modificaciones que cesan en el momento preciso de volver las fuerzas a su primitivo estado.

Aplicando esto a la ley enunciada respecto de la influencia de las superficies, y teniendo presente lo dicho acerca de la adaptación de lo antes llamado inorgánico, puede explicarse tal ley por algo semejante a lo que explica la acción de las presio-

nes sobre los cuerpos elásticos, en una palabra, por suerte de sutilísima modificación del movimiento vibratorio. Para ello es preciso tener muy en cuenta que todo cuerpo, en cuanto resultado de determinación de actividad natural, posee además de cierta energía potencial, transformable en el acto del cambio de estado, movimiento vibratorio que se extiende por todo él; así es que no son los cuerpos, como a primera vista parece, cosa muerta ó estática, perfectamente inerte, sino centro y asiento de movimientos sin número y acciones variadísimas ocasionadas por incansables cambios de las energías que al determinarse los constituyen. Por esto pienso que lo que sucede, al incidir cualquiera radiación intermitente sobre un cuerpo, es solamente cierta variación superficial en el movimiento vibratorio de este cuerpo: la radiación llega a él dotada de esta potencialidad, de esta aptitud de producir sonidos, y como no hay movimiento que para determinarse no necesite de los cuerpos, porque ellos y en ellos se dan todos los fenómenos de la naturaleza, resulta que aquella vibración, más externa, aquél movimiento de la superficie se adapta muy pronto a la energía externa, a la radiación que experimentando entonces la reacción del estado dinámico del cuerpo contra su energía, determina la potencialidad que posee y produce sonido. Por esto el cuerpo en nada se altera y queda lo mismo después de producirse el fenómeno radiofónico.

Conviene insistir más sobre esto. Según cuanto llevo expuesto, creo es fácil explicarse que la Radiofonía resulte de acción ejercida principalmente sobre la superficie de los receptores, teniendo solo en cuenta las leyes generales de la dinámica. Supóngase que una corriente de aire choca con un árbol, por ejemplo; nadie ignora que el vegetal se agita, que sus ramas se mueven con violencia, y que se produce el característico sonido del viento, ¿podrá decirse que es el árbol quien suena? A nadie ocurrirá pensar tal cosa, porque nadie ignora que la masa de aire que se traslada, cuando encuentra obstáculo que a su paso se opone, determina aquella inmensa potencia adquirida en su rápido movimiento y produce el rugido con que tal aptitud se manifiesta en el fenómeno mecánico del sonido. No es la radiación otra cosa que viento sutilísimo, movimiento casi inmaterial que de un punto a otro se traslada con velocidad inmensa, y cuando este viento ideal (permítase la frase) choca con un obstáculo también en movimiento, no lo mueve, es cierto, no lo agita con violencia, como agita el viento la rama de los árboles, pero produce en su superficie cierta modificación, y esta superficie, reaccionando sobre la radiación de manera semejante a la que tiene de reaccionar la banda de la mesa de billar contra la bola de marfil que con ella choca, determina y hace visible aquella potencialidad que la radiación adquiriera en el acto de la intermitencia. Si tal no fuese la influencia de las superficies, si así no se explicase la ley enunciada por Mercadier y comprobada por Tyndall, no sabría darme cuenta de las relaciones del sonido con la propiedad absorbente de los receptores, ni me satisfaría tampoco la necesidad de hacer intermitentes las radiaciones para que suenen, puesto que si todo depende de los receptores, nada debe adquirir el movimiento vibratorio en el acto de interrumpirse muchas veces en la unidad de tiempo.

Quizá pueda decirse que esto, si explica lo que pasa con los receptores sólidos, no sirve en lo que se refiere a los gaseosos. Sin embargo, en mi entender, también es aplicable la hipótesis para los experimentos de Tyndall. Debo advertir que, tratándose de los gases, cuerpos constituidos de muy diversa manera que los sólidos, la acción de las radiaciones se extiende a toda la masa, pues de otra manera no responderían a las propiedades que se derivan de la constitución del estado gaseoso. Dentro de las determinaciones de la energía, es un gas lo menos concreto, lo menos hecho, lo de menor consistencia y mayor movilidad; por lo tanto, está dotado de mayor elasticidad y de cierta facultad especialísima para transmitir, sin disminuirla en nada, cualquiera presión ó movimiento que sobre él se ejerza; si se compara el sólido menos denso con el gas dotado de mayor peso, nóntanse diferencias muy considerables.

Todo en el sólido está determinado; todo en él es constante: forma, volumen, peso y resistencia, de tal manera, que el sólido constituye el mejor ejemplo de lo estático, de lo inmóvil, de lo permanente; en cambio el gas, ni tiene forma ni volumen, es siempre transparente, y si se colora es con tintas casi imperceptibles que más parecen residir en los sólidos vistos a través de él que en el gas mismo; sus agitaciones son rapidísimas, sus movimientos infinitos, constituyendo por ello el mejor ejemplo de la soltura, de la movilidad y de la ligereza. Pero así y todo, con ser los gases cosa tan sutil é impalpable, ofrecen resistencias variables a la acción de otros movimientos todavía más ténues y leves que los que ellos tienen; por eso, cuando las radiaciones intermitentes inciden sobre los gases, tienden, cual en los sólidos, a mover toda la masa al unísono de sus oscilaciones, pretenden modificar el estado dinámico especial de las energías interiores, y como éstas reaccionan sobre la radiación, manifiéstase y determinase por las mismas razones que en los sólidos aquella aptitud adquirida antes de llegar al receptor gaseoso. Esta brevísima consideración paréceme que explica con toda claridad los resultados obtenidos en los experimentos de Tyndall.



También muy brevemente puede explicarse otra ley de la radiofonía en la cual se consigna que tal fenómeno es resultado de acción directa de las radiaciones sobre los receptores. Si así no fuera, si la radiación, antes de llegar al receptor accionase sobre algún otro cuerpo ó invirtiese su energía en trabajo de otra índole, su potencialidad se determinaría de manera distinta, pues es condición indispensable para que un fenómeno se produzca la presencia de los elementos que á tal producción concurren. Por tanto, la acción directa que en la ley se consigna es cosa naturalísima; se precisa que cualquiera radiación actúe directamente sobre un receptor sólido ó gaseoso, como se requiere medio elástico para la transmisión de todos los sonidos.

Sin duda alguna, es la cuestión más importante que puede ocurrirse al estudiar la radiofonía, aquella que se refiere á las relaciones del sonido producido con el poder absorbente de los receptores, cuestión que tiene grandísimo interés en cuanto da medios para determinar, por medio del sonido, propiedades muy singulares de sólidos y gases, que antes por medio de la electricidad se determinaban, y no pasaría acaso de la categoría de fenómeno curioso el hecho radiofónico, si no hubiera dado ocasión á que los dos físicos que más se ocuparon de él y singularmente Tyndall, determinaran cierta dependencia, por lo ménos en cuanto á la intensidad del sonido radiofónico del poder absorbente de los receptores, de cuya determinación puede deducirse otra ley de carácter distinto de las estudiadas hasta ahora, referente á asignar la propiedad especial de producir sonidos á las ondas térmicas ó de mayor longitud que ocupan la porción infrarroja del espectro que, según observación muy reciente, se extiende bastante más allá de los límites que se le designaron. Resulta de cuantos experimentos se practicaron, que si no influyen en el sonido radiofónico ni la naturaleza ni el estado de agregación de los receptores, puede modificarse la sensibilidad de los sólidos, cubriendo su superficie con sustancias dotadas de gran poder absorbente para las radiaciones térmicas y la de los gases mezclándolos con otros que absorban también mucho calor; de lo cual puede llegarse á deducir que la propiedad de producir sonidos por influencia de radiaciones, es función del poder absorbente de los receptores para los rayos térmicos. Como se vé, la cuestión es por todo extremo interesante, ofrece ancho campo á la inducción, y precisa, por lo tanto, ser estudiada con algún detenimiento, atención y cuidado.

Conviene recordar, aun antes de los experimentos que sirven de base para establecer relaciones entre el sonido y la absorción, los estudios de Tyndall, referentes á la determinación de tal propiedad en sólidos y gases, ya que nadie ha llegado á resultados tan importantes y concluyentes como los obtenidos por el eminente profesor. Desde Meelloni, cuyos experimentos iniciaron los procedimientos modernos, era ya conocido el poder absorbente de las diferentes sustancias, que no es otra cosa sino la apropiación de cierta cantidad de energía térmica que los cuerpos toman de las radiaciones que inciden sobre ellos. Siendo la radiación movimiento vibratorio progresivo, resultará que toda sustancia, todo estado dinámico opuesto ha de experimentar alguna modificación, que puede ser de dos modos, según el estado dinámico rechace y refleje la radiación, y en este caso, nada ó casi nada influirá en el cuerpo, ó que se apodere de parte de su movimiento para trasformarlo en potencial, en cuyo caso se determina el llamado poder absorbente. Suponiendo cualquier cuerpo, al cual lleguen radiaciones térmicas, sucederá una de estas dos cosas; ó el cuerpo rechaza la radiación, y no se calienta y la trasmite, al modo que un vidrio transparente deja paso á la luz, ó se la apropia, adquiriendo por ello la propiedad de calentarse ó de emitir, después que la acción térmica ha cesado aquella radiación que absorbera, cuyos hechos representan, en mi sentir, fases distintas y como grados de adaptación de un movimiento á otro; porque al modo que unos seres rechazan casi por completo la influencia del medio externo, resistiéndola mucho tiempo y no modificándose, sino á la larga, por su acción, y otros, por el contrario, poseen esa aptitud de apropiación de lo externo á ellos, de tal modo que transformados en su interior pueden luego transmitirlo, como si se tratase de cosas que en sí mismos poseyeran, así los distintos estados de determinación de la energía pueden modificarse más ó ménos por acción de movimientos exteriores; y como se dijo que las propiedades que en ellos estudiamos dependen de la oposición de estas dos acciones distintas, resulta que tanto puede ser mayor la acción interna, que la externa sea rechazada; ó tanto puede ser débil ésta, que aquella prepondera, y modificando el estado de las energías interiores, haga aparecer al cuerpo con propiedades que parecen propias y exclusivas de las fuerzas exteriores; mas téngase muy presente que no en absoluto dominan unas acciones sobre otras, sino que en todos los caracteres puede notarse el influjo de ambas causas, de modo semejante al que se notan en las combinaciones químicas ciertas propiedades de los componentes.

De lo dicho resulta que los poderes absorbentes y reflector, no son otra cosa que diferentes resultantes de las mismas fuerzas cuando actúan con intensidad diversa: al incidir las radiaciones térmicas sobre los cuerpos, se verifica el fenómeno

de la oposición de un estado dinámico contra otro: concurren dos fuerzas distintas, y la resultante ha de dirigirse en sentido de la mayor; por eso, si preponderan las radiaciones, el cuerpo será absorbente, y si su estado dinámico resiste, entonces reflejará la radiación; pero son de tal naturaleza ambas acciones, que aun á la resultante, transmiten algo de su carácter, lo cual explica el hecho de que ninguna sustancia sea absolutamente absorbente, ni absolutamente reflectora; puesto que no hay cuerpo, por transparente que sea para el calor, que no se caliente algo, ni existe sólido, líquido ó gas que interrumpa en absoluto una radiación apropiándose la por entero. Este sentido que se da á los poderes absorbente y reflector explica también el hecho de que todo cuerpo emite las mismas radiaciones que absorbe; porque como tal propiedad tiene carácter de resultante, en ella han de preponderar las propiedades de la energía dotada de más intensidad, ya que todo cuerpo solicitado por fuerzas desiguales sigue siempre la dirección de la mayor.

Llega el profesor Tyndall á las mismas conclusiones, siguiendo camino muy distinto y empleando razonamientos muy diversos. Su procedimiento de experimentación en cuanto á sólidos y gases consistía en someter los primeros á acción de radiaciones térmicas, midiendo por desviaciones galvanométricas la cantidad de calor absorbido por cada cuerpo: para ello partía de la comparación hecha con dos láminas metálicas, pulimentada y blanca una y ennegrecida otra, entre las que colocaba un foco de calor, midiendo en el galvanómetro la acción del foco calorífico sobre cada una de ellas. En cuanto á los gases, poco variaba el procedimiento experimental; colocabábase tales cuerpos, perfectamente secos y puros, dentro de tubos á propósito, cuyas extremidades estaban cerradas por placas de sal gema, y haciendo actuar sobre ellos radiaciones térmicas, podía medirse su facultad absorbente como en el caso anterior. De esta manera, practicando experimentos con multitud de cuerpos, en diferente estado, se llegó á dividirlos y agruparlos en dos series, llamando cuerpos *atermanos* á los que son perfectamente opacos al calor y lo absorben completamente, y cuerpos *diatermanos* á los que son transparentes para las radiaciones térmicas, y las dejan pasar sin tomar ni apropiarse nada de ellas; mas téngase en cuenta que tales aptitudes no las poseen los cuerpos en absoluto, porque no hay sustancia que sea perfecta y exclusivamente *atermana* ó *diatermana*, según el mismo Tyndall ha demostrado precisamente en uno de sus más notables experimentos de radiofonía.

Según los experimentos de Mercadier respecto de los sólidos, resulta que cuerpos tan poco á propósito para receptores como el papel y la tela, conviértense en materia muy adecuada para ellos si se les recubre de una capa de cualquiera sustancia muy absorbente, y en general, toda superficie dotada de este poder produce sonidos mucho más intensos que los producidos por superficies pulimentadas ó de colores claros. Por su parte, Tyndall obtuvo los mayores efectos radiofónicos con gases y vapores que absorbían muchas radiaciones, y podía aumentar la intensidad del fenómeno mezclando con un gas muy transparente para el calor, otro que lo dejara pasar con dificultad, notándose que la intensidad del sonido era tanto mayor, cuanto fuera más grande el poder absorbente del gas, de donde pudo deducirse cierta relación de proporcionalidad entre el poder *atermano* de los receptores y el sonido producido por radiaciones intermitentes.

Comprobada esta ley por muchos experimentos, y no habiendo otras excepciones sino los vapores de iodo y de bromo, que aunque bastante *diatermanos* producen sonidos intensos por causas que más adelante se verán, veamos de qué manera puede explicarse dentro de la doctrina expuesta hasta el presente. Admitiendo que la potencialidad de producir sonidos reside en la radiación cuya aptitud adquiere en el acto de hacerse intermitente, resultando en último término el sonido de la oposición de dos energías, pareceme consecuencia perfectamente lógica y bien fundada que la intensidad del sonido dependa del poder absorbente del receptor, porque teniendo presente el sentido que se ha dado á la absorción y la manera de explicarla, y recordando que la intensidad de todo sonido depende de la amplitud de las vibraciones que lo producen, llegamos á encontrarnos en el caso de un cuerpo que experimenta variaciones en su energía interior, por virtud de fuerzas externas, y como aquella ofrece resistencia considerable, absorbe primero y luego rechaza la influencia exterior, con tanta más fuerza cuanto sea mayor la resistencia que su estado dinámico oponga. Sucede, pues, aquí, cosa parecida á lo que sucede en el trabajo de un gas comprimido que adquiere gran fuerza elástica y causa ó ejecuta trabajos proporcionales y equivalentes á la fuerza elástica que por comprensión adquirió; un gas muy comprimido puede mover una máquina con velocidad equivalente á su tensión; en el caso de la radiofonía los receptores muy *atermanos* son como máquinas de comprimir de mucha potencia; se apropian gran número de radiaciones, pero como á medida que las absorben las rechazan, por la resistencia que su estado dinámico ofrece á las modificaciones que solicitan las fuerzas exteriores, y las rechazan con violencia, se determinan esas ondas sonoras tan intensas porque al efecto de la

determinación de la potencialidad que la radiación posee se une en este otro efecto que aumenta considerablemente el sonido.

Para llegar á esta explicación, no se invocan ni hechos nuevos, ni resultados distintos de los obtenidos hasta el día, sólo se aplica á lo conocido criterio diverso, á mi ver más conforme con el sentido dinámico de la ciencia actual. Si la absorción resulta, como va dicho, del conflicto y oposición de dos fuerzas cuya intensidad varía, y si á ésta absorción, que no es otra cosa sino la suma de estas mismas fuerzas, ha de seguir inmediata radiación de las vibraciones absorbidas, radiación que se hace con tanta más intensidad cuanto mayor sea el poder *atermano* de los cuerpos, el efecto de ella ha de venir como á reforzar y dar aptitud para producir sonidos con mayor fuerza á la radiación primitiva que sobre el receptor incide. Y tanto me parece esto conforme con la verdad, que creo que si pudiese medirse la cantidad de sonido que puede producir en un mismo receptor, una radiación cualquiera y la cantidad de radiación absorbida que éste devuelve en la misma forma, se hallaría que el sonido total, en cuanto á su intensidad, se compondría del correspondiente á la radiación primitiva, más el propio de la emitida por el cuerpo absorbente. Además, si así no sucediera, no hallaría explicación el hecho de la continuidad del sonido, cuando la causa que lo produce actúa de modo intermitente sobre los receptores, como si fuese preciso dar tiempo á que estos emitiesen la misma radiación que habían absorbido y almacenado en su superficie por medios muy semejantes á los empleados para almacenar fuerza elástica comprimiendo gases; que las mismas leyes han de aplicarse á lo más tangible y material, que á los más sutiles y rápidos movimientos si se quiere que dinámica sea toda la ciencia del universo.

Al explicar de esta manera las leyes de la radiofonía, no pretendo erigir en dogma mi opinión, ni ménos imponer esta hipótesis como cosa definitiva y en absoluto probada; la consigno únicamente por si puede servir de base á nuevos trabajos, y al exponerla debo declarar que sólo he pretendido alcanzar el mismo punto á que Tyndall y Mercadier llegaron, empleando métodos y razonamientos enteramente distintos del suyo.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

(Se continuará.)

## LOS HISTORIADORES ANTIGUOS.

### II Y ÚLTIMO.

Los personajes históricos de la antigüedad no se subordinan más que á sus dioses, solamente á ellos obedecen en sus determinaciones, se puede decir que cuentan realmente con poderes que no les oponen obstáculo, porque no son más que personificaciones de sus propias voluntades.

El destino es el solo poder que domina los héroes de la historia, como los del drama antiguo; pero este poder no tiene relación con la actividad humana, se someten á este destino, *fatum*, con tanta resignación como terror. Saben perfectamente que obran como buenos ó malos ciudadanos, como valientes ó cobardes soldados, como libertadores ó tiranos de su patria, y no piensan en deferir una parte de responsabilidad á poderes superiores, de los que ellos no serían sino los instrumentos.

En una palabra, no es la responsabilidad su obra personal, sino el resultado final de esta obra lo que ellos defieren el destino.

La historia es en el orden cronológico el primer género que se ofrece á la humanidad, y la aparición ó trasformación de cada género corresponde á una evolución del espíritu humano. También en Grecia los pueblos después de haber saboreado, durante muchos siglos, el encanto infinito de las epopeyas ven las relaciones en que lo divino y lo humano se habían confundido, en que los hechos revestían un carácter legendario y maravilloso, experimentan la necesidad de conocer de una manera más cierta, más positiva, los sucesos de que sus padres han sido los testigos ó los actores.

Se abandonan las fábulas encantadoras, las ficciones ingeniosas; se quiere *saber*, es decir, adquirir un conocimiento exacto de las cosas reales, no es ya lo posible ó lo verosímil lo que atrae la atención, es lo verdadero. Entonces el historiador, *aquel que sabe*, sucede al poeta, *aquel que crea*.

Pero no es empresa fácil la de tomar, desde el primer ensayo, posesión del dominio de la realidad. Por esta razón, hemos expuesto en nuestro artículo anterior, Herodoto mezcló algunas fábulas á la relación de los sucesos, y derramó un color profundamente religioso en toda su obra, á pesar de que nunca los hechos reales habían aparecido con más viva luz.

Mas se reanima bien en el escritor nacional, el contemporáneo de los libertadores de la Grecia, de estos hombres que la víspera de dar la batalla de Salamina invocaban para el triunfo de su patria á los héroes de la isla célebre, Ajax, Zelamon, reanudando también las heroicas inspiraciones del presente á los recuerdos épicos del pasado. Tucídides es un historiador más grave y más austero. Ama la verdad sin velos, sin ficciones,



sin colores prestados. Asiste á esta terrible guerra del Peloponeso, percibe y marca desde luego su carácter esencial. No se vale de resortes misteriosos, de la intervencion de la divinidad; la política sola prepara y conduce los acontecimientos, promueve los cálculos de móviles puramente humanos.

Thucídides ve, comprende, juzga los hombres y las cosas con alta imparcialidad. Su sólo cuidado es el de conservar á los personajes su verdadera fisonomía.

Este génio sóbrio y vigoroso separa de el asunto todos los principios que le son extraños, y presenta los hechos como un conjunto de causas y de efectos, obra del hombre, de sus pasiones, de sus intereses, y de capacidades que sirven las unas á las otras.

Juzga el pasado de un país con sutileza, y despliega pintando el cuadro de los primeros siglos de la Grecia, sagacidad, unidad de conocimiento de las materias estudiadas.

Su mirada se detiene impasible sobre los actores del gran drama que se propone de contar á las generaciones futuras.

Thucídides es todavía artístico poeta en el arreglo, en el plan de sus obras. Para él la guerra del Peloponeso es una tragedia de que la expedición de Sicilia forma la peripecia dolorosa. Todos los esfuerzos del escritor tienden á presentarla con su verdadera luz, á hacerla resaltar, á ponerla de relieve, á la manera del arte antiguo.

Parece que obtenido este resultado, han faltado á Thucídides para terminar su obra, no solamente el tiempo, sino el interés y el valor.

No le encuentra la crítica otras faltas que las que son inherentes á los historiadores de la antigüedad. Los autores se veían forzados á agotar su propio fondo; eran, realmente, más creadores que los modernos. Las comunicaciones en aquel tiempo eran infinitamente más difíciles, menos frecuentes y menos regulares; las piezas diplomáticas y justificativas menos numerosas. Se escribía mucho menos, y la escritura fija el momento fugitivo, mientras la palabra, hablada con frecuencia, le desnaturaliza.

Xenofonte, que vuelve á tomar el hilo de los sucesos de la Grecia allí donde Tucídides le ha dejado caer, observa en su narración una gracia sin aderezo y una extrema sencillez que se reflejan en su estilo. Su pensamiento es menos vigoroso que el de Tucídides y le dirige frecuentemente á las preocupaciones religiosas de Herodoto.

Pero la comparación de las instituciones de Lacedemonia y de Atenas, está llena de observaciones juiciosas, mezcladas muchas veces con finas ironías lanzadas contra la ciudad democrática. En la *Retirada de los diez mil* nos traza un itinerario á través de las provincias occidentales del imperio de los persas, notable por sus limpios y curiosos detalles y por la modestia con que este noble espíritu habla de sí mismo.

En *La Ciropedia* resalta, sobre todo, un color oriental; Xenofonte no ha pretendido hacer acaso una obra de historiador, sino que le ha excitado á escribir, bajo la forma de un romance, una protesta contra el gobierno popular de los atenienses.

Los griegos se familiarizaron con las razas vecinas cuando siguieron á Alejandro en la conquista del Asia hasta el Indo. Pero las aptitudes de su bello génio, que habia brillado en los horizontes limitados de la madre patria, perdieron su equilibrio sobre un teatro muy vasto, y bajo las impresiones, muy multiplicadas, de una zona tropical. Su imaginación, como las tintas del sol asiático, el amor de las relaciones fabulosas transformaron muchos escritores de esta época en romanceros á los que se podría aplicar la palabra del poeta latino:

*«Quidquid græci mendax audet in historia.»*

Su contacto con la gravedad romana, volvió á impulsar los espíritus cultos de la Grecia al sentimiento de su dignidad, y les restituyó su antiguo temple. Polivio comienza la série de los escritores prácticos avezados á los negocios; legisladores, diplomáticos, ticticos. Ellos son instruidos y quieren instruir á su vez; los hechos que refieren están destinados á moralizar á los hombres, á esclarecer á los políticos, á los generales de las edades futuras.

Polivio, que ha inventado el género nuevo, es al mismo tiempo el modelo más perfecto. Las introducciones, las digresiones, los discursos, abundan en su obra. Su crítica es ingeniosa, sus observaciones espirituales y con frecuencia profundas. El admira la sabiduría, la virtud, el valor de los romanos; pero su ambición desmedida, encuentra en él un juez severo.

De los que han escrito la historia, despues de él, ninguno ha podido superarle, ni el sábio, pero poco exacto Diodoro, ni Dionisio de Halicarnaso, á pesar de sus laboriosas hipótesis y sus pretenciosos períodos, ni el amable y honrado Plutarco, tan lleno de los recuerdos de la antigua grandeza de su nación, ni el elegante Arriano, imitador de Xenofonte, ni tantos otros escritores y polígrafos que arrojan un último lustre sobre la decadencia de la literatura griega.

¿Por qué Roma ha conquistado al mundo, por qué el imperio ha sucedido á la república, cuáles son las verdaderas causas, las causas primeras de la grandeza y de la decadencia romanas? Todos los historiadores latinos, Salustio, Tácito, como Tito Livio, no tienen sino una palabra para explicarla: la virtud republicana perdida en el lujo.

El primero, en fecha, de los verdaderos historiadores de Roma, es Salustio. Unido á César, ha sabido, sin embargo, colocarse á cierta distancia de los sucesos que describe, y ha obtenido así felices efectos de perspectiva; pero ha guardado las pasiones de testigo ocular y de hombre de partido. De la complicitad de César en la conspiración de Catilina no deja subsistir más que un mártir, y borra en lo posible y disminuye el mérito del cónsul Ciceron.

En su *Yugurtha* concentraba el interés principal sobre Mário, el jefe popular que indirectamente, quizá, ha contribuido más al advenimiento del imperio. Por otra parte, él ha sabido elegir con tacto y con gusto los asuntos que convenían á su talento, trazando pinturas en cuadros muy restringidos, y bosquejando sus caracteres de un modo pintoresco, y dramatizando vivamente los sucesos.

El ha pintado también con rasgos de fuego la profunda corrupción de su época que hacia inevitable la ruina de la República. El debía describir bien lo que conocia tan bien. Se le ha juzgado por la crítica muy poco natural, y demasiado teatral.

Las obras de César y de Salustio, se resienten todavía de las últimas crisis que Roma acababa de atravesar.

Con Tito Livio que escribía en tiempo de Augusto, llegamos al reposo, al recogimiento, para abarcar de una mirada el largo y glorioso pasado de la República, y elevarle un monumento nacional que la reasume y le eterniza.

Si César y Salustio habian visto sobre todo á su partido, Tito Livio no ve más que á Roma. Su patriotismo le dá la fuerza y el valor de concluir su obra, es el que anima su estilo, y colora de tan dulce luz aún las partes más áridas de su historia, pero también le hace indiferente á las costumbres y á las instituciones de los pueblos extranjeros.

Tiene una fé robusta en las tradiciones de la alta antigüedad, y dá cuenta con la misma seguridad de una negociacion política, y de un hecho de guerra, que de una ceremonia religiosa, de un prodigio ó de un milagro. No es juriscónsul, ni poeta, ni político, y se comprende que la preferencia que concedía á Pompeyo haya hecho sonreír á Augusto, que le conservó en su gracia. Tito Livio hace ostentacion de bellos discursos y de descripciones brillantes.

¡Que página tan conmovedora la que describe el paso de los Alpes por el ejército de Anníbal!

Su obra es un libro quizá desprovisto de crítica para los hombres especiales que encuentran en ella muchos errores y contradicciones, pero de una lectura muy agradable y útil para fortificar en la juventud el sentido moral y excitar en ella el entusiasmo patriótico.

Despues de estos grandes historiadores de la antigüedad no era necesario nombrar á Quinto Curcio, que ha querido hacer de la historia de Alejandro una especie de poema en prosa florida y declamatoria. No hay que buscar en este libro ninguna enseñanza seria. El heroísmo de un sólo hombre lo ha hecho todo en esta maravillosa conquista del Asia.

*Las vidas de los hombres ilustres* son un verdadero libro de psicología histórica. Allí se reflejan los pensamientos que han determinado los actos exteriores de los personajes. Siempre se les encuentra en plena posesion de ellos mismos, en plena conciencia de su libertad, en perfecta confianza en el poder de sus facultades, en la eficacia de sus acciones. Pericles, Demóstenes, Alejandro, Caton, César, no dudan en su acción política ó militar de los efectos de su elocuencia, de su valor, de su virtud, de su génio. Cada uno tiene el sentimiento de su fuerza propia, pocas veces de la fuerza de las cosas que le favorece ó le embarazan realmente. Por el carácter personalísimo de sus narraciones que Plutarco puede ser considerado como la expresion ideal de este espíritu histórico de la antigüedad, de que Herodoto, Tucídides, Xenofonte, Tito Livio, Salustio, Tácito, son los más brillantes órganos.

Las cosas exteriores les interesan sobre todo por la impresion que producen en el alma de sus héroes, y la ponen de relieve, ya se trate de individuos ó de naciones.

Tácito era un hombre de corazón en un tiempo en que los hombres de corazón eran poco numerosos; era un gran patriota y un gran escritor. Nosotros le debemos el cuadro de la orgía infame asentada sobre el primer trono del mundo, de este gobierno de histriones y de emancipados rastros y desvergonzados, de cortesanos coronados, de delatores más viles que los miserables que los sobornaban, de espías y de verdugos, cuadro que no tuvo igual en los anales de la historia.

Tácito sabe entretener el interés en un asunto de tan triste uniformidad por transiciones frecuentes, paseándonos rápidamente de la corte á las provincias, por lo dramático de su exposicion, por un estilo conciso de reflejos poéticos, y de resplandores siniestros, estilo que revela la tension del espíritu del autor, y la indignacion de un alma, que una odiosa tiranía habia condenado, durante un largo espacio de tiempo, á un humillante silencio.

Se han dirigido críticas graves y tal vez justificadas, contra el inmortal historiador, se le ha censurado de que le falta el poder de generalizar y de agrupar los detalles, que habla de los germa-

nos con admiracion y temor, oponiendo sus costumbres á la corrupcion de sus compatriotas. El juicio más severo, y á nuestros ojos el más justo es que no supo advertir los progresos del cristianismo.

Sin duda pasó desapercibida para su inteligencia la idea que camina lentamente en el espíritu humano, que trasforma las opiniones, conmueve los corazones y produce esas caídas profundas y esas elevaciones prodigiosas, que inspiran la admiracion de los políticos imprevisores é inconscientes del lógico y natural curso de los acontecimientos y del desarrollo de los elementos constitutivos de la fuerza impulsiva de las grandes ideas.

Tácito menosprecia á los judíos y á los cristianos, sin ver que van á fundar un orden nuevo. No adivina la próxima regeneracion de la humanidad y la ruina inevitable del paganismo.

Se lamenta de que ya no existen las virtudes y las fuertes instituciones de la vieja Roma porque tiene el alma republicana, pero comprende que el imperio es la forma definitiva de la Roma nueva.

Es verdad que Tácito es el historiador de la decadencia; pero no se le puede negar, como á Tito Livio, la gloria de pretender renovar el alma muerta de aquel pueblo enervado, que no conservaba de romano más que el nombre, y su noble aspiracion á realizar tan grandiosa empresa por la historia, entonces que muda la tribuna no podia hacer oír al pueblo la voz de la elocuencia.

El génio de la antigüedad, esencialmente práctico y político, hacia de todas las cosas, ciencia, arte, religion, poesía, historia, una institucion del Estado.

Los escritores antiguos nos relatan la historia de ciudades muy pequeñas por la extension del territorio y el número de los ciudadanos. La vida de estas ciudades estaba concentrada en la plaza pública, donde la elocuencia decidía de todo, á lo menos en los dias gloriosos de su libertad.

Los hombres de Estado, los oradores y los guerreros, ejercían una influencia grande sobre los destinos de la república, y hababan un discurso, un motin, una conspiracion para cambiar sus destinos, para imponerle la tiranía ó devolverle la libertad.

Por estas circunstancias se comprende la causa de que la conciencia del poder individual debia contribuir á dar á los personajes de la antigüedad esta fuerza de iniciativa, esta confianza en el éxito de sus esfuerzos personales, que faltan generalmente á los personajes históricos de los tiempos modernos.

Pero la vida activa del foro, de la curia y de los campos, absorbía todas las fuerzas vivas de la nacion romana en los primeros siglos de la república, y un escritor de la edad ciceroniana podia decir con verdad: *Majores nostri facere quam dicere scribere malebant*. Fueron más hombres de acción que historiadores.

Por largo tiempo la lengua era muy rica, y muchos de sus autores la desdeñaron por haberse unido al idioma griego. Solamente los anales de los pontífices guardaron el depósito de la ciudad, ó las grandes familias conservaban las memorias de una autenticidad dudosa, que perpetuaban los grandes recuerdos patrióticos.

Más tarde, los jefes militares y los hombres de Estado comenzaron á establecer el uso de consagrar los últimos años de una vida agitada á la redaccion de una especie de biografías ó especie de testamento, destinadas no solamente á los hijos ó descendientes del autor, sino á todos aquellos que podían ser llamados un dia á la gestion de la cosa pública.

Los *Orígenes* de Caton el Antiguo debían tener alguna semejanza con estas obras. En general, en tanto que duró la república, el arte de escribir la historia no parece haber tenido por representantes más que cronistas, autores de memorias, compiladores ó polígrafos.

Entre los últimos, Pomponio Atico y Cornelio Nepote ocupan un rango muy honroso, y sólo cuando el poder de Roma asciende á su apogeo, en medio del lento reposo de los espíritus y de las pasiones políticas, aparecen historiadores dignos de este nombre.

Tácito cierra la série de los grandes historiadores de Roma. Entre los romanos, la historia fué considerada como un género esencialmente oratorio. Casi todos los historiadores latinos han sido más ó menos dominados por esta manera estrecha de concebir esta noble ciencia. Nos referimos á los primeros tiempos, por más que en los posteriores su preocupacion dominante es la del efecto que es preciso producir, de la enseñanza moral que conviene deducir de los hechos.

Una teoria completa de escribir la historia fué puesta en práctica por Tito Livio y promulgada cien años más tarde por Luciano, en el resumen siguiente:

El buen historiador no debe tener, no, amor ni odio, no debe ser de ningún tiempo, de ningún país, sino quedar imparcial, evitar los panegíricos y las críticas. Debe, sobre todo, deducir de los hechos que refiere una enseñanza moral, provechosa para el lector, mostrar en las virtudes y en los vicios de los particulares y de los Estados, las causas inmediatas de la elevacion ó la ruina de cada uno de ellos. Este es el fondo. Se ve que la crítica y la ciencia propiamente dichas, no tienen gran importancia para Luciano, pero la daba muy considerable á la forma.



Es preciso que el historiador sepa ordenar las diversas partes de su obra, que tenga un estilo noble y sostenido, que sea vivo y dramático en sus narraciones, juicioso en sus retratos, elocuente y persuasivo en sus discursos, etc., todas cualidades puramente literarias que es bueno poseer, pero que están lejos de satisfacer a esta noble empresa.

Los últimos historiadores de la antigüedad no son romanos, sino griegos. Y sin embargo, leemos con más preferencia a los historiadores romanos, porque están más próximos a nosotros, excitan más nuestra curiosidad, y sus pinturas, después de Salustio, sobre todo, se distinguen por efectos de color que nos fascinan.

Pero los griegos son artistas más perfectos que los romanos, aun que los unos y los otros ofrecen a la veneración de la posteridad los ejemplos sublimes de los hombres por su amor a la virtud, a la gloria y a la patria.

EUSEBIO ASQUERINO.

## ESPÍRITU Y MATERIA.

La Cibeles frigia era la personificación de la tierra con toda su fecundidad.

Bajo diversos nombres y emblemas, todos los pueblos antiguos dieron formas sensibles a esta misma idea.

En Grecia y Roma tenia simbólicos templos de figura circular, en cuyas aras se sacrificaban animales que habían recibido el hábito de la fecundación.

Las ciudades de Esmirna y de Magnesia perpetuaron tan significativas representaciones en sus monedas.

La tierra, considerada como la *Magna Mater*, simboliza en los cantos de Hesiodo la generación de todas las cosas.

Y efectivamente; del fecundo seno de la madre tierra, brotan los alimentos que nutren el organismo de todos los seres animados.

Mirad al ruminante pacer con sosiego la fresca yerba que crían las praderas de esmeralda, y al roedor buscar las raíces labrando sus cuevas subterráneas.

Ved a las aves picotear las semillas que el viento desparrama, y las larvas, que al abrigo de las grietas é intersticios, operan sus admirables metamorfosis.

Contemplad a la abeja libando las flores que del suelo brotan, y que el rocío circunda de nítidas perlas, al despuntar el albor de la mañana.

Las fieras acechan sus víctimas en el seno de los bosques que la tierra cria, los paquidermos hunden su hocico en el fango para devorar los hinchados tubérculos, y las palmípedas sumergen sus anchas espátulas pescadoras en el seno de las aguas, para extraer su palpitante presa.

La tierra ofrece a todos los vivientes, no tan solo sazonados alimentos, sino también reposo tranquilo a la sombra de árboles frondosos y seculares, y mansos arroyos que, al correr por accidentadas superficies, les brindan a apagar su sed y a refrigerar su cuerpo con sus aguas cristalinas.

De las entrañas de la tierra brota el hirviente zumo de la uva que nos arrebató con báguica alegría, y los lucientes aceites que nos permiten ahuyentar las tinieblas.

Todas las concupiscencias del organismo tienen cumplida satisfacción con los productos de la tierra, y el hombre, más que ningún otro animal, se aprovecha de esos inagotables tesoros.

Graciosos arbustos formando bosquecillos, extraen sus jugos del interior del suelo para convertirlos en reglados frutos, a que la industria da mil caprichosas formas.

Aquí brotan las tiernas hortalizas, allá las plantas medicinales, por todas partes la tierra sustenta mágicos vergeles, que vierten y difunden en el ambiente embriagadores perfumes.

El néctar de las flores brinda al hombre la sabrosa miel del Himeto, y las plantas textiles le proporcionan los nevados copos del algodón, y el finísimo lino de Egipto para hacer los más delicados encajes.

Los miserables gusanos que se arrastran entre el polvo, le ofrecen la materia con que se labran los preciosos tejidos de la Serica; y los añosos troncos, le proveen de las aromáticas maderas con que se fabrican los lujosos muebles de sus habitaciones.

Las piedras con que edifica sus moradas suntuosas, los mosaicos y pinturas con que las adorna, los utensilios domésticos de que hace constante uso, el combustible con que se defiende de los rigores de los climas, todos son dones que la tierra le prodiga con sin igual largueza.

El hombre rasga codicioso las entrañas de la tierra para extraer los preciosos metales que forman la riqueza circulante, y las joyas deslumbradoras con que las damas brillan en los salones de los palacios. Descendiendo al lecho de los mares, recoje el rojo coral y las perlas cleopatrinas, y buscando entre las movedizas arenas, halla el topacio de Sajonia, la esmeralda colombiana, la amatista de la India y los diamantes del Brasil y de Golconda.

¡Tierra! ¡laboratorio perpétuo! ¡manantial inagotable! ¡madre fecunda de la vida! ¡incomparable bienhechora! tú recibes en tu seno todos los des-

pojos y todos los cadáveres, venciendo la muerte para darles nueva vida.

Todos los animales reconocen tus beneficios y viven de tu amor.

Con su cuerpo encorvado, su cabeza baja y su mirada fija en el suelo, parecen comprender por instinto que de la tierra depende su vida, que en ella se cifran todas sus esperanzas, y que de ella ha de venir la satisfacción de todas sus necesidades.

El hombre se rebela, sin embargo, contra esta ley. Siendo el animal que más beneficios recibe de la tierra, es el que menos se le muestra agradecido; siendo su verdadero usufructuario, es el que más despego le tiene.

Nuestro cuerpo apenas toca en el suelo. Un secreto impulso le induce a levantarse y erguirse, para desprenderse de la tierra y volar a las alturas.

Hay en nosotros un instinto innato que nos hace elevar los ojos en las grandes crisis, y levantar las manos en actitud suplicante en las situaciones supremas por que pasa nuestra existencia.

Satisfechas cumplidamente con los bienes terrenales nuestras necesidades orgánicas, buscamos algo que no hallamos en la tierra, sentimos un afán indefinible, una aspiración a lo desconocido, una tendencia vaga hacia lo infinito, un deseo, un instinto, un algo, en que descanse y encuentre inefable consuelo nuestro atribulado corazón.

A diferencia de todos los demás animales que pueblan nuestro globo, hay en nosotros necesidades no satisfechas, distintas de las necesidades del organismo.

Si se admite, de acuerdo con todos los filósofos, que no hay efecto que no reconozca una causa, ni fenómeno que no sea producido por un agente, no pudiendo ser nuestro cuerpo el origen de semejantes necesidades, será preciso reconocer lógicamente que existe en nosotros algún principio distinto é independiente del mundo material, para que tales fenómenos se realicen.

Las ciencias físico-químicas, de acuerdo con la fisiología, nos demuestran la inestabilidad del organismo de todos los seres y especialmente del hombre.

Los principios inmediatos que entran en la composición de todas las plantas, y más singularmente en la de los animales, por lo complicado de su estructura, por su fluidez y por la escasa afinidad de sus elementos, tienen tan poca consistencia, que basta la ordinaria acción de los agentes naturales para transformarlos y alterarlos continuamente.

Una vez alterados esos materiales, no solo son inútiles, sino también perjudiciales al organismo. De ahí la necesidad de las secreciones constantes para eliminar y expeler al exterior las materias orgánicas descompuestas é inútiles, y la precisión de facilitar a los seres vivos nuevos materiales asimilables en forma de alimentos, para reparar las pérdidas que constantemente experimentan.

Los alimentos son, pues, introducidos, asimilados y luego eliminados de los cuerpos vivos, de modo que no hacen más que pasar por el organismo; y así la materia de que se compone nuestro cuerpo se renueva constantemente, de tal manera, que transcurrido cierto período de tiempo, nada queda en el organismo de lo que antes ha sido.

Los fisiólogos consideran que la renovación total de los tejidos y fluidos del cuerpo humano se verifica, por término medio, cada cinco ó seis años, y, por lo tanto, transcurrido ese período, cada individuo se ha convertido en un sugeto enteramente distinto, si atendemos tan solo a la materia.

Pero el testimonio universal de la humanidad, los pueblos antiguos y modernos, las leyes civiles y criminales, y el instinto individual de sabios como de ignorantes, cualesquiera que sean sus creencias religiosas y sus ideas filosóficas, están de acuerdo en ligar el presente al pasado y al porvenir de cada hombre, estableciendo una completa solidaridad entre todas las épocas de la vida de un mismo individuo.

No hay en toda la historia un solo ejemplo de que un criminal, ni sabio, ni ignorante, haya desconocido este principio, negando su responsabilidad por sus hechos pasados; no ha habido uno solo que, con pretexto de haber variado su organismo, haya negado la identidad de su ser con la persona del criminal, ni siquiera como recurso extremo para salvar su existencia.

Tal es la firmeza con que este principio está grabado en la conciencia de todos los hombres; tal es la evidencia de esta verdad fundamental, que ni la locura, capaz de los mayores extravíos, se ha atrevido contra ella. El loco también se encuentra y se reconoce a sí mismo.

Esta personalidad que persiste, que se encuentra vinculada a sí misma desde el primer momento en que se reconoce, es una y simple, en oposición a nuestro cuerpo que es múltiple y compuesto.

Nosotros podemos mutilar nuestro organismo, cortarnos un brazo ó una pierna, y nuestro ser, nuestro yo, se siente tan entero como antes.

Puede uno quedar reducido a un tronco y una cabeza, y sin embargo, en su conciencia seguirá siendo un hombre, y seguirá siéndolo también ante todos los hombres y ante todas las legislaciones humanas.

Es que todos consideramos que el hombre es

un ser independiente de la materia que constituye su cuerpo; es que consideramos que hay en él un principio persistente é indivisible, un agente que es origen y causa de todos los fenómenos, el cual no se mutila al cortarnos una pierna ni un brazo, ni pierde la más pequeña parte de sus facultades ni de su energía.

Reconcentrando nuestra atención en los fenómenos internos, reconocemos nuestra propia identidad, encontramos una personalidad invariable en medio de la mutabilidad constante de todas las partes materiales de nuestro ser, y reconocemos el yo permanente, que abarca toda nuestra existencia.

Somos, pues, una unidad, un ser que persiste, que se encuentra a sí mismo siempre que se busca; somos una historia encadenada y viviente y nos sentimos responsables en todos tiempos de nuestros actos. Conservamos esos actos impresos de una manera indeleble en el fondo de nuestra conciencia, y los evocamos en los últimos momentos de nuestra vida, como si nos asaltase el presentimiento de que nuestra responsabilidad alcanza más allá de la muerte.

El concepto de la personalidad, ó como dicen algunos del yo, es innato en el hombre. No es fruto de ningún raciocinio, es puramente un hecho. No se llega a ese concepto por medio de la ciencia, sino que es un sentimiento unánime é instintivo que distingue especialmente a la humanidad.

Hay, pues, en el hombre una doble naturaleza, una doble sustancia: la materia y el espíritu, lo divisible y lo indivisible, la forma y la esencia, lo permanente y lo transitorio, el cuerpo y el alma.

En el fondo de todas las tradiciones, en el principio de todas las teogonías, de todos los ritos y de todos los simbolismos, encontramos esta idea fundamental.

En el Génesis de todas las religiones hallaremos, tratándose del hombre, una doble creación correspondiente a su doble naturaleza.

La Cosmogonía hebraica nos pinta en sublimes estancias, cuya entonación es digna de las glorias eternas, cómo el Altísimo amasó primero el barro de la Tierra para formar el cuerpo del hombre, y como le infundió después para animarle un soplo de su poderoso aliento.

Según nuestras creencias, el hombre procede, pues, de la Tierra, en cuanto a su parte orgánica, y emana directamente de Dios, en su parte espiritual.

Esta doctrina forma la piedra angular de todas las ramas del cristianismo, y es admitida también por los sectarios del Corán.

El alma y su inmortalidad se mezcla en todos los juicios de las creencias vedantas.

En la creación del hombre, dicen los comentaristas de los Vedas, el espíritu divino se extiende, lo que equivale a la creación directa del espíritu, en oposición a la creación indirecta del cuerpo humano.

Los Bramanes se creen nacidos dos veces, lo cual puede tomarse perfectamente por la doble creación espiritual y material del hombre.

Según testimonio de Plutarco, en la religión de los sacerdotes egipcios, lo mismo que en la teogonía india, el origen del hombre es una encarnación. Hermes formó los cuerpos con objeto de unirlos a las almas, que son emanación de Osiris.

Entre los asirios, Belo creaba las almas de los hombres de su propia sangre, mezclándola con la de los dioses inferiores.

Si damos crédito a las palabras de Platon, Orfeo cuenta que Júpiter encargó a los dioses inferiores que produjesen los hombres, y que uniesen a los cuerpos mortales de éstos los gérmenes de la inmortalidad, que recibirían del padre de los dioses.

El catolicismo y el protestantismo, los verdaderos creyentes y los idólatras, las religiones antiguas y las modernas, están conformes en proclamar la existencia del espíritu humano, y la doble creación espiritual y corporal. Bajo el punto de vista religioso, ésta es una verdad universal é indiscutible.

Ya hemos visto cómo esta verdad es confirmada sólidamente por las ciencias positivas, ya hemos hecho notar también cómo esta verdad está arraigada profundamente en el instinto y en la conciencia del hombre, y cómo está reconocida por las leyes y consignada en los códigos que rigen los Estados.

En este punto, la política, la ciencia, la religión, y hasta el sentido común, marchan de perfecto acuerdo. La existencia del espíritu es la primera de todas las verdades positivas, es la primera de todas las reliquias de la civilización que debe guardarse en el arca santa, para salvarla del naufragio de que están amenazadas todas las creencias y todas las instituciones que constituyen los fundamentos de las sociedades.

Sin este principio salvador no hay un solo punto de partida para fundar nada sólido ni estable. La materia es inerte y se halla regida por leyes fatales, y por lo tanto, desapareciendo el espíritu desaparecen la libertad, la igualdad y la fraternidad, dogmas que hasta hoy han invocado todos los revolucionarios; el principio de autoridad, en que quieren fundarse otros para regir las naciones, no tiene con qué sostenerse, y caen también por su base la moralidad, la justicia y las leyes, que pretenden mantener, corregir é impulsar las sociedades por el camino de la civilización y del progreso.



El materialismo conduce directamente al fatalismo, á la destruccion de toda responsabilidad moral, y de ahí se va á la anarquía y al predominio de la fuerza bruta.

Todo despotismo nace de la anarquía, así como toda anarquía ha provenido del despotismo.

PEDRO ARNÓ.

Rubí, 7 de Julio de 1883.

## LOS SERVIDORES DE LA DEMOCRACIA.

MIRABEAU

### I

Para hacer una revolucion son indispensables dos cosas: un gran pueblo y un hombre de génio. En 1789 se llamaba este pueblo la Francia, y el hombre de génio se llamaba Mirabeau. Nació en Bignon en 1749, y su padre, el marqués de Mirabeau, se titulaba á sí mismo: *El amigo de los hombres*. Pero seguramente no era el amigo de sus hijos, porque colocaba á los varones en la Bastilla y á las hembras en los conventos. En cambio de su mal carácter, era un hombre de un talento original y de un verdadero saber. Tenia como escritor algunas de las cualidades de estilo que se hallan en Saint-Simon, y sus libros revelan una imaginacion poderosa para tratar las cuestiones políticas y de economía social.

Bajo ciertos aspectos, fué educado Mirabeau en una buena escuela, aprendiendo al lado de su padre á ocuparse en los asuntos del Estado. Desde temprana edad tuvo el presentimiento de los gloriosos destinos que le esperaban. Cuando tenia diez años solamente, le oyeron una noche declamar en su cuarto una de las arengas de Demóstenes. —¿Por qué declamais así? le preguntó uno de la casa. —¿Quién sabe, contestó el niño, si habrá algun dia en Francia Estados generales?—Mirabeau continuó esta preparacion tan prematura para la vida política, durante toda su juventud, en la que se mezclaron los más árduos estudios con los más graves desórdenes. Durante las ociosas horas de guarnicion, pues fué soldado tambien algunos años, leyó muchísimo, anotando todos los volúmenes que pasaban por sus manos, y reuniendo materiales para las obras que pensaba escribir.

Preso por órden de su padre, y obligado despues á refugiarse en el destierro, trabajó Mirabeau sin descanso. El primer escrito suyo que llamó la atencion, fué el *Ensayo sobre el despotismo*.

Como orador, ha destruido Mirabeau la monarquía absoluta; como escritor la habia conmovido con terribles ataques.

### II

Hasta la Revolucion de 1789 no pudo ser Mirabeau más que un publicista, haciéndose célebre por la vehemencia de su estilo y por su valor para defender las ideas liberales. Por este motivo, cuando se planteó la cuestion de los Estados generales, pensaron en él los electores de muchas provincias. Mirabeau, cuya familia era provenzal, presentó su candidatura en los baillios de Aix y de Marsella. Como noble, procuró naturalmente ser el elegido de la nobleza, pero los hidalguelos de la Provenza acogieron con desprecio á aquel gentil-hombre, que tenia más génio que feudos. Mirabeau los aplastó con su elocuencia, y volviéndose hácia el tercer estado, ambicionó el honor de representarlo. Con esta ocasion fué atacado con una especie de frenesí; le insultaron, le calumniaron y le acusaron de todos los vicios y de todos los crímenes. Se llegó á decir de él que estaba rabioso, á lo que replicó:

—Sí, estoy rabioso; este es un título más para ser elegido: los privilegios morirán por mis mordeduras —

A pesar de estos ataques, ó quizás á causa de estos mismos ataques, fué elegido Mirabeau á la vez en Aix y en Marsella. Optó por Aix, alegando, con una modestia poco comun, que no tenia los conocimientos comerciales necesarios á un representante de Marsella.

Los discursos que Mirabeau habia pronunciado durante el período electoral, merecen quedar en el número de las obras maestras oratorias de nuestro tiempo. Uno de estos discursos termina con una frase que ha quedado célebre: «¡Los privilegios pasarán, pero el pueblo es eterno!»

Cuando se abrieron los Estados generales era Mirabeau, entre todos los diputados, el que más atraía la curiosidad de la muchedumbre. Cuando se le oyó hablar substituyó la admiracion á esta curiosidad. Segun la elocuentísima expresion de Egard Quinet: «Mirabeau apareció inmortal desde el momento en que se levantó.» No tenia rival en la tribuna, y para hallar á quien compararle, era preciso evocar la imagen de Ciceron y de Demóstenes, cuyos discursos declamaba en su infancia. Tenia la majestad oratoria, la prontitud fulminante de la réplica y el don de comprender, con una simple ojeada; las cuestiones más vastas y más difíciles. Su apóstrofe al marqués de Dreux-Brezé, excede en magnífico atrevimiento á cuanto nos ha hecho conocer la antigüedad: «Id á decir á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos más que por la fuerza de las bayonetas.»

¿Cuántos otros pensamientos soberbios de ironía ó de indignacion se podrian citar aún! ¡Quién no recuerda su réplica á Barnave, en la que hay esta frase cruel, de tan espléndido orgullo: «Las heridas de abajo á arriba que mis adversarios intentan causarme, no me detendrán en mi carrera!» Guizot no hizo más que traducir hábilmente más tarde este memorable pensamiento, cuando exclamó ante la Cámara: «¡Jamás se elevarán vuestras injurias ante la altura de mi desdén.»

### III

¿Cuáles fueron las ideas políticas de Mirabeau? Es necesario conocerle bien para no calumniarle. En efecto, Mirabeau parece casi un traidor á la democracia, si se le atribuyen ideas republicanas, que jamás tuvo. Aquel hidalgo elocuente, creía que la Francia no estaba aún madura para la República, y se dedicó especialmente á sostener los principios de la monarquía constitucional, tales como existen en Inglaterra. Estaba penetrado de que la monarquía de Luis XVI podía asegurar la ventura de su país, á condicion de ser intervenida por una Cámara de diputados independientes.

En los albores de 1789 se hallaban en presencia tres partidos: el partido republicano, que tenia por adeptos un escaso número de escritores, entre los cuales se contaban Brissot, Camilo Desmoulins, Condorcet y quizás Robespierre.

El partido orleanista, que soñaba con reemplazar á Luis XVI con el príncipe de la sangre, tan célebre bajo el nombre de Felipe-Igualdad. Mirabeau, al que se acusaba de todo, fué acusado tambien de pertenecer á este segundo partido, y fué preciso que se defendiera de este cargo con su habitual alitve: «Se pretende, dijo, que quiero hacer mi rey del duque de Orleans. ¡No lo admitiría ni para lacayo mio!»

El tercer partido era el constitucional, con Luis XVI por monarca. Mirabeau apoyó este partido, presentando sus condiciones; exigía la libertad de la prensa, la libertad de asociacion, el derecho de peticion, que consideraba como un derecho natural, y la confiscacion en beneficio del Estado de los bienes de manos muertas. Quería tambien la responsabilidad ministerial, el derecho para el país de discutir y votar los impuestos, y el de cambiar los ministros cuando esta fuera la voluntad del pueblo, parlamentariamente expresada.

Estas tesis constituyen, poco más ó menos, lo que despues se ha llamado el liberalismo político. Mirabeau puso al servicio de este liberalismo toda su elocuencia y toda su poderosa inteligencia, extenuándose, á pesar de su vigor, en esta obra. Su prematura muerte acaecida á los cuarenta y dos años de edad, se debió á las fatigas excesivas de las luchas políticas. París, que habia aprendido á amarle, le hizo incomparables funerales, más notables aún por las demostraciones de simpatía popular y nacional, que por el brillo del aparato oficial. Una conmovedora frase de una mujer del pueblo, indica bien el carácter de estos funerales gloriosos. Se verificaron un dia de sol abrasador, y como alguno hiciera notar que el Municipio debió hacer regar las calles para evitar el polvo, la pobre obrera respondió cándidamente: «La municipalidad ha contado con nuestras lágrimas.»

El cuerpo del irresistible orador fué llevado al Pantheon, en cuyo frontispicio se inscribieron estas palabras: «A los grandes hombres, la patria agradece.»

Despues ha sutrido la gloria de Mirabeau muchas vicisitudes, pero cuantas veces se ha hallado la libertad en peligro en nuestro país, se ha apelado al recuerdo de Mirabeau. Sin duda el Mirabeau de la monarquía constitucional, no es precisamente el hombre de los republicanos franceses; pero al Mirabeau que defendió la libertad de conciencia y la libertad de la prensa, debe aplicarse la frase que él aplicaba al pueblo, y decirse: «Mirabeau es eterno.»

FLOCON

### I

¿Cómo han variado los tiempos! Antes los republicanos permanecian alejados de todos los asuntos industriales y financieros. Parecia como que ambicionaban el vivir pobres y morir en la miseria. Creían á la pobreza sinónima de probidad política, y en el momento de entrar á ejercer un cargo público, era preciso celebrar un pacto con el desinterés. Las cuestiones de dinero, las especulaciones financieras eran patrimonio exclusivo de los que no aspiraban á defender á la democracia con un título oficial. Para los primeros, la idea y sus austeros goces; para los otros, la fortuna y sus dulces vulgaridades.

Armando Carrel prefirió afrontar los peligros de un duelo fatal que abandonarse á la corriente industrial que invadió al periodismo de Francia, allá por el año 1830.

Flocon, tambien Flocon, uno de los representantes más eminentes de la prensa política de París, seguía la misma tradicion que el redactor en jefe del *National*.

### II

Flocon fué antes que un literato distinguido, un estenógrafo de verdadero mérito. Esta profesion, que exige mucho saber y mucho tacto, era más fácil de ejercer en aquel tiempo, es decir, en la época de la Restauracion francesa, que en nuestros dias.

Los oradores tenian entonces la costumbre de escribir sus discursos y de leerlos despues en la tribuna. Los que no leían recitaban, y los estenógrafos no dejaban de procurar descubrir los manuscritos. Tengo á la vista una esquila de Flocon preguntando á Benjamin Constant si «el discurso que iba á pronunciar estaba escrito y si podia esperar que le dejase las cuartillas.»

La improvisacion, que es hoy la regla, era entonces una excepcion rarísima: ¿cuál de las dos cosas es mejor? La improvisacion es buena cuando se trata de cuestiones cortas, de réplicas rápidas. Es un mal, cuando se aplica á discursos que duran varias horas y á veces varias sesiones. La improvisacion es casi siempre prolija, mientras que los discursos escritos, á juzgar por los de Benjamin Constant y Royer-Collard, son modelos admirables de concision.

Despues de andar mucho tiempo detrás de los manuscritos de los demás, el estenógrafo Flocon tuvo la natural ambicion de hacer manuscritos originales y sentó paza de periodista. Entró en la prensa de la Restauracion. Cuesta trabajo representar al grave Flocon convertido en gacetillero, en compositor de epigramas. Y es que entonces los epigramas se referian siempre á las personas. No se empleaba el talento ni el ingenio en difamar á la gente, sino en demoler el error ó la injusticia. Esos tiradores, guerrilleros, contribuyeron más que nadie al triunfo de la revolucion de Julio de 1830.

### III

Flocon tomó las armas contra el Gobierno de Carlos X; pero no se mostró satisfecho cuando vió que la rama menor de la familia ocupaba el puesto de la otra. Aquel cambio no podia satisfacer las esperanzas del jóven republicano y Flocon volvió á ser periodista de oposicion.

Hizo guerra ruda y leal á los gobiernos de Luis Felipe y á los representantes del famoso justo medio. Flocon, á quien Ledru-Rollin habia confiado la redaccion en jefe de *La Reforma*, era un periodista de más fondo que forma. Se parecia mucho más á Armando Carrel que á Armando Marrast. Escribia con sencillez, sin brillo ni adornos estilistas. Su superioridad consistia mucho más en sus extraordinarias cualidades de director de periódico, que en sus aptitudes de simple redactor.

Por otra parte, todos sus colaboradores rendian culto y hacian justicia á la elevacion de sus principios, á la nobleza de su carácter y á la profundidad de su saber.

Así es que nadie que lo conociera se asombró de verlo entrar despues de la revolucion de 1848, á formar parte del Gobierno provisional.

El partido de la reaccion, por el contrario, llenó de sarcasmos y chistes groseros al antiguo estenógrafo convertido en uno de los jefes del país. Se hicieron chistes, y ¡qué chistes! sobre la crasa ignorancia de la respetable señora de Flocon, y los caballeros del ultraje y de la injuria discurren atribuir á la digna esposa de uno de los escritores más ilustrados de su tiempo esta frase grotesca: «Ahora somos nosotras las princesas.»

Semejantes sandeces no ridiculizan más que á quien las inventa.

Flocon era hombre de una extraordinaria sencillez en los modales; pero ¿desde cuándo no es la sencillez en los que nos gobiernan una prueba de superioridad? Solo los necios tienen arrogancia.

### IV

En 1848 las funciones de individuos del Gobierno no enriquecian. Una carta que cita Enrique Arago nos lo va á demostrar.

Algunos dias despues de la revolucion de Febrero, estando todavía en el poder, Flocon tuvo un ataque de gota. En aquellos dias escribia á un amigo: «No tengo con que comprar una libra de mostaza para los sinapismos que me ha mandado el médico. Si me curo, será preciso que para mantener á mi familia vuelva á encargarme de la direccion de *La Reforma*.»

En aquel período Flocon ejerció, y no sin verdadero mérito por cierto, las funciones de ministro de Agricultura. Los hombres competentes aseguran que, sin ser un gran ministro, Flocon era un ministro muy bueno. No era de los que se contentaban con firmar, prometer y colocar á sus parientes y amigos, sino que estudiaba con detencion todos los asuntos del importante departamento ministerial que tenia á su cargo. No estuvo en él mucho tiempo, porque los ministros en Francia han sido siempre muy frágiles, sobre todo en los tiempos revolucionarios.

Flocon, que habia sido diputado por París en la Asamblea nacional, no fué reelegido para la Asamblea legislativa. Se dirigió entonces modestamente á Colmar, en Alsacia, para encargarse de la direccion de un periódico republicano. Un buen ciudadano, se decia, está bien en cualquier parte donde pueda defender ó servir á su patria. Haber sido redactor en jefe de un periódico de París, diputado, ministro y miembro del gobierno provisional, é ir despues de redactor á un diario de provincias, pero de oposicion republicana, no era rebajarse, al contrario.

El golpe de Estado del 2 de Diciembre obligó á emigrar á ese hombre orgulloso y humilde á la par. Se fué á Suiza, y allí, en Lausanne, murió en Mayo de 1866. El pueblo en masa asistió al entier-



ro de aquel pobre desterrado. En su sepultura Víctor Chauffor pronunció estas palabras: «Si se quiere grabar en la tumba de Flocon una inscripción que resuma su vida en su más memorable acto, esa inscripción debería decir, que vivió y murió fiel á sus principios, á sus amistades y á sus odios patrióticos.»

Y no hay más que inclinarse ante esa apreciación. Era la de todos que conocieron á Flocon, y será ciertamente la de la historia.

ANATOLIO DE LA FORGE.

## LA EMIGRACION EN BALEARES

Y CANARIAS.

### VI

LOS ESPAÑOLES EN ARGELIA.

Una comunicacion oficial de la Alcaldía de Orán, publicada en los periódicos de esta ciudad, consigna el número de emigrados desde 23 de Agosto de 1881, hasta 31 de Diciembre último.

Durante estos ciento veintinueve días, han desembarcado en el pueblo de Orán 5.499 españoles; y de estos pertenecian á Baleares:

De la isla de Mallorca.....	497
De la isla de Menorca.....	389
TOTAL.....	886

Y á la provincia de Canarias:

De la isla de la Palma.....	294
De la Gran-Canaria.....	469
De Tenerife.....	798
TOTAL.....	1.561

Esto es, dos mil cuatrocientos cuarenta y siete emigrantes, en ciento veintinueve días, han salido de las Baleares y Canarias sólo á las costas de Argelia, donde viven hoy unos 99.000 españoles.

La extension de la Argelia comprende próximamente 43 millones de hectáreas, ó sea una quinta parte menos que Francia.

A pesar de esto, sólo cuenta 2.900.000 habitantes, incluso sus 500.000 árabes saharianos.

En cambio, si estuviese bien cultivada, podría, como Francia, alimentar 30 millones de habitantes. Solo el Tell, que comprende 14 millones de hectáreas, cuyo territorio es excelente, y donde el cultivo se halla en buen estado, podría alimentar 10 millones de habitantes.

La poblacion de la colonia está formada de elementos diversos, á saber:

Franceses.....	160.000
Israelitas naturalizados.....	35.000
Españoles idem.....	99.700
Suizos, portugueses, etc.....	40.300
Italianos y malteses.....	40.000
Alemanes, irlandeses, ingleses, griegos, etc.....	26.000
Indígenas.....	2.000.000
Árabes saharianos.....	500.000
TOTAL.....	2.901.000

Llama desde luego la atención el reducido número de franceses que cuenta la colonia, resultando que, de la población total, Francia no posee más que una décima octava parte. Los indígenas son quince veces más numerosos que los franceses, y entre todas las naciones de Europa, España sigue á Francia en la población emigrante que vive en la Argelia.

Hé aquí ahora la naturaleza de los 99.000 emigrantes españoles:

Alava.....	2.260
Albacete.....	2.660
Alicante.....	2.900
Almería.....	4.900
Avila.....	1.112
Badajoz.....	146
Baleares.....	24.960
Barcelona.....	2.614
Burgos.....	190
Cáceres.....	115
Cádiz.....	10
Canarias.....	17.680
Castellon de la Plana.....	2.660
Ciudad-Real.....	140
Córdoba.....	14
Coruña.....	1.980
Cuenca.....	119
Gerona.....	492
Granada.....	196
Guadalajara.....	112
Guipúzcoa.....	1.984
Huelva.....	119
Huesca.....	170
Jaen.....	12
Leon.....	1.900
Lérida.....	499
Logroño.....	108
Lugo.....	1.980
Madrid.....	94
Málaga.....	97
Múrcia.....	9.984
Navarra.....	1.910
Orense.....	1.490
Oviedo.....	1.998
Palencia.....	113

Pontevedra.....	1.740
Salamanca.....	12
Santander.....	1.899
Segovia.....	73
Sevilla.....	24
Soria.....	31
Tarragona.....	1.244
Teruel.....	779
Toledo.....	340
Valencia.....	5.890
Valladolid.....	30
Vizcaya.....	1.479
Zamora.....	200
Zaragoza.....	140

Vea, pues, la Junta por estos datos, que las provincias españolas que más contingente prestan á la emigracion argelina, son las Baleares, Canarias y Murcia, en primer término; y las de Valencia, Almería, Alicante, Albacete, Castellon de la Plana y Barcelona, en segundo.

Conviene que estos datos sean por todos conocidos, para que se sepa las provincias españolas que más contribuyen, en estos tiempos, á la emigracion á las costas argelinas. Pero sepase, tambien, que á manera que en estos últimos meses el desembarco de nuestros compatriotas se repite con más frecuencia que nunca en Argel, de nuestros puertos salen en mayor número los buques de emigrantes para las Américas latinas; y esta emigracion es tan numerosa en Baleares y Canarias, que amenaza dejar despobladas estas dos preciosas provincias españolas.

Las causas de este mal ya las he indicado á esta Junta; aplíquese el remedio más eficaz y seguro para que la estadística no registre en adelante los datos por mí expuestos, y que tan desconsoladores son para todo el que de buen español se precia.

A este fin añadiré solamente, que cuando la cuestion de emigraciones preocupa tanto en España, no será inoportuno referir lo que acaba de hacerse en Londres. Las circunstancias especiales de la gran metrópoli atraen constantemente á un sinnúmero de personas que vienen en busca de altos salarios, y les sucede muy á menudo que faltándoles la colocacion, se hallan en la situacion más precaria y desesperada, viviendo en medio de una gran ciudad llena de tentacion y necesidades y desprovistos de todo socorro. Y como esos trabajadores suelen ser de los más inteligentes, su situacion inspira mayor simpatía. Para remediar ese mal se convocó un gran *meeting* poco há en *Mansion House* (la casa del Ayuntamiento), presidido por el lord mayor. En él se sugirió la idea de facilitar el viaje de esos obreros á otro punto del territorio inglés donde faltan brazos, y sobre todo trabajadores inteligentes, mientras que hay abundancia de trabajo. La idea fué acogida con aplauso, é inmediatamente se formularon medios prácticos y se ofrecieron recursos para realizarla. Si este ejemplo se siguiera entre nosotros, y la asociacion privada, por una parte, y el Gobierno por otra, procurasen poner en relación la escasez de trabajo en ciertas provincias, con la demanda de jornales que en otros puntos existe, se habria conseguido atajar uno de los mayores males de nuestra patria: la emigracion al Africa y América de multitud de hombres jóvenes, robustos é inteligentes. Cuando España está casi despoblada, no se concibe se deje marchar sus hijos al extranjero, y no se les retenga en un suelo que donde quiera los necesita, y que frecuentemente los llama en su auxilio. Armonizar el trabajo dentro del suelo patrio, es por demás sencillo, y bastaria para lograrlo un poco de iniciativa de parte del Gobierno.

No hacer algo en este sentido, es tanto como favorecer la emigracion.

### VII

CORRIENTES DE LA EMIGRACION EUROPEA.

Y he de confesar, bien á pesar mio, que si no oponemos medios energicos á la emigracion, que en estos últimos años ha tomado proporciones alarmantes, nuestro país se verá muy en breve empobrecido por falta de brazos, y reducida su poblacion, como ya lo estuvo en los siglos XVII y XVIII, á un exiguo número de habitantes. ¿No será esto vergonzoso? ¿No acusa esto, cuando menos, una miseria que realmente no existe en España? Y digo que no existe, porque tenemos medios muy sobrados para resistir las contingencias de la miseria que por cortos intervalos pueden sentirse en algunas comarcas españolas, próximas á verse despobladas si no apelamos á oponer un pronto remedio.

Acaso, señores, se crean exagerados estos lamentos, y para probar que aún no digo todo lo que hay sobre el particular, consignaré aquí algunos hechos.

Ya he dicho que existen en Orán unos 99.000 españoles. Esta cifra de seguro que escandalizará al país así que la conozca. Pero más escandalizará cuando sepa que en los meses de Setiembre, Octubre y Noviembre han salido de las costas de España los siguientes emigrantes: de Málaga, 2.500; de Almería, 1.800; de Murcia, Valencia y Alicante, 4.700; de Cataluña, 3.000; del Alto Aragon, 5.000; de Santander, 800; de Asturias, 1.500, y 4.200 de las cuatro provincias gallegas. No tenemos datos relativos á las provincias extremeñas, castellanas y las restantes de Andalucía, que, á juzgar por la miseria que en ellas se siente, deben haber

dado tambien un contingente respetable á la emigracion; pero aún prescindiendo de estos datos ignorados, tenemos que el número conocido de emigrantes en tres meses asciende á 35.500, sin contar los de las islas Canarias, de donde han salido en igual fecha 5.970.

Puede muy bien decirse que España casi alimenta la emigracion á la América latina, porque á la del Norte acude muy escasa emigracion española, como lo prueban los datos que nos presenta la estadística.

En el espacio de noventa años han emigrado á los Estados-Unidos 10 millones de europeos. Alemania, despues de la guerra, es el país que ha suministrado más emigrantes. En los tres primeros meses de 1879, hubo doble número de emigrantes alemanes que irlandeses. Italia y Suiza están anchamente representadas en este movimiento de poblacion; despues vienen Rusia, Escocia y Francia.

Nueva-York ha sido siempre el punto principal de desembarco. De 1848 á 77, han entrado en los Estados-Unidos por dicho puerto 5.516.746 emigrantes. Desde el 5 de Mayo de 1876 hasta el 31 de Marzo de 1878, han desembarcado en Nueva-York 5.732.183 emigrantes, ó sea el doble de lo que era la poblacion de los Estados-Unidos al fin de la guerra de la Independencia. Esta cifra se descompone de la manera siguiente: alemanes, 2.165.232; irlandeses, 2.020.071; ingleses, 742.271; escoceses, 161.537; suecos, 124.703; franceses, 110.850; suizos, 85.936; italianos, 50.581; noruegos, 49.097; holandeses, 40.103. El resto se divide entre dinamarqueses, rusos, belgas y españoles.

Nuestros emigrantes, pues, van á la América latina, en cuyas costas se desembarcaron en los meses de Setiembre, Octubre y Noviembre 41.470 españoles, sin contar los que mandaran las provincias castellanas, extremeñas y andaluzas, que no habrán bajado de 1.500 á 2.000, en tanto que en las costas del Norte no ha desembarcado en todo este tiempo un solo emigrante español.

No dejará ser curioso y oportuno, para el caso presente, conocer las corrientes de la emigracion europea á los países de América; y puesto que ya he reseñado la que se dirige al Africa y al Sur de América, necesario es tambien que se sepa detalladamente la que va al Norte.

De los 50.000.000 de habitantes que en 1881 componen la poblacion de los pueblos genéricamente conocidos con el nombre de Estados-Unidos, cerca de catorce millones han venido de fuera en el medio siglo trascurrido desde 1830 á 1881. La inmigracion anterior á 1830, se calcula sólo en 380.550. Si á aquel guarismo de once millones se añade el de la prole, y que los inmigrantes, con excepcion de los asiáticos, es gente que se reproduce (lo saben los Estados del Oeste), fácil es explicarse el aumento de poblacion en los Estados-Unidos, sin ejemplo en la historia. Baste decir, que al terminar la guerra de la Independencia en 1781, con la rendicion de lord Cornwallis en Yorktown, los Estados-Unidos eran tres millones de hombres; hoy son cincuenta millones, y los trece Estados primitivos treinta y ocho.

El aumento de la última década de 1870 á 1880, ha sido de doce millones, guarismo nunca alcanzado en ningun otro país.

El año de mayor inmigracion, ha sido el pasado.

Segun el informe de la oficina de Estadística, publicado el 4 del mes de Diciembre, el número de inmigrantes alcanzó al fin del año fiscal que terminó el 30 de Junio de 1881, á 669.431.

En épocas anteriores, el año de más inmigracion fué 1873; pero los inmigrantes no llegaron á medio millon (490.800 es el guarismo exacto).

Antes de la guerra del Sur (1861), hubo un año, el de 1854, en que la inmigracion pasó de 400.000 individuos. Disminuyóse, como era natural, á consecuencia de la contienda civil más sangrienta que presentan los anales del género humano, contienda, dicho sea de paso, que excedió con mucho en sacrificio de vidas y dinero á todas las revoluciones juntas en la América antes española. Con todo, de 1860 á 1870 la inmigracion no fué menor que en la precedente, que suma dos millones y medio de almas.

En 1870, reparados los males de la guerra, los campos de América, fecundizados por el soplo de la paz, atrajeron numerosos inmigrantes, que en aquel año y en los dos siguientes pasaron de 400.000, á lo cual contribuyó tambien la renovacion en 1870 y 1871 del duelo tradicional, que fecha de la edad de Roma, entre galos y germanos por la posesion del Rhin.

Pero es digno de tenerse muy en cuenta que en estos últimos años la inmigracion aumenta; pues en Diciembre contó nada menos que 37.037 inmigrantes, y en todo lo que va de año, cuando los más optimistas esperaban medio millon, pasó su número de 716.000.

Sólo Alemania envió 248.000; Inglaterra, 77.000; Irlanda, 70.000; Suecia, 55.000; China, 20.000, etc.

Del Canadá llegaron 94.000 inmigrantes, algunos de ellos canadenses, y los restantes europeos desembarcaron en Montreal.

Estos datos vienen á desmentir la opinion de aquellos que en la crisis económica por que pasan los Estados-Unidos, veian casi extinguida la emigracion europea.

El conflicto económico de 1873, resultado del abuso del crédito y de la exageracion de las espe-



culaciones, atajó la inmigración. Pero restablecidos los pagos metálicos en Enero de 1879, ó lo que es lo mismo, igualado el papel moneda al oro, que en 1864 tenía 285 por 100 de premio, y rehabilitado el deprimido crédito de los Estados-Unidos hasta nivelarse con el de la vieja Inglaterra y poder colocar como ella su papel al 3 1/2 por 100, el torrente de la inmigración trasatlántica rompió los diques que le oponían las monarquías militares de Europa en su afán de amontonar *carne de cañon*, y han venido á pedir á la tierra de los libres, donde no hay ejército (el de los Estados-Unidos es una escolta de voluntarios, á razón de 500 hombres por cada millon), lo que ella ofrece á todos los hombres, sin distinción de nacionalidad, de religión, ni raza: libertad, orden, paz y trabajo.

No basta á la nación sin rival suministrar al mundo el trigo, el algodón y el oro; no le basta vender á Europa doscientos ochenta millones de pesos más de lo que compra, y obligar á un retorno en especie de ochenta y cinco millones de pesos á naciones que no producen un adarme de metales preciosos: ella quiere, al par de la antigua Roma, hacer á todos los pueblos tributarios suyos; mas no por la fuerza de las armas, sino por las artes de la paz. El águila romana quiso abarcar bajo sus alas el mundo esclavo; el águila americana ambiciona más: amparar bajo la suyas el mundo de los libres.

Por eso comprendo la emigración de Europa al Norte América, donde la abundancia colma los espíritus más ambiciosos, la paz abre ancho camino á la prosperidad de todos los centros laboriosos y honrados, y la Administración pública, la mano del Estado, se extiende protectora para amparar al que trabaja y dar prestigio y llevar autoridad á todas partes.

Pero llevar la emigración española al Norte-América es de todo punto imposible, y á más, altamente perjudicial á los intereses que tiene nuestro pueblo en la América latina. Además, el emigrado va á aquellos pueblos que tienen más asimilación con su patria. En la América latina se habla nuestra lengua, el culto católico es el que impera, las costumbres, los trajes, todo es igual á lo que aquí tenemos; así es que la Europa del Mediodía corre en su emigración á la América-latina, como la Europa del Norte va á los Estados-Unidos. Es la ley de las atracciones, que explica Cuvier por la correlación en el orden de la naturaleza.

Y reconocida, pues, en todas sus fases la emigración á América; habiendo examinado también las causas que mayormente la sostienen en Baleares y Canarias, y después de apuntar los principales medios que habria necesidad de aplicar para impedir la, tócame ahora examinar otra cuestión muy importante, y que, si no sostiene, facilita en gran parte la emigración, cual es los medios de trasportarse á otros países los emigrados isleños.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

(Continuará.)

## EL PARAGUAY.

Acabamos de recibir la Memoria que el ministro de Estado de la República del Paraguay ha dirigido al Congreso.

Como una confirmación de cuanto venimos diciendo sobre la marcha próspera de aquel país, vamos á publicar íntegro ese documento.

Dice así:

*Señores Senadores y Diputados:*

El señor presidente de la república tuvo á bien confiarme nuevamente la cartera de Relaciones Exteriores, en 25 de Noviembre del año próximo pasado, puesto que habia venido desempeñando en la anterior Administración. Esta circunstancia me proporciona el grato deber de informar al honorable Congreso de los asuntos concernientes á este departamento, en cumplimiento de una prescripción constitucional.

El Gobierno de la república, fiel á sus propósitos inquebrantables de mantener una política recta y elevada, continúa cultivando francas y cordiales relaciones con todas las naciones, basadas sobre los principios inmutables de justicia que regulan los deberes mutuos de los Estados, aseguran la paz y la perfecta armonía y consolidan los vínculos de amistad con caracteres permanentes, estableciendo esa comunión indisoluble entre los pueblos que forman la gran familia del género humano.

Es con satisfacción, pues, que puedo anunciaros que nuestras relaciones exteriores se conservan inalterables. Merced á una política moderada y digna, cual corresponde á un pueblo celoso de su honra nacional y al sincero empeño con que observamos nuestros deberes internacionales, el Paraguay sigue captándose la consideración y el respeto de las demás naciones.

Necesito consignar aquí, en corroboración de lo expuesto, que nuestro país es objeto de las más constantes muestras de simpatía de parte de los pueblos con los cuales nos hallamos en relaciones amistosas. El Paraguay, ventajosamente conocido hoy en el exterior por el estado de tranquilidad que goza, por la marcha regularizadora de su administración y por sus instituciones liberales, ha despertado ya la atención de varios Gobiernos, apresurándose á acreditar sus representantes diplomáticos y á celebrar diversos tratados en el interés de consolidar los vínculos existentes y desenvolver aquellos intereses morales y materiales que tanto influyen en el desarrollo de la prosperidad nacional.

### I

Terminada la guerra que sostuvo el Paraguay con la Alianza, se celebraron respectivamente tratados con el Bra-

sil y la República Argentina, con el objeto de restablecer la paz y buena armonía con dichas naciones.

Quedaba la República Oriental del Uruguay con la cual no se habia arribado á los arreglos definitivos, á pesar de la misión diplomática que su Gobierno acreditó en 1873, en cuya ocasión se celebraron tratados que no fueron ratificados.

Este fracaso, sin embargo, no debilitó el buen deseo que animaba á ambos países de estrechar sus relaciones amistosas: y el Gobierno oriental, asumiendo la iniciativa, acreditó á su representante para tratar de dichos ajustes.

Habiendo sido reconocido con tal motivo al señor don Enrique Kubly en el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en misión especial de la República Oriental del Uruguay, el señor presidente me confirió plenos poderes para negociar y firmar los tratados de paz y extradición.

Algunos días después se celebraron ambos tratados, los cuales el poder ejecutivo tendrá el honor de presentarlos oportunamente á la aprobación del Congreso.

No puedo, sin embargo, dejar de expresar la complacencia que ha experimentado el Gobierno por el buen éxito que tuvieron estas negociaciones.

En la conferencia celebrada al efecto, que consta del protocolo respectivo, vereis con satisfacción que durante el curso de ella, reinó la más perfecta y cordial armonía entre los negociadores, consignándose declaraciones altamente honrosas para ambos países.

El señor plenipotenciario uruguayo, en el proyecto de tratado de paz que sometió á nuestra consideración, consignó explícitamente la obligación por parte del Paraguay de reconocer los gastos de guerra.

El Gobierno no podía negarse en principio á este reconocimiento, tanto más cuando que igual proceder habia observado con el Brasil y la República Argentina; pero invocando otras consideraciones de un orden superior y recordando especialmente los deberes de confraternidad americana, propuso por mi intermedio la renuncia completa al importe de dichos gastos, para sellar así de un modo más firme y duradero la reconciliación entre dos pueblos hermanos.

El digno representante uruguayo, atendiendo gustoso á las consideraciones emitidas en esa ocasión, aceptó de lleno la proposición, declarando á nombre de su ilustrado Gobierno que, «deseando dar á esta República una prueba de amistosa simpatía, á la vez que como un homenaje á la confraternidad sub americana renunciaba al cobro de los gastos de la guerra.»

La generosa conducta observada por la República del Uruguay empeña altamente nuestra gratitud y viene á cimentar sobre bases sólidas nuestras relaciones fraternales con aquel noble y heroico pueblo americano, acreedor hoy más que nunca á nuestras simpatías sinceras y entusiastas.

Queda así establecido un hermoso precedente en la política internacional americana que no dudo llegará á ser seguido por los Estados de este continente, especialmente si concurren las circunstancias excepcionales que median en el presente caso. La obligación de indemnizar los gastos de guerra que es perfectamente justificada cuando se trata de países que cuentan con recursos para atender á exigencias extraordinarias, no puede aplicarse igualmente á pueblos que han quedado totalmente empobrecidos y aniquilados en una prolongada lucha. Las naciones, como los individuos, tienen el deber sagrado de procurar su conservación propia y nadie tiene el poder ni el derecho de estorbar su desenvolvimiento natural, haciendo imposible su existencia como nación libre é independiente.

No terminaré estas breves digresiones sin significaros las lisonjeras esperanzas que abriga el Gobierno de que las demás naciones de la Alianza, procediendo con un sentimiento de elevada justicia y equidad, seguirán el noble ejemplo del Uruguay respecto á la renuncia de los gastos de guerra. El Paraguay, que cultiva relaciones tan estrechas con estos países, mucho espera del espíritu benévolo y fraternal que á ambos animan, y seria inferirles una grave injusticia desconocer el vivo interés que han mostrado por la desgraciada suerte de este país y del laudable empeño manifestado en pró de su completo restablecimiento después de los grandes desastres por que ha atravesado con tan heroico valor y resignación.

### II

En breve será celebrado un tratado de comercio con el Brasil, en sustitución del de 1872.

Por este último se habia estipulado que, aun en el caso de denunciarse su cesación, continuarían subsistentes «los derechos y garantías otorgados á los cónsules y ciudadanos» de las dos altas partes contratantes, en cuanto otra cosa «fuere resuelta de comun acuerdo.»

La cláusula mencionada consagraba consiguientemente la perpetuidad de cierta parte del tratado. El Gobierno, no obstante dicha disposición, creyó llegada la oportunidad de proponer la revisión general del mismo, consultando los intereses comunes de ambos países.

El Gobierno imperial, penetrado de sentimientos amistosos hacia el nuestro, ha aceptado la indicada proposición, declarando por intermedio de su representante en esta República, que no tenia inconveniente en acceder á la revisión, como una demostración del deseo que le anima de estrechar las buenas relaciones existentes entre ambos países.

Puedo asimismo aseguraros que no tardará en celebrarse otro tratado análogo con la República Argentina, á cuyo fin se ha presentado el año pasado á la consideración de su Gobierno las modificaciones al tratado de comercio del 76.

El Gobierno argentino ha manifestado que se ocuparía con preferencia de estudiar el proyecto ofrecido, reservándose oportunamente comunicar sus opiniones al respecto.

El Gobierno sólo espera esta decisión para proceder inmediatamente á la celebración del nuevo tratado, pues sus mejores deseos son llevar cuanto antes á feliz término las negociaciones expresadas que tanto han de influir en el desenvolvimiento de las relaciones comerciales que existen con aquella República hermana.

Tengo el mayor agrado de comunicaros que los trabajos de la comisión mixta paraguayo-argentina se hallan próximos á terminar, debido á la regularidad con que han funcionado.

### III

La República de Bolivia tuvo á bien acreditar al doctor D. Eugenio Caballero en el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante este Gobierno con poderes para verificar el canje de las ratificaciones de los tratados que tuvo la honra de celebrar con su digno antecesor el Dr. Quijarro el año de 1880.

El Gobierno no tuvo inconveniente alguno en ello y habríanse efectuado aquellas á no mediar ciertos inconvenientes—el plenipotenciario boliviano en virtud de instrucciones expresas de su Gobierno, propuso modificaciones al tratado de límites en las cuales no concordó este Ministerio por considerarlas inaceptables,—este incidente, sin embargo, en nada ha interrumpido las relaciones amistosas y cordiales que mantenemos con dicho país. Aplazada por ahora la cuestión de comun acuerdo, es de desear que se presente muy pronto una nueva oportunidad para zanjarse definitivamente las dificultades pendientes, arribando á una solución satisfactoria.

El Gobierno de Portugal ha comunicado hallarse autorizado para ratificar el tratado de amistad, comercio y navegación celebrado con esta República en Noviembre de 1878 y la convención consular concluida entre los mismos Estados.

Se ha convenido que el canje de las ratificaciones tenga lugar en la ciudad de Buenos-Aires; á cuyo efecto se acreditará un representante con la plenipotencia necesaria para dicho acto, así como para firmar un protocolo donde se consigne la interpretación del art. 17 de dicho tratado, de acuerdo con el deseo manifestado por el mismo Gobierno.

### IV

Tuve la honra de anunciaros en mi Memoria anterior que en breve quedarían reanudadas nuestras relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña.

Tal suceso se ha verificado felizmente por el hecho del reconocimiento de M. George P. Petre en el carácter de ministro plenipotenciario en esta República, y me complazco en significaros que esto ha sido motivo de congratulación para nuestro Gobierno, tanto más que con ello se demuestra el espíritu amistoso que anima á aquella próspera y grande nación para cultivar relaciones con este país.

El Paraguay, que profesa una simpatía sincera hacia el pueblo de la Gran Bretaña, sabrá corresponder dignamente á estos sentimientos amigables, empleando el más constante y decidido empeño en fortalecer los vínculos de amistad existentes entre ambos países.

Es con profunda satisfacción que me cabe la honra de informaros que el Gobierno de los Estados Unidos de América acreditó cerca de este Gobierno á M. William Williams como encargado de negocios, en reemplazo de M. Caldwell, que desempeñaba igual cargo diplomático.

No pueden ser más cordiales las relaciones que cultivamos con la gran República, á la cual nos unen estrechos lazos fraternales y motivos especiales de gratitud.

Este Gobierno ha recibido del de los Estados-Unidos una comunicación, expresando el deseo de conocer su opinión sobre la conveniencia de celebrar una conferencia internacional para tratar de adoptar un meridiano inicial común y una hora universal. Ha sido acogido favorablemente tan laudable pensamiento, y el Gobierno se ha apresurado á contestar que, reconociendo igualmente los beneficios positivos de la medida propuesta, aceptaría gustoso una invitación á objeto de estar representado en una convención para considerar tan importante asunto, abrigando la esperanza de que sus resultados corresponderán á las generosas y elevadas miras del Gobierno americano.

Me es sensible informaros que la reunión del congreso americano que debia tener lugar en Washington para tratar de afianzar la paz entre los pueblos de América ha sido aplazada indefinidamente.

El Gobierno de Venezuela tuvo la cordial deferencia de invitar á este Gobierno para asociarse á la gran fiesta nacional que tendrá lugar en Caracas con motivo del primer centenario del libertador Bolívar.

El Gobierno de la República, aplaudiendo con entusiasmo tan elevado pensamiento tendente á tributar un homenaje de gratitud á uno de los más ilustres prohombres de la revolución sub americana, ha comunicado que se haria representar gustosamente en tan solemne festividad, para cuyo fin ha nombrado á su cónsul general en Venezuela.

### V

Me es grato manifestaros que los miembros del distinguido cuerpo diplomático y consular acreditados en esta República, han cultivado constantemente con el Gobierno amistosas y cordiales relaciones. No hay una sola cuestión pendiente en el departamento á mi cargo.

Por los cuadros que os acompaño os impondreis del personal de las legaciones y consulados establecidos en la República.

Los cónsules que tenemos acreditados continúan prestando al país servicios muy importantes.

Recomiendo de un modo especial á vuestra ilustrada consideración el esmerado celo con que cumplen sus deberes, facilitando á este Ministerio no sólo los informes que frecuentemente se piden, sino cooperando con actividad é inteligencia á la tarea que se ha impuesto el Gobierno de hacer conocer el país en el extranjero. Es consolador observar que nuestros esfuerzos comienzan á dar los resultados mas satisfactorios. La prensa extranjera, en posesión de datos exactos, ha formulado juicios muy favorables sobre la marcha próspera de la República, contribuyendo no poco para ello los folletos que han aparecido en varias partes de Europa, escritos por personas autorizadas é imparciales, conteniendo noticias verídicas de nuestra situación política y comercial.



Debo en esta ocasion hacer mencion honorable del notable informe sobre el Paraguay que ha presentado recientemente M. A. G. Vansittart, segundo secretario de la legacion británica, al Gobierno de su país. Dicho trabajo, publicado expresamente para el Parlamento inglés, contiene una fiel relacion del estado de nuestra industria, comercio, finanzas y noticias muy prolijas sobre la fertilidad de nuestro suelo, la excelencia de su clima, la belleza de su naturaleza y variedad de sus producciones naturales.

El informe á que me refiero está escrito con remarcable imparcialidad y suma competencia y exactitud, no dudando que será una fuente autorizada de informacion en el extranjero para aquellos que desean conocer las verdaderas condiciones de este país; y cumpla con el más agradable deber al tributar en nombre del Gobierno á M. Vansittart los homenajes de sincera gratitud por el inestimable servicio que acaba de prestar al Paraguay.

Dejando así reseñados los actos de este Ministerio, no sin felicitarle una vez más del estado satisfactorio de las relaciones exteriores que el señor presidente de la República ha confiado á mi direccion, y esperando sinceramente que ellos merecerán la aprobacion del honorable Congreso, cúmpleme saludar á los señores representantes de la nacion con las protestas de mi consideracion y estima.

José S. DECOUD.

Asuncion, Mayo 30 de 1863.

Cuando un ministro puede hablar á sus conciudadanos en ese lenguaje, puede de ello estar orgulloso.

P. DE NAVARRETE.

### CAMPOAMOR.

(Conclusion.)

En *La novia y el nido* se cuentan las dudas de una niña inocente que se halla perpleja ante el problema de averiguar para qué sirve el blando albergue de dos golondrinas, que en su propio cuarto cuelgan su vivienda.

Pregúntase con sorpresa por el objeto de un nido, cuestion oscura que no acierta á resolver; y pensando, pensando, abismase en un mar de confusiones, y apenas puede á la noche conciliar el sueño. Al día siguiente vuelve á su tema, mira con afan la amorosa pareja de los pájaros, y acabando al fin por descubrirlo,

«Vé en las aves del nido dos esposos  
y en su canto una música de besos.

De su lecho de pluma  
salió Isabel cual Vénus de la espuma;  
despues, mirando al techo,  
vibró su corazon dentro del pecho  
al ver la golondrina que cubria  
en forma de abanico á sus hijuelos,  
y al padre que en el pico les traia  
pan de la tierra y besos de los cielos.

Tan grande amor su corazon inflama;  
y en sus ojos, con fuego inusitado,  
arde una pura y trasparente llama  
al ver en los hijuelos desatado  
el nudo misterioso de aquel drama.  
Espantada, el misterio comprendiendo,  
casi vuelve á gemir y casi reza;  
y unas veces rezando, otras gimiendo,  
entrando de repente en la tristeza,  
ya marchitas sus puras alegrías,  
la niña acaba y la mujer empieza;  
y más cuando la tímida nidada  
de aquel nido, asomándose á la entrada,  
parece que le dice:—¡buenos días!—  
y más aún, cuando á los hijos viendo,  
suspirando responde:—¡ya lo entiendo!—  
y encendido su rostro, cual la frente  
de una mujer culpable y candorosa,  
sobre sus ojos pudorosamente  
deja caer sus párpados de rosa.»

Los grandes problemas se reducen á las tres confesiones de una mujer, primero niña á los diez años, luego adulta á los veinte, y por último casada y en la edad madura al cumplir los treinta. Al principio, llena de candor infantil,

«Mirando al confesor con inocencia,  
cual si fuesen sus ojos unas puntas  
que hundiese del anciano en la conciencia  
fué haciéndole la niña unas preguntas,  
como esta, por ejemplo,  
capaz de hacer estremecerse á un templo:  
—¿Vos ¿sabéis lo que es malo, señor cura?  
—Yo de todo, hija mía, estoy al cabo,—  
respondió el sacerdote con premura,  
lo cual no era verdad, más lo creia  
porque el breviario con afan leia  
á la luz de un candil colgado á un clavo,

Y del amor ya viendo lontananzas,  
con sus ojos tan llenos de esperanzas,  
en su candor intrépido del todo  
sigue ella preguntando de este modo:  
—El dejarse besar ¿es malo ó bueno?—  
De confusion y de sorpresa lleno,  
se turbó el cura, como el hombre que ántes  
de haber cazado un pájaro, lo vende,  
y sin poder cumplir lo prometido,  
se queda, al fin, como el lector comprende,  
el cazador corrido,  
el comprador burlado,  
y el pájaro vendido y no cazado.

Echó al cielo una olímpica mirada,  
buscando la respuesta en las estrellas;  
más como nada le dijeron ellas,  
el cura del Pilar no dijo nada.

Con misterio despues ella se inclina  
hácia el cura que la oye fascinado,  
y prosigue:—Me ha dicho mi madrina,  
que el que bese á mi primo es un pecado;  
y mi primo ha jurado  
que él me habrá de besar pese á quien pese.  
pues cree que á mí me gusta que me bese.»

Y así continúa en el mismo tono, hasta hacer exclamar al sacerdote:

«—¡Primera confesion; primer problema!»

Pero Teodora, que tal se llama ella, no para aquí; prosigue refiriendo otra porcion de pecadillos veniales, y algunos ponen al buen párroco en tal aprieto, que al terminar, murmura entre dientes.

«—Son el diablo estos ángeles de niñas.»

La segunda confesion, es otro problema: el primo se halla lejos, y la enamorada doncella le tiene consagrado su corazon; la familia, sin embargo, (la madre especialmente,) pretende que se case con un hombre muy de bien, pero sin gracia alguna. Ella no quiere violentarse, y al mismo tiempo teme no ser obediente á los mandatos superiores; y en este apurado extremo, recurre otra vez al sacerdote, y le dice:

«—.....Vuestro favor imploro;  
prestadme ayuda en tal difícil paso:  
de uno me rio y por el otro lloro;  
éste me hiela y por aquél me abraso.  
No amo al presente y al ausente adoro;  
¿qué hago, señor, me caso ó no me caso?»

En el tercer canto aparece ya la esposa, y la esposa atribulada; dió su mano al hombre que le impusieron, el primo ha regresado de su larga expedicion, y ella se encuentra enferma. El confesor, al escuchar la narracion de sus desventuras, al oírle referir sus vacilaciones y congojas, cree sorprender en ella algun rasgo de demencia; pero entonces

Agarrándole bien con la mirada.  
—No soy loca, es que estoy enamorada—  
siguió la esposa—y lo que quiero, quiero;  
vuestra piedad, no vuestra fé reclamo:  
si le amo, vivo; si no le amo, muero;  
respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo?  
Aguzando el oido,  
y azorado de miedo como un gamo  
que oye en el bosque de repente un ruido,  
el cura sorprendido  
dice cayendo en postracion extrema;  
—¡Tercera confesion, tercer problema!...»

Y efectivamente, la disyuntiva es grave; como ella ha dicho ántes,

«—No hay remedio; ó vencer ó ser vencida;  
ó perder la virtud ó dar la vida.—»

Teodora muere, y el poema acaba; pero ahora al concluir, como ántes al desarrollarse, ¡qué toques tan magistrales y qué poesía tan encantadora! Nosotros, enamorados de joya tan primorosa, hemos necesitado hacer no pocos esfuerzos para contener nuestros impulsos de entusiasmo y no trasladar aquí enteras, sin faltar un verso, todas las páginas de que el poema consta.

Por no hacer interminables nuestras citas, dejamos de presentar al lector algunos fragmentos de los otros poemas titulados *Dulces cadenas* y *La lira rota*, y hasta prescindimos, en ese caso, de referir el argumento, que tanto pierde siempre en colorido y en belleza cuando se extracta en prosa desaliñada lo que tan generalmente se halla expresado en preciosos versos; pero no por eso hemos de escasearles en este lugar nuestros elogios incondicionales.

Por último, de todos los *Poemas* que hemos mencionado con preferencia, quedamos que hablar del que se intitula *Por dónde viene la muerte*; y en atención á su fecha más reciente,—pues en cuanto á méritos todos están á la misma altura,—nos detendremos un instante en apreciarlo. Compónese de un solo canto, y todo en él es notable. Un sábio médico, el doctor Prieto, tiene una hija jóven, bella, soñadora, á quien ama como el más cariñoso de los padres. Sus teorías científicas, no obstante, le inclinan á un materialismo inflexible, y creyendo

«que es el alma el ensueño de un delirio,  
y el fruto de este sueño el pensamiento,»

sólo acepta que puedan producir el aniquilamiento de la vida los fenómenos externos, las fuerzas y los agentes físicos. Por eso cuida bien de resguardar á su hija de estas influencias perniciosas y la pone al abrigo de causas tan funestas de destruccion; más ¡ah! que Eugenia, la hermosa jóven de ojos azules y de hechicero rostro, llega á la pubertad, hállase con el espíritu en el aislamiento y en el vacío, iella que necesitaba á su lado un sér amante, jóven y apasionado, que satisficiera las ansias vehementes de su tierno corazon!, y entonces le asaltan deseos vagos é informes, y llenan su cabeza fantasmas locos y visiones extrañas.

«Siente Eugenia impacencias sin objeto;  
mas no quiere estudiar el doctor Prieto  
el gran misterio que su pecho encierra,  
pues, como hombre discreto,  
cree que toda mujer tiene un secreto  
que nada importa al cielo ni á la tierra;  
y no vé que, en su estado visionario,  
Eugenia, en la region del firmamento,  
dá citas en un parque imaginario  
á un novio que creó su pensamiento.  
¿Quién detener podría la corriente  
de ideas hechiceras  
que brotan de la frente  
de una mujer que en su exaltada mente  
conduce diez legiones de quimeras?  
Hay séres en amar de tal constancia  
y de alma tan ardiente y abstraída,  
que sacan de sí propios la sustancia  
con que tejen la tela de su vida.  
Así Eugenia, soñando y más soñando,  
de hablar tanto con ellas  
fué creando, creando  
un lenguaje especial con las estrellas;  
y de mirar la jóven extasiada  
á la celeste esfera,  
como era de esperar, quedó estenuada...  
Mas la niña hechicera,  
por su padre adorada,  
¿qué tiene enfermo? Nada:  
el pensamiento, esto es, ¡la vida entera!»

El doctor de nada se apercibe, cuidando en cambio, de abrigar á su hija para que no le causen perjuicio los aires frios; y satisfecho ya de sí mismo confiado en su ciencia, ningun miedo tiene de que pueda llegarle la muerte, porque él sabe por dónde ha de venir:

«Mas lo triste es que un día  
nuestra Eugenia del sueño en que dormia  
inquieta despertó de tal manera,  
que su alma empezó á amar como debía  
y su cuerpo á sentir como lo que era.  
Y Eugenia sin amante ¿á quién amaba?  
Al amor ¡qué sé yo! misterios de ellas.  
El caso es que, aquel tipo que adoraba,  
¡oh fuerza de los sueños! habitaba  
muy cerca... más allá de las estrellas.  
Y es natural: un alma cuando es pura  
y vive en un estado visionario,  
como no tiene objeto su ternura  
lo aplica ¿á quién? á un sér imaginario.»

El padre advierte ya algunos síntomas de la enfermedad de su hija,

«Y como es una fruta la experiencia  
que está sin madurar ó está podrida,  
apelando el dolor á su conciencia,  
recuerda que en la edad de los placeres  
se murieron por él muchas mujeres  
que vivieron despues toda su vida;  
.....  
y al deducir, por la doctrina impura  
de sus principios, de malicia llenos,  
que muchos platonismos de ternura  
no acaban en Platon, ni mucho ménos,»

el doctor aleja de su lado á un primo de Eugenia, por si éste podría causar sus pesares; y tomando precauciones verdaderamente infantiles, cubre una estatua de Cupido, desnuda sobre una mesa, y dá libertad á dos jilgueros, por si ella observaba sus besos de amor. Inútil todo; Eugenia no mejora,

«—¡Ten por Dios! ¡ten por Dios, ídolo mio.  
«Y cuando, al fin, con ansia verdadera  
nota el doctor cuán presto  
lleva á Eugenia hácia un término funesto  
la casta consuncion de una quimera,  
ya, aunque, muy tarde, á comprender alcanza  
que es la niña adorable  
una enferma incurable  
del santo malestar de la esperanza.»

Prieto vé al cabo extinguirse la vida de la jóven, y al abandonar ésta el mundo dejándolo sumido en llanto, el padre exclama tristemente:  
quieta la mente, el corazon en calma;  
no matan sólo la humedad y el frio:  
¡viene tambien la muerte por el alma!»

Quizá nos hemos extendido demasiado, prodigando la traslacion de tanto fragmento: sírvanos de atenuante que éstos serán ya los últimos que transcribamos en el presente trabajo, y además la belleza irresistible de esos hermosos versos, que atraen como el imán y seducen como la tentacion. ¡Ah! Campoamor es un gran poeta, un vate egrégio, y sus obras inmortales causan purísimo deleite en todas las almas que las comprenden y las sienten.

Los otros *Pequeños poemas* que hemos dejado de examinar por no pecar de prolijos, son los siguientes: *Historia de muchas cartas*, *El quinto no matar*, *La calumnia*, *Don Juan*, *Las tres rosas*, *Dichas sin nombre*, *Las flores vuelan*, *El trompo y la muñeca*, *La gloria de los Austrias*, *Los amores en la luna*, *La música*, *Los caminos de la dicha* y *El amor y el río piedra*. (1)

Por lo demás, los *Pequeños poemas* responden

(1) Despues de escrito lo anterior, se han publicado otros nuevos, entre ellos *Los buenos y los sábios*, que ha juzgado la crítica como una de las creaciones más acabadas del génio del poeta, si no la mejor; pero no podemos detenernos en su análisis, sin incurrir en la falta apuntada.



á una necesidad de nuestros tiempos: si se reconoce que la vida exuberante de esta sociedad y de este siglo es demasiado vasta y compleja para abarcarla en una síntesis, para retratarla en un cuadro, para compendiarla en una sola obra, estos poemas de cortas dimensiones sirven al objeto de presentar en cada uno de ellos el aspecto determinado de uno de nuestros problemas, de una de las fases de nuestro modo de ser contemporáneo; y así, lo que no cabe en un marco único, lo que se resiste á ser encerrado en una sola concepción, podrá retratarse parcialmente en varias ó en numerosas producciones, de tal modo que el conjunto brillante de todas las que brotaran de las liras más inspiradas, sea como el reflejo exacto y como la copia fiel de los espectáculos en que intervenimos y de la época en que nos encontramos...

Sublime destino y victoria soberana la del gé-  
nio! El nos alborozó con sus creaciones; él hace, al cantar sus propias impresiones é ideas, el proceso de las de su generación; él, en fin, es aclamado por las sucesivas como orgullo de su patria y como timbre imperecedero de gloria, y consigue legarles en las concepciones maravillosas de su fantasía y de su inteligencia, un monumento en que hallan retratados los sentimientos de las edades á que estas pertenecen y en que encuentran palpitan-  
tes las dudas, las creencias y todo el cúmulo de pensamientos y de acciones que á las mismas agitarán con impulso poderoso!

## V

Campoamor es también escritor en prosa de elevados vuelos; acaso en su forma, sobre todo tratando de ciertos asuntos, tiene alguna semejanza con Valera, cuyo ingenio corre parejas con el de nuestro autor, en el tono zumbón y maleante de sus disquisiciones y en la intención penetrante y fina de sus conceptos; pero esto, que depende de la índole genial de sus caracteres, presta á sus obras un encanto singular, y las torna en buenas y amigables compañeras del que lee, lejos de repelerle con acentos altisonantes y enfáticos. Sin embargo, Campoamor se manifiesta en otras producciones seria y profundamente preocupado con los temas que embargan su ánimo, y entonces aparece en toda su plenitud el pensador reflexivo.

Sus más importantes libros de este género, son la *Historia crítica de las Cortes reformadoras*; la *Filosofía de las leyes*; los *Pensamientos*; su discurso de recepción en la Academia Española, en el cual desenvuelve la tesis de que *La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*, y en fin, *El Personalismo* y *Lo Absoluto*, obras filosóficas que en opinión de Revilla, son dos *Doloras de bastante mérito*. También tiene publicado el autor un tomo que titula *Las Polémicas*, y que no es más que una serie de trabajos de propaganda política, cuyo juicio crítico no es de este lugar. (1)

Como poeta dramático, Campoamor escribió hace algún tiempo para el teatro varias comedias: *El Palacio de la Verdad*, *Guerra á la guerra*, *Dies irae*, *Cuerdos y locos* y *El honor*. Como hombre público se halla afiliado al partido conservador, y ha sido muchas veces diputado á Cortes, en las que ha pronunciado notables discursos.

Nosotros sólo vemos en él al autor famoso de las *Doloras* y los *Pequeños poemas*; al ingenio peregrino que, según ha dicho un escritor distinguido, puede enorgullecerse con justicia de ser el más poeta de nuestros filósofos y el más filósofo de nuestros poetas.

PLÁCIDO LANGLE.

## EL CENTENARIO DE BOLIVAR.

Todo americano debe tener una palabra de gratitud para el Sr. Enrique Taviel de Andrade, que noble y generosamente se ha asociado al apoteosis que hoy se tributa al gran Bolívar, con motivo de su Centenario.

Del folleto que con este motivo ha escrito, tomamos estas últimas palabras:

«Lo mismo que dicen y presienten Santa María y Campero; lo mismo que Simón Bolívar, si viviese, haría ahora para salvar la libertad é independencia de América, es lo que todos los hombres pensadores de ambos mundos desean, á saber: la unión de la raza española, al menos desde el istmo de Panamá al cabo de Hornos. El canal de Panamá, á medida que va abriéndose, va iluminando y acelerando á la vez el movimiento de atracción que se efectúa en estos momentos en todos los individuos que componen la grande é ilustre raza española; porque á favor de la luz que va arrojando se percibe con claridad que, una vez abierto, la América del Sur queda á merced del audaz y codicioso.

No es de extrañar, por consiguiente, que al despedirse el siglo décimonono, el mar de las Antillas sea teatro donde la raza española renueve la grandeza de su estirpe, que el siglo decimoquinto allí presencié. Entonces, en aquellas mismas aguas, el 11 de Enero de 1492, Cristóbal Colon, Pinzon y demás españoles embarcados en el puerto de Palos habian descubierto América. Al grito de ¡tierra, tierra! lanzado por Colon, se anunciaba al universo que las columnas de Hércules caían para siempre y con ellas iban envueltos los errores geográficos y astronómicos y el *non plus ultra*, y que también se desvanecía precipitadamente el peligro del renacimiento de la monarquía universal de los romanos, incompatible con la libertad é independencia de las gentes, que Carlo Magno habia intentado.

(1) A última hora se anuncia la publicación de *La Poética*, llamada á producir gran resonancia.

Oigamos á Ciceron, con su incomparable elocuencia, pintar la monarquía universal.

«Doquier que el ciudadano romano arrastre su dorada cadena, ora sea en Roma, ora en Serifo, siempre está bajo la mano del Dictador, y su fuga es imposible.

»Por doquiera que tienda su mirada, no descubre otra cosa que rocas escarpadas ó tribus hostiles dispuestas siempre á congraciarse con el dictador entregando al fugitivo, ó el mar con su desconsolador lema de *non plus ultra*: no más allá.»

El mundo antiguo pudo caer en manos de un dictador, de un déspota y hasta de un Calígula y un Neron, pero despues del descubrimiento del Nuevo Mundo, nadie es potente para abarcar, ni esclavizar por consiguiente, á entrambos mundos, que la pequeñez del antiguo permitia. Así la raza española al descubrir á América, es la que, agrandando y aumentando los mundos, ha librado al género humano de la esclavitud y de la tiranía, convirtiéndolas para siempre en imposibles.

La Providencia parece seguir reservando á la raza española la consolidación de su obra, indicándole lo que le queda por hacer en el siglo decimonono; es decir, que así como en el decimoquinto le reservó el romper las columnas de Hércules, rompa ahora las cadenas con que los poderosos pretenden aherrojar á los istmos y los canales para dominar en el mar y esclavizarlos. Sí; el siglo decimonono terminará con la conquista de la libertad de los mares, llevada á cabo con la unión y el esfuerzo de la raza española; enarbolando victoriosa su gloriosa bandera en una y otra orilla del canal de Panamá, en una y otra orilla del estrecho de Gibraltar. Así la raza española habrá conseguido para siempre librar de toda esclavitud á los mares y á los mundos.»

Agradecido como americano, le he dirigido la siguiente carta:

«Sr. D. Enrique Taviel de Andrade.

»Mi noble amigo: Resuena todavía en mis oídos con todo el encanto de los ecos que entusiasman ó sensibilizan, el eco de las páginas que ha tenido V. la bondad de leerme, consagradas á solemnizar el Centenario del inmortal Bolívar, que el actual presidente de Venezuela, en un momento de inspiración feliz, ha decretado se celebre en Caracas con todas las pompas de la inteligencia y con todas las expansiones de la gratitud.

»¿Qué forma literaria tiene su artículo de usted?

»¿Qué bellezas de lenguaje lo matizan, y en qué episodios históricos de la vida legendaria del héroe afortunado se ha inspirado V., para trazar un cuadro de luz y gloria en que colocar la gallarda figura iluminada por brillantes resplandores?

»Nada de esto me ha preocupado, mi querido Andrade, al escuchar atento la lectura de su trabajo; porque por encima de la forma y del lenguaje, flota algo grande, noble, generoso y humano, eco de fraternidad y gaje de patriotismo, que para mí vale más que todos los estilos del escritor y que las más delicadas galanuras del literato: es el sentimiento que á V., español, ha inspirado el escrito en que levanta y engrandece la personalidad, de suyo colosal, de Simón Bolívar.

»Que su fama y su gloria, custodiadas ante la posteridad por la gratitud de un mundo cuya independencia preparó su géneo y selló su constancia, débelas en gran parte al éxito de sus victorias, ¿quién lo duda, ni quién sería osado á negarlo.

»Pero ni Bolívar se batió *contra España*, ni Bolívar sintió jamás allá en el fondo de su alma ninguno de esos sentimientos mezquinos que en la vida del hombre llamado á dirigir destinos pueden ser considerados como arranques de odio contra una nación. Antes por el contrario: en sus proclamas, que tenían algo de estilo de Tácito, y quizás más aliento guerrero que las de Napoleón, llamaba *hermanos* á los españoles, comprendiendo que si con ellos veíase forzado á combatir en el campo de la acción, era solo en aras de una aspiración legítima, dar á la América la misma independencia que España afianzó despues de aquellos combates homéricos que brillan como eterna aurora en el cielo histórico de esta tierra inmortal de los Guzmanes y Pelayos.

»Penetrado usted de esta verdad; estudiando el carácter del libertador, sus hechos, propósitos y tendencias, á la luz de un criterio elevado, patriótico y filosófico, en estas horas de bonanza y de quietud, y al calor de la dulce fraternidad que ahora confunde en un mismo é inmenso hogar á españoles y americanos, ha querido usted, noble y desinteresadamente, asociarse á la expansión del patriotismo que celebra el centenario del que erguido de pie sobre la cumbre del Chimborazo, extendió sus brazos despues de la victoria como si hubiese querido estrechar en ellos á la madre de su raza, que amorosa le habia calentado en su regazo.

»¡Gracias, Sr. Andrade!

»Gracias, amigo mio, en nombre de Venezuela, de la América toda y de mis compatriotas, que darán al acto de usted toda la importancia y el valor que tiene, recibiéndolo como un anillo de oro que con mano hidalga coloca usted en la cadena que nos ata ante el presente y el porvenir con lazos indisolubles.

»Pero si es cierto que *nobleza obliga*, ¿cómo era posible que usted dejase de tomar parte en el certámen preparado en honor de Bolívar?

»Usted, propagandista incansable de la fraternidad entre España y América; usted, que ha puesto su patriotismo, su inteligencia y buena voluntad al servicio de una unión franca y sincera entre *todos nosotros*; usted, que ha contribuido y sigue contribuyendo á que no queden ni vestigios de aquella noche sombría en que vivimos alejados; usted, *tan español y tan americano*, nos debía esta manifestación en honor de Bolívar, y al tributársela, enaltece usted no sólo al que duerme el sueño de la inmortalidad, sino que se honra á sí propio dando una forma práctica á su propaganda de todos los días, y un ejemplo digno de ser imitado por los que prescindiendo de la tradición, de la historia, de la sangre y del idioma, no quieren comprender todavía que americanos y españoles debemos vivir en perdurable unión en nombre de Dios, de la libertad y de la esperanza.

»Acepte mi amigo Andrade la expresión de mi amistad franca y cordial.»

Al pensamiento del Sr. Andrade se han asociado los hombres más importantes de España.

Entre otros, el Sr. Moret le ha escrito:

«Madrid, 26 de Junio de 1883.

»EXCMO. SR. D. ENRIQUE TAVIEL DE ANDRADE.

»Muy señor mio: He agradecido á usted mucho la atención que ha tenido enviándome el folleto por usted escrito para honrar la memoria de Bolívar. Es una patriótica empresa, á la cual me asocio sinceramente, felicitándole á usted por la manera con que la ha llevado á cabo.

»Aprovecho gustoso la ocasión de ofrecerme de usted afectísimo atento seguro servidor Q. B. S. M.—*Segismundo Moret.*»

Prueba esto que toda España se asocia á la noble iniciativa del Sr. Andrade.

H. F. VARELA.

## FRASES.

A MI QUERIDO MAESTRO EL EMINENTE LITERATO DON JOSÉ CAMPILLO Y RODRIGUEZ.

El amor es la fé del sentimiento.

Una alegría excesiva es una embriaguez, pero esa embriaguez es una calma indefinible, una dulce y serena luz, lo infinito en un vértigo: el corazón la desea y teme que un sueño la convierta en sombra; por eso no descansa.

La poesía es una meditación infinita de la cual surge una certeza, Dios.

La vigorosa emoción del géneo es la serenidad de un alma que descansa en lo absoluto.

La caridad es el secreto del amor.

Nada tiene para mí atractivos y emociones tan puras como la limpidez, la armonía, la transparencia y la luz de esos paisajes en los que todo parece confundirse para trasformar el espíritu de los hombres en la sublime visión de una serenidad perfecta.

La paz del corazón convierte al esclavo en príncipe y al príncipe en hermano del esclavo.

Una mugér me decía señalando á sus hijos:

—Estos son los hijos de mis sueños.

Las ternuras de dos voluntades confundidas en un sér; una voz que es una esperanza; un cariño que recuerda horas eternas, lugares sagrados, armonías, juramentos, emociones y deberes; todo lo que fué, todo lo que es, todo lo que será; la virtud de una madre; el secreto de dos almas; una flor que se abre con un corazón: eso es el hijo.

A veces la fama es un capricho que dura muchos años y se olvida en un minuto.

El corazón es una nota infinita en la armonía de la naturaleza.

La virtud es una perspectiva abierta en la muerte.

Nada es más triste que la monotonía de la felicidad.

Una mirada de amor es una irradiación de lo infinito en la que se mezcla el asombro con la dulzura, la calma con el éxtasis, la duda con la oración, el dolor con la gracia, la realidad con el sueño... Hay ojos que piensan.

El barro caído sobre la inocencia conviértese en luz, en amor y en lágrimas.

La duda es hija de la esperanza.

Un corazón abandonado en un sueño indiferente y lúgubre, despierta en la humildad, en un éxtasis, en lo infinito: es decir, ama; tal es la obra de Dios.

La vida es un deslumbramiento de los ojos.

El verdadero amor sale del fondo del alma como la aurora del Oriente, trasformando á la naturaleza con su deslumbradora claridad.

¿Qué son las obras de la fuerza? Destruídas por los años ó por los hombres, su polvo, convertido en desierto, no puede decir á las caravanas: ¡Llorad sobre un cadáver!

Sentir la humildad del amor es comprender la nada de la vida.

No me habéis de la inmortalidad del alma. El alma es un nombre, y un nombre puede ser eterno.



Los misterios de la religión me parecen las ilusiones más pueriles, vacías y ridículas de la ignorancia humana. La falsa luz de las religiones cierra los ojos de los niños y de los cortos de vista. La fe es una debilidad y un absurdo. La razón es una fuerza.

Atmósfera corrompida por el aliento del egoísmo: hé ahí mi juventud. ¡Ni un amigo que pueda comprenderme, ni una mujer que dulcifique y sienta el amor cuya luz se refleja en mi espíritu como la luz de la aurora en una flor cubierta de hielo!..

La calma de las pasiones, que no es más que la serenidad de la virtud, es inquieta como el sueño de un tirano.

Amár es poder.

El alma está separada del mundo por un mar de sueños. ¡Y un hombre siente, lucha y avanza bajo el peso de esos sueños, de una meditación que es un abismo, de un abismo que es un pensamiento, de un pensamiento que es una soledad!..

La vanidad es la ilusión que más dura.

En ciertos momentos el deber es una infamia y la conciencia una cosa inútil.

Mi pensamiento es una negación.

A veces el alma parece una imagen del placer bosquejada por un mal artista.

El hombre seméjase á esos niños que al ser sorprendidos en un momento de tristeza por una voz indiferente ó por una cara burlona, dicen: Lloro... no sé por qué lloro. Tengo sueño.

Yo también lloro y tengo sueño. El hostezo produce lágrimas.

Una felicidad inútil es un vacío.

¡Oh imagen consoladora! Tu mirada es el amor; tu amor es el sueño de un alma divina. ¿Quién eres? Tu pálida y serena frente, ¿no es el trono de los pensamientos humildes? La suave luz de tus ojos, ¿no es la calma de la inocencia? El acento de tu voz, ¿no es la paz del deseo? Al lado del sol no hay tempestades ni sombras. A tu lado no hay odios, ni vanidad, ni dudas. El secreto de tu ambición es profundo como la noche. Tus lágrimas, rocío de una flor celestial, no deben caer sobre polvo, sino sobre la mano del desvalido, del indigente y del enfermo. Tu súplica es el poder de la virtud. Hay almas reveladoras de Dios. Tu alma es una esperanza. ¿Quién eres? La luz de tus ojos no es la luz de un astro, sino la misteriosa claridad de una compasión infinita. Esa claridad se siente en el corazón. Tu mirada es el poema de la desgracia. Deja que mis pensamientos descansen en tus ojos. Las águilas buscan sus nidos en alturas inaccesibles á las tempestades y á la muerte. Tú eres la obra maestra de mi deseo. Yo había soñado un ángel: hoy ese ángel anda por mi camino. Le conozco. Tiene la transparencia del sueño y la hermosura de la mujer. La palidez de su frente desaparece en la sombra de unos cabellos negros; hay tristeza en sus labios, húmedas nieblas en sus ojos... ¡Ay! Al pasar por esas nieblas, la luz de un corazón se convierte en lágrimas!

El beso es la lengua de todas las madres.

La ingenuidad puede ser una virtud ó un misterio. La ingenuidad aparente ó misteriosa es el dolor con mirada tranquila y frente serena. Cuando la estupidez pregunta, el dolor sonríe. Hace bien.

El alma es una sombra suspendida entre la aurora y la noche, entre el amor y la muerte. ¿Qué será de ella?..

La desgracia es la verdadera felicidad de los hombres vanos, porque excita en ellos el recuerdo de un pasado sombrío y odioso, y alumbrá en sus corazones alegrías purísimas y sentimientos adormecidos en una dulce, confusa y poética esperanza.

¡El matrimonio!... Un marido, representación del hastío de un placer brutal, pide á su mujer un beso de adúltera... ¿Estais satisfechos? ¡Oh alma! ¿quién no desea ser bestia para odiarte?

El egoísmo es el triunfo de una ilusión mezquina sobre la inconstancia de los grandes pensamientos.

El sueño del dolor es una agonía.

La infancia del deseo sigue á la infancia del hombre, la infancia del amor á la del deseo, la in-

fancia de la duda á la del amor... ¡Y siempre así! Un sonido constante, un solo drama, un solo grito, monotonía, vanidad... Y encima de todo la conciencia. ¡Qué juego de niños!

Un siglo es una página del libro del progreso. Cuando esa página se condensa en un Moisés, ó en un Homero, ó en un Budha, ó en un Confucio, ó en un Sócrates, ó en un Jesucristo, ó en un Juvenal, ó en un Dante, ó en un Juan Huss, ó en un Colón, ó en un Miguel Angel, ó en un Lutero, ó en un Rafael, ó en un Miguel Servet, ó en un Descartes, ó en un Shakespeare, ó en un Pascál, ó en un Voltaire, ó en un Victor Hugo, el género humano escribe en su historia una sola palabra: Fraternalidad.

Ayer me dijo un poeta:  
—El hombre que llora me pertenece.

La verdadera tristeza es un misterio cuya sombra llega á los límites del pasado, del presente y del porvenir: esa sombra es la vida, la sonrisa eternizada en unos labios, la vaga mirada de unos ojos sin lágrimas, lo infinito sin luz, la inmensa soledad de un alma, el terrible egoísmo, la movilidad del placer, la duda que nos hace amar en el silencio lo que despreciamos en la sociedad, en el ruido, en la orgía... Esa tristeza es una maldición. ¡Parece una mano de fuego que nos acaricia! El dolor también ama.

Hoy, que se duda de todo, los hijos me parecen creaciones imperfectas de la casualidad y los padres esclavos de un deber impuesto por un honor imaginario y por el egoísmo de dos corazones.

La historia, tal como se conoció en los siglos anteriores al presente, ha sido el inventario de las pasiones de la humanidad. Entre el pueblo y Dios interponíase la sombra de Atila. Hoy Atila cae, los pueblos despiertan y el ideal es la luz de la historia. Un nuevo sol se levanta en el porvenir; la luz de la idea entra en las sombras del pasado; el pensamiento es poder, fraternidad, aspiración constante; la fuerza desaparece en el olvido; ábrese un nuevo y luminosísimo horizonte; Prometeo rompe los clavos de bronce que le sujetaban al Cáucaso; ya no es posible vivir entre tinieblas; el derecho es de todos; las palabras *El Estado soy yo*, que revelan el mal humor de Luis XIV, olvidanse leyendo las obras de Voltaire; Bonaparte muere y cae, Lutero muere y se levanta; la tiranía es la noche, Jesucristo la aurora. ¡Paso á la luz!

Tiene razón Balzac: el matrimonio es una prostitución secreta. ¿Y qué es la prostitución pública? La virtud y la belleza sin valor; el hambre en la desgracia. Una mujer se arroja en brazos de un hombre, y el mundo dice: ¡Ahí la tienes! Vale muy poco: un pedazo de pan. Te aborrece. ¿Y qué? Solo vé en tus ojos una moneda. ¡Esa mujer es tan desgraciada! ¿Qué importa? Deshórrala y despreciala. ¡Es una prostituta!!

El corazón de la mujer enamorada y virtuosa es humilde como el alma dolorida, sencillo como la primera ilusión, luminoso y sereno como la aurora, profundo como la noche, sublime como la tempestad é inmenso como el espacio.

La poesía no debe ser la embriaguez del espíritu, sino la ternura del corazón.

El que no siente la eternidad del recuerdo, no ha sentido jamás.

La creación tiene sus cantos, y los entona cuando el alma enmudece.

El amor es un misterio entre el hombre y la duda, entre un insecto que piensa y el infinito.

La inteligencia humana es el trono del error.

La música es la revelación de la poesía escrita.

La inspiración es un horizonte abierto en el infinito al amor de un alma.

El instinto es la ilusión de la materia.

Los sentimientos del alma que duda parecen las ruinas de una obra de Dios olvidada en un desierto.

Mi sueño no es la gloria, sino el amor. La inmortalidad es una ilusión animada por la ternura.

La poesía no está en la naturaleza, sino en el alma.

Toda la vida se reduce á una lucha entre la voluntad y el instinto.

El silencio es la poesía del dolor: un hombre la concibe y Dios la siente. Esto basta.

El genio es una virtud excesiva.

La imaginación es lo infinito del pensamiento.

Gozamos de la dicha como se goza de una joya robada, en silencio y con temor.

¡El sentimiento de la inmortalidad en una duda! Quisiera no ser nada para ser más de lo que soy.

El triunfo de la inteligencia es la paz del deseo.

El amor es la libertad de la desgracia.

La tranquilidad del espíritu humano es la perfección del sentimiento religioso.

La fantasía es la razón del genio.

El pudor es un velo arrojado sobre el corazón del hombre para hacer invisible lo que es divino.

Así como la luz nace de distintos astros y se confunde en un mismo cielo, el dolor nace de muchas almas y se confunde con Dios.

Imaginar es pensar: la inspiración es una idea perfecta.

El placer es una caricia fugitiva del egoísmo.

El misterio es la inmensidad en un átomo. ¡Lo desconocido! Todo en nada. Lo que se siente en el corazón es polvo en el mundo. Abrese un horizonte sombrío: en ese horizonte vaga una duda eterna, poderosa, terrible. Un astro apagado sale del fondo de unas ruinas, y dilata su sombra en alturas inaccesibles. El sol cubre de tinieblas los ojos que le interrogan. La luz nos embriaga, el afán nos embrutece, la bruma pesa sobre nosotros como una atmósfera de fuego. Nos asomamos á un abismo y el vértigo nos ofusca. El que sueña cae. ¡Sombra... más sombra! dice el sentido común parodiando á Goethe. El Cáucaso es de los genios. La duda es de Byron ¡Adelante!

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

FOLK-LORE.

SUPERSTICIONES POPULARES.

V

241—Toda bestia á quien el día de San Anton se dá á comer un poco de cebada bendita en una iglesia del santo está libre de enfermedades y mal de ojo durante todo el año (a)

242—Es sabido que el primero que entra en una casa nueva muere dentro del año (19); para evitarlo, antes que la familia vaya á habitarla, se mete en ella un cordero desollado y allí se tiene veinticuatro horas, al cabo de las cuales se lo comen entre todos. Ninguno de los que tomen parte en el banquete morirá dentro del plazo fatal señalado por la superstición á los que no obren así. (b)

(a) Hija de esta superstición la pintoresca costumbre que, en España al ménos, convierte en media fiesta, el día de San Anton, á quien la Iglesia confunde en el comun de los santos. Dicho día, el 18 de Enero por la tarde, ciérranse los establecimientos, y todo el que tiene bestia alguna va en romería á la ermita del santo, á quien lleva como testimonio de gratitud por sus buenos oficios un gran costal de paja ó cebada, que reciben en nombre del santo el cura y el sacristán, entregando en cambio un puñado de cebada bendita de antemano y una especie de bollo que constituyen el milagro amuleto que durante todo el año preserva á la bestia de toda enfermedad que la casualidad ó la mala intención pudieran ocasionarle. Esto forma uno de los mayores rendimientos de algunas iglesias de San Anton. La vuelta de los romeros ginetes en caballos, yeguas, jacas ó pollinos lujosamente enjaezados, y su paso por entre dos filas de curiosos que saludan su vuelta con alegres y ruidosas exclamaciones, constituye una verdadera diversion en que toman parte las clases todas de la sociedad que con tal motivo festejan al santo á quien han elevado á la categoría de santo popular, haciendo en su obsequio una romería que, como todas las de su clase, tanto tiene de irreverente como de piadosa. Ignoro el origen que tendrá el patronazgo sobre los animales que el pueblo concede á San Anton, ni por qué se le representa con un puerco á los pies; en su vida, escrita por el P. Rivadeneira, solo dos veces se mienta á los animales; en la primera acuden una porción de ellos á comerse las hortalizas que para su sustento guardaba el santo, pero éste les echa en cara su conducta y se retiran; otra vez acuden para espantarle, incitados tambien por el demonio, pero del mismo modo huyen así que el santo anacoreta les dirige la palabra. Mr. Alfred Maury en su obra *La Magie et l'astrologie*, pág. 154, dice lo siguiente, refiriéndose á la Coriuna de Mme. Stael: *las cousualias ó grandes fiestas del circo se celebraban en una época próxima á la fecha actual de la festividad del santo, y en ellas se hacían correr caballos como se practica hoy*. Por su parte, añade: «En Italia, San Antonio ha ocupado el lugar de *Cousas* ó de *Neptunus Equester*, el dios de las carreras del circo, y se ha hecho patron de los caballos.»

(b) Ya en la nota referente á la superstición (19) disertamos ligeramente sobre esta antigua creencia del pueblo que no da solidez á un edificio si su construcción no ha causado alguna víctima. Remóntase á los primeros tiempos de la vida de la humanidad, y el progreso en su marcha, las costumbres al dulcificarse, no han hecho más que modificarla. Las primeras manifestaciones de esta superstición son los sacrificios humanos, la sangre con que se riegan los cimientos de la obra que se empieza á construir, los hombres



243—Cuando al ir á pagar alguna cosa se saca justo el dinero del bolsillo, el que lo hace no morirá en todo el año.

244—La luna de Mayo, cuando está llena, hiela las plantas en las noches en que brilla mucho su luz. (c)

245—Para que en un matrimonio no haya disgustos debe el marido llevar siempre consigo un pedacito de asta de ciervo. (d)

246—Si llueve el día de la Ascension llueve también durante cuarenta días seguidos.

247—Cuando llueve y al mismo tiempo hace sol es que el demonio está pegando á su mujer. || Cant. pop. en Asturias:

Quando llueve y hace sol  
ríen la mujer y el rexiór. (e)

|| Es que se peinan las brujas.

248—La mujer soltera que llevando un cacharro lleno de agua lo deja caer al suelo, de modo que

y mujeres emparedados ó sepultados vivos en esos mismos cimientos para hacerse propicias las divinidades de aquel sitio cuyo reposo turban sacrilegamente los constructores; luego, cuando el carácter feroz de las primeras sociedades se desvanece en los albores de la civilización, los arquitectos se contentan con tomar sobre la sombra de la estatura de una persona, marcarla en una vara y enterrar esta vara en el muro, y la persona con quien esto se hace muere antes de cumplir los cuarenta años. Despues, en los pueblos más cultos, en que el amor al prójimo y los preceptos evangélicos significan algo entre los hombres, y las viejas preocupaciones suavizan sus procedimientos, guárdanse bien los maestros de obra de hacer hechizos ni conjuros, que dejan para las viejas supersticiosas. Pero no por eso la superstición concluye: se trasforma, esto es todo. El destino fatal necesita una víctima, y la tiene. El mismo la designa. En unos países muere el propietario, en otros el arquitecto, en otros el primer inquilino, siempre alguno. Y todo dentro del primer año. Para burlar al destino, que aquí hace veces del mal espíritu, en Alemania y otros puntos se hace que un perro ó un gato sean los primeros en penetrar en tal casa; ellos serán los primeros en morir.

La superstición á que esta nota se refiere, es esta misma indudablemente; responde al mismo objeto, y observándola se obtiene idéntico resultado. Una cosa, sin embargo, hay de notable en ella: la elección de víctima. ¿Por qué ha de ser ésta un cordero, animal dulce, inofensivo, querido á Dios, compañero de la infancia de Jesús y símbolo despues del Redentor? ¿Será un vestigio de la pascua judía, aquella pascua que celebraron los israelitas en Egipto antes de escapar al Faraón? También allí todos los que comieron del cordero pascual fueron libres y nada pudo contra ellos el ángel exterminador que aquella misma noche causaba una víctima en cada casa egipcia. ¿O será un recuerdo del cordero de Cristo, inmolado para salvar de la muerte eterna á cuantos comen de él?

Y ya en esto recuerdo una costumbre que segun oí de niño tienen los constructores en Madrid. El día que se recogen las aguas en una casa nueva, pónese una bandera de alegres y vistosos colores sobre el tejado, y aquel día el maestro de obra obsequia con una comida á los albañiles. Pero esto es si durante la construcción no ha ocurrido alguna desgracia. Si algun pobre jornalero se ha caído de un andamio, pónese una cruz de hierro ó una bandera negra, y esto indica que aquellos muros han sido regados con la sangre de un hombre.

Por último, una variante de esta superstición se encuentra en la idea tan extendida en otros países y que enlaza la vida de un árbol con la de una persona. En Portugal, segun Leite de Vasconcellos (TRADIÇÕES POPULARES DE PORTUGAL, pág. 107): *O homem que plantar uma noqueira, morrerá quando ella fôr da grossura d'elle y para que una figueira nao seque, deve enterrar se un cao debaixo d'ella.*

(c) En Francia se conoce esta lunación con el nombre de *luna roja*, porque durante ella se enrojecen las hojas y botones de las plantas, al propio tiempo que se hielan. Este fenómeno, observado por el hombre del campo, tiene que ser confirmado por la ciencia, que lo explica, rechazando desde luego la especie popular que lo achaca á influencias de la luna. Y la explicación que Arago fué el primero en dar, si no estamos equivocados, no puede ser más sencilla: el hecho se debe á la radiación nocturna, es decir, al efecto producido por la transición brusca de la temperatura, que tiene lugar entre el calor del día y el frío de la noche en esta época del año, y la cual detiene momentáneamente la marcha de la vegetación. Del cambio entre la tierra caliente y el espacio frío que quiere ponerse en equilibrio de temperatura con ella, resulta un súbito enfriamiento de la tierra y los vegetales, que vuelven á la atmósfera el calor que durante el día recibieron del sol. Pero, para que esto suceda, es preciso que el cielo esté sereno, pues si hay nubes se forma una especie de pantalla que impide la radiación y, por lo tanto, el enfriamiento de las plantas. Hé aquí los fundamentos de la creencia popular.

(d) En Francia se cree que para que el marido no pierda nunca el cariño á su mujer, debe ésta llevar siempre encima la médula del pié izquierdo de un lobo ó hacer llevar á su marido un pedazo de asta de ciervo, como en la superstición española.

(e) El fenómeno del sol y la lluvia brillando el uno y cayendo la otra sin que los rayos rompan las nubes ni las nubes cubran el disco solar, ha debido forzosamente inspirar al pueblo ideas de trastorno y disgusto y, como en tantos otros casos, el demonio ha cargado con las culpas.

En Francia hay la misma superstición; en Normandía, segun Mr. Fleury (*Literature orale de la Basse-Normandie*) es costumbre decir:

Il pleut et fait solet,  
Le diable est á Carteret

Qui bat sa femme á coups d' coutet, de martet.

Como se ve por el cantar del texto, en Asturias el demonio es el regidor.

el agua se vierta, no se casa. || Fras. pop.: *no se casa en siete siglos.*

249—El hombre ó la mujer que no saben cortarse las uñas de la mano izquierda no se pueden casar.

250—La persona que regale á otra acero (cuchillo, tijeras, etc.) riñe pronto con ella (1). || Frase popular en Vargas (Toledo):

Amor de navaja  
no cuaja.

251—Hay en Asturias *xanas* que son hijas de reyes que viven encantadas en las fuentes. La noche de San Juan, antes de amanecer, lavan su ropa y salen á tenderla al rocío: los que ese día se levantan muy temprano, y salen al campo, pueden verla.

252—En las fuentes donde hay *xanas* encantadas se ve en el fondo un hilo de oro: el que logra apoderarse de ese hilo y tira de él sin soltarle horas y horas, al cabo de este tiempo vé salir á la *xana* asida al otro extremo del hilo y desencantada va.

253—El cuco es un medio de adivinación en Asturias, donde los pastores lo emplean para saber si se casarán ó no. Así que oyen á uno de estos animales, se dirigen á él gritando:

—Cuqutin del rey,  
rabiquín de escoba,  
¿cantos años hay  
d' aquí á la mia boda?—

Y tantas veces como el cuco deja oír su canto, tantos años han de pasar solteros todavía (f).

254—Cuando llueve, y durante la lluvia vuelan los pájaros, es señal de que lloverá poco; si el agua, al caer, hace pompas, lloverá en abundancia.

255—Cuando zumban los oídos es que va á cambiar el tiempo.

256—Cuando las uvas crían gusanos, la cosecha del trigo será mala.

257—En Vargas (Toledo) hay un pájaro negro, al que llama el pueblo *pájaro morir*: cuando hay un enfermo en una casa y está muriéndose, el pájaro se pone sobre el tejado y empieza á cantar: ¡morir! ¡morir! (17)

258—Las recién paridas no deben peinar á nadie hasta pasados los cuarenta días, porque antes de este tiempo se le caerá el pelo á la persona á quien peinen. (80) (g)

259—No se debe mirar mucho á los niños cuando están dormidos, porque se mueren.

260—Cuando se dice de un niño pequeño que está muy hermoso, debe añadirse inmediatamente: *¡Dios le bendiga!* porque, si no, se le hace mal de ojo y se muere. (h)

(f) La costumbre de tomar al *cuco* como medio de adivinación existe en varios países y no es en modo alguno peculiar al nuestro. A dos preguntas responde siempre el cuco: cuántos años va á vivir y cuántos años va á pasar soltera la persona que apela á su ciencia para obtener estos conocimientos. Esto responde sin duda al doble carácter que este pájaro tiene en la tradición popular. «El *cuco*, —dice Gubernatis en su *Mith. zool.*, tomo II, pág. 245-249—tiene una significación fálica, ama el misterio y solo aparece en la primavera, la estación de los amores... De aquí que los que se quieren casar encuentren de buen augurio su canto... Como nadie sabe de qué manera desaparece, se supone que no muere nunca, y que es siempre el mismo cuco el que canta en el mismo bosque. Siendo inmortal debe haberlo visto todo, saberlo todo. Los pueblos subalpinos, los alemanes, los slavs, preguntan al cuco cuántos años les queda de vida y cuentan tantos como veces hace oír su canto el cuco.» Leite de Vasconcellos en sus *Tradições de Portugal* apunta la misma superstición como subsistente en todo el reino lusitano y cita varias fórmulas recogidas por él en el Miño, el Douro, la Beira-Alta, etc.:

Cuco da gesteira,

¿Quantos annos me dás solteira?

Cuco de Janeiro,

¿Quantos annos me dás solteiro?

Cuco da Carraspuda,

¿Quantos annos me dás de viuva?

Cuco da raneira,

¿Quantos annos me dás de vida,

Doute seis veintens na algebeira?

Rolland en su linda obra *Faune populaire de la France* inserta también algunas fórmulas francesas: Leite copia las siguientes:

Coucou.

Bouletou.

Regarde su ton grand livre

Comben i a d' ennés é vivre.

Y asimismo esta otra, popular en Venecia:

Cuco de la cua bianca,

¿Quantí ani vœt che scampa?

En la Finlandia también se toma el canto del cuco como señal de casamiento próximo, segun Leouzon-Leduc, en su obra sobre aquel apartado país.

(g) Serán estas supersticiones vestigios y recuerdos de la antigua ley de Moisés que consideraba impura á la mujer recién parida, por lo cual la separaba del comercio y trato de todos, aun de su marido, durante siete días si paría hijo y dos semanas si daba á luz una niña (Levítico, XII, 2-5); y lo mismo en el período menstrual, durante el cual comunicaba su impureza á todo lo que tocaba? (Levít., XV, 19 y siguientes).

(h) En Rusia se guarda mucho la gente de alabar á un niño de pecho, pues si la madre se descuida y no escupe al suelo en el instante, está su hijo expuesto á gran número de desgracias, y el temor á que se realicen hace que á la ma-

dre la sea odioso el que de tal manera se ha excedido en un alarde de galantería. (De Chesnel, *Dictionnaire des superstitions*, etc.)

(i) La creencia en días desgraciados, días negros puede decirse, en los que todo sale mal, es muy antigua: los griegos y los romanos la tenían ya, y segun autores respetables, habíala tomado de los egipcios. Es curiosísima la larga lista de días tenidos como nefastos, que reducían considerablemente en el año el número de días hábiles para toda clase de trabajos. El bachiller Francisco de la Torre á mediados del siglo pasado declaraba aciagos veinticuatro días en el año.

El martes y el viernes son, entre nosotros, los días desgraciados por excelencia. Un refran dice:

En martses,

ni te cases ni te embarques.

Otro asturiano añade:

Nin en viérnes nin en martses

cases les fies nin mées les vaques.

En el lenguaje popular *dar á uno con la del martses* es zaherirle, llenarle de improperios.

El P. Feijó, en sus célebres *Cartas eruditas*, diserta largamente sobre la superstición popular que considera día aciago el martes, apuntando el origen que Mariana y Zurita le dán, y demostrando la escasa importancia que tuvo, comparada con otras muchas, la derrota que aragoneses y valencianos padecieron al ser vencidos por los moros un martes del año 1276. Más terrible, más espantoso fué el estrago que los cristianos padecieron en el Guadalete, y «si en aquel gran destrozo no se observó el día de la semana en que acaeció para declararle aciago, cosa ridícula fué observar estotro.» Esto en cuanto al martes; respecto al viernes, una leyenda rabínica dice que Adán y Eva comieron el fruto prohibido un viernes y que en otro viernes murieron; quizá el ocurrir en viernes la muerte de Jesús hizo antipático á los cristianos ese día.

Sentado esto, respecto á la existencia de días aciagos, la superstición á que esta nota se refiere se explica fácilmente: no puede tener buena suerte en el mundo quien empieza viniendo á él en día de desgracia.

(j) El pueblo concede á la luna una gran influencia sobre nuestro planeta, influencia maléfica muchas veces, como ya vimos en la superstición 202 y ahora tenemos ocasion de comprobar: exponer las causas de esta creencia popular sería salirnos de los reducidos límites que una nota nos permite. Un antiguo lunario perpétuo dice, hablando de nuestro satélite, esto que copiamos como pertinente á nuestro asunto: «Primeramente se ha de notar que los efectos de la luna en creciente son más diferentes que en menguante; y así todas las personas de prudencia tienen cuenta particular con los crecientes y menguantes de la luna para muchas y diversas cosas tocantes á la agricultura y la salud corporal. Dice Plinio, en el lib. 8, cap. 32, que todas las cosas que se cojen, cortan ó trasquilan, para que se conserven mucho tiempo, se deben cojer, cortar ó trasquilar en luna vieja ó menguante; porque la madera que se corta en luna creciente, luego se carcome si fuere árbol que pierde la hoja. Y los animales que se castran en creciente pasan peligró de morir; y las frutas que se cojen y los panes que se siegan en creciente, segun Paladio, se gastan más presto que en el menguante.» Las condiciones que influye la luna son, segun el mismo libro, las siguientes: «Los de naturaleza de la luna son inconstantes, vagamundos, dormilones y muy á menudo tienen enfermedades, aunque pequeñas, son amigos de navegar y de ir por agua y lagunas, son inconstantes, perezosos y tardos en determinarse.» Sabido es que á los locos se les dió el nombre de lunáticos, por creerse que las fases de la luna ejercían influencia decisiva sobre su razon enferma.

(k) Don Alejandro Pontes, ilustrado profesor, dice á propósito de esta superstición en su bella obrita, *Errores y preocupaciones populares*: «No es cierto que conozcan una hierba con la cual pueden volver á sus hijos la vista perdida. Es verdad que, segun se ha comprobado aplastándoles ó estropeándoles un ojo de intento, este ha vuelto á presentarse en su primitivo estado; siendo esto un fenómeno que se verifica en mayor escala en otros muchos animales.» (Ob. cit. pág. 124.) Mr. de Chesnel en su *Dictionnaire des superstitions*, da curiosas supersticiones sobre las golondrinas, y apunta ésta, como muy extendida en las campiñas francesas, achacando la virtud al jugo de la *chelidonia*. Angelo Gubernatis, por su parte, en el artículo que consagra á esta planta, dice lo siguiente: «La hierba *chelidonia* ó *hierba de las golondrinas* es llamada así, segun Dioscórido, porque brota cuando vienen las golondrinas y se pudre cuando se van, y, segun otros, porque se cree que con esta



270—Oír de noche el mujido de una vaca, anuncia muerte próxima.

271—Ninguna mujer embarazada debe mirar fijamente á un chico feo ó defectuoso, por miedo á que sea feo ó defectuoso también el hijo que ella dé á luz. (m)

272—Una mujer embarazada no debe devanar, porque tantas vueltas como dé al hilo, otras tantas le dan las tripas al hijo que lleva en el vientre.

273—El que pisa la cola á un gato, no se casa.

274—La persona que tiene en una ceja un pelo más largo que los demás, se hará notar por su buena suerte.

L. GINER ARIVAU.

(Continuará.)

## ¡COMO QUE SÍ HAY DIABLO!

EPISODIO.

(Al doctor Teodoro Valenzuela.)

On reconte sa destinée par le chemin que l'on prend pour l'éviter.—LA FONTAINE.

I

Corría el año de 1848.

Era la época de esa gloriosa administración de 1845, página de oro del general Mosquera, que durante su gobierno conquistó más y más bellos laureles en los fecundos campos del progreso civilizador del país, que los que alcanzó en los sangrientos campos de nuestras deplorables discordias intestinas.

Eran los bellos días de Codazzi, de Reed, de Bergeron, de Levy, de Poncet, de los vapores en el Magdalena, del Colegio militar, de la organización de la Hacienda pública, de las leyes de moneda y de inmigración extranjera, de la reforma de la administración judicial, de la iniciación de la vía férrea del Istmo de Panamá, del laboratorio químico, del Capitolio, de los aparatos de acuñación, de la libertad de las siembras del tabaco... de tantas y de tan buenas medidas de vida y de porvenir para esta tierra de bardos y de héroes, que hoy llamamos Estados Unidos de Colombia.

Cúpome el honor de servir entonces á un Gobierno tan digno de la cooperación de todo espíritu iluminado por la sagrada llama del patriotismo; y con la buena voluntad del entusiasmo, acepté el bastón de gobernador de una importante provincia; y previos los arreglos domésticos indispensables, y con un amable compañero, amigo de mi adolescencia, condiscípulo muy querido, que elegí para mi secretario, me puse en marcha para el lugar de mi destino.

Hay en el mundo intelectual fenómenos muy interesantes, de los cuales pocos se dan cuenta, pero que son hechos de observación, tan curiosos como innegables.

Hay días de estudio, como los del reinado de Luis XIV en Francia; de fiebre volcánica, como los de Cromwell en Inglaterra y como los del 92 en la Francia de Mirabeau, de Danton, de Marat y de Robespierre; de batallas y de victorias militares, como los de Napoleón I; de paz y de reacción, como los de Luis XVIII en la nación sofocada en Waterloo...

En esos días hay algo providencial tal vez en que todos son sabios ó todos están locos. Es una especie de posesión que agita todos los espíritus y los empuja en cierta comun dirección, como las olas del mar azotadas por los huracanes.

Eso se vió en la América española en 1810 y siguientes años, y en la gloriosa administración nacional del 45 una sola aspiración inflamaba todos los corazones: el progreso y la honra de la patria.

Ahora entraré á ocuparme en lo que me concierne muy personalmente.

Yo nací con un alma fosfórica, con un corazón volcánico. Acaso la horrible alimentación que alentó mi vida en el claustro materno por los funestos días del tremendo año de 1815 en la ciudad heroica, haya dejado en mi sangre algo de aquella época de titánicos esfuerzos, de increíbles audacias y de martirios sublimes. No lo sé, pero sí llevo en mi seno una avalancha, una fiebre síncopa, un turbión, una borrasca, un infierno...

Cuando el presidente Mosquera me hizo gobernador, honra que algunos ambicionaron entonces y que yo considero siempre como un timbre de mi carrera de servidor público, mi vida era un vértigo...

San Agustín nos ha dejado sus confesiones, y Rousseau no ha temido imitarlo. Con tales ejemplos dados por la santidad del obispo cristiano y por la filosofía mundana, ¿no podré aventurar una historia que demuestra la misteriosa

»hierba frotan los ojos de sus hijuelos ciegos, y les vuelven á la vista. Esta última creencia está aun muy extendida en »Muro Lecese, en la tierra de Otranto.» Aldrovandi, citado por el mitógrafo italiano, en su obra *Ornithologia*, explica este error popular por la ignorancia que de la lengua griega tenían los farmacéuticos de la Edad Media, que vieron en la *chelidonia*, no la hierba de la *golondrina*, sino un *caeli donum*; como *don del cielo* debía, necesariamente, hacer milagros.

(m) Es opinión muy extendida que la imaginación de la mujer ejerce gran influencia sobre el hijo que lleva en el vientre. De aquí que algunos aconsejan que en la alcoba conyugal se pongan cuadros ó retratos de hombres ó mujeres hermosos, pues si estos fuesen feos ó deformes, los niños que naciesen del matrimonio les irían á la zaga. Hé oído contar varias veces á distintas personas y en diversas localidades, el caso verdaderamente extraordinario de un matrimonio que estuvo á punto de separarse, porque la mujer dió á luz un hijo negro, siendo así que mujer y marido eran como las candelas: sometido el caso á mayores, se puso en claro que el fenómeno tenía por causa un cuadro que había á los pies de la cama nupcial y que representaba un negro de tamaño natural; la mujer lo miraba con frecuencia, y el hijo se la volvió negro en el vientre.

lucha de que es objeto el hombre? ¿Y qué importa que yo no sea el santo de Hipona, ni el filósofo de Ginebra? ¿No soy también un pecador sincero? Un hombre, en fin, que ama el bien en medio de las vorágines de la vida, como ama el marino la playa salvadora en vísperas de desaparecer entre los abismos de una mar enfurecida.

Sobre todo, y Dios lo sabe, tuve buena intención y luché como acaso Adán con el arcángel caído; y como él, fui vencido y caí bajo el peso de una extraña fatalidad.

Veámoslo.

Al dirigirme al lugar de mi gobierno, mi alma estaba lacerada por las tempestades de un sentimentalismo vertiginoso, que me había proporcionado insomnios, sacrificios y peligros...

Había corrido las aventuras de un Lovelace, de un don Juan Tenorio, de un loco... y volviendo mi alma á ese mundo de visiones poéticas, de inquietudes satánicas, no encontraba en él sino el vacío del hastío, el cansancio del viajero extraviado en las tinieblas de una noche larga y tormentosa.

¡Deseaba el descanso!... Y lo ansiaba de veras.

Al pasar un hermoso río, tributario del Magdalena, dije á mi secretario:

—Esas olas arrastran al mar todos mis recuerdos y espero que allí se perderán como los granos de sus arenas en las tinieblas del Océano.—

Y este deseo era en mí profundo, enérgico, y sobre todo, sumamente sincero. Me sentía contrito, mortificado, medio muerto.

Además, mi cabeza ardía en deseos del bien público y sentía un gran torbellino de proyectos, de reformas, de algo como la pacífica gloria del hombre que ama la grandeza de su patria; del magistrado que busca su dicha en el reconocimiento de sus conciudadanos.

Pensaba en mis pasados extravíos y me sentía abrumado como debajo de la mole de una montaña. La idea de volver á caer en esas diabólicas redes del galanteo y de la disipación de un tiempo dado por Dios al hombre para algo mejor que los arrebatos de pasiones casi nunca inocentes, me parecía el colmo de la locura mayor, y en mi calidad de magistrado me creía en el deber de dar ejemplos de laboriosidad, de imparcialidad, de tolerancia y de una moralidad estricta.

—Este es mi deber,—me repetía mentalmente.

Servir á mi país como patriota y como hombre de bien. En esta vía me sentía hercúleo, firme como la cumbre del Chimborazo.

Llegué al cabo al lugar de mi destino.

La población tenía deseos de un gobernador siquiera juicioso. Mi antecesor era un hombre de inteligencia é ilustración, pero de un carácter excéntrico y lleno de tales aberraciones, que estuvo á punto de una expulsión popular en que tomaban parte griegos y troyanos, todos los partidos; casi todas las gentes. Este era un espejo para mí...

Al llegar se me recibió con cierta natural zozobra; con algo como la reserva de la desconfianza.

Pero desde que los granos de los habitantes se avistó con el nuevo funcionario y pudo tener alguna idea de sus propósitos, todo cambió como por magia.

La franqueza, la expansión y el cariño se sucedieron á la estirada circunspección de quienes tenían hambre de un buen Gobierno y maldecían el mortal centralismo de aquellos días de la política de las andaderas del tutelaje administrativo.

Desde entonces, todo fué buena inteligencia, simpática armonía, amabilidad y patriotismo.

De los pueblos comarcanos llegaban las personas más notables á conocer y saludar á su nuevo gobernante; y éste correspondía lo mejor que le era dable á aquellas muestras de bondad y deferencia delicada.

Y la cosa llegó á tal extremo, que ya yo no pensaba sino en despojarme, hasta donde me lo permitieran las leyes, de mis atribuciones gubernamentales en favor de mis gobernados, que ya veía como mis amigos y que amaba como á hermanos.

¡Qué fácil es gobernar bien, cuando se ama á la patria como los ingleses, y se tiene honor como los españoles!

Mi primer paso fué depositar en las municipalidades la designación de mis inmediatos subalternos, llamados entonces *jefes políticos*. Y todas esas designaturas fueron ratificadas por mí, sin excepción ninguna.

Pero no nos engolfemos en asuntos por ahora exóticos. Se trata de una originalidad; casi de una especie de *brujería*; y no hay para qué irnos fuera de nuestro objeto.

Ocho días después de mi llegada á la capital provincial, se me anunció un baile en mi obsequio.

¡Ah! entonces rayaba yo en los treinta y dos; sin una cana en mi lujosa cabellera, ni en mi elegante barba negra. Juan Francisco Ortiz, en su *viaje* á Antioquia, ha dicho lo que era yo por esos tiempos; y el ilustre *sentidor* Jorge Isaacs me ha dicho poco há:

—«Entonces era usted joven y bello, de abundosa palabra, de mirada ardiente...»—Y el baile me encantaba como á buen galán. Y bailaba á contentamiento de las damas.

Ellas me lo decían, y me lo repetían con acentos de miel y miradas indefinibles. Pero las horas vuelan, huyen...

Vino, pues, la fiesta; lo mejor que ofrecía la población; y no quedé poco sorprendido al ver tal número de apuestos jóvenes de ambos sexos.

La verdad sea dicha.

Por más que yo fuera un paladín de salón, y un *amateur* en materia femenina, cuando se me anunció ese obsequio sentí que toda la sangre se me fué á los pies; ¡temblé! Yo sabía por qué.

«¡Ay! todo júbilo  
Cuesta una lágrima,  
Que brota en lo íntimo  
Del corazón...»

Y yo lo sé, y entonces lo sabía demasiado. Ese baile era una ocasión peor, una tentación; y mi contrición estaba aún en mí como un árbol recién trasplantado; era como una convalecencia, tan débil como peligrosa.

Las penas que me habían obsequiado, mis pasadas batallas y victorias eróticas, me tenían santificado; y la idea de recaer me parecía, no una simple debilidad, una infamia.

Pero tenía miedo... ¡Es tan flaco el hombre! Con todo, yo soy de fuerte voluntad; y juré guardar mi puesto como un valiente veterano su consigna.

Entré pues al salón del baile casi por el compromiso de la situación; con cierto disgusto, temblando...

Fuíme derecho á un extremo de él, ocupado por señoras de edad tías y mamás de los bailarines.

Allí me instalé con todos los propósitos de un Jenócrates.

Empezó el baile.

Las parejas me pasaban á la vista como visiones de un ensueño de hurfes; como un coro de hadas que veía á mi pesar, y que á mi pesar me fascinaba irresistiblemente...

Pero yo luchaba con mi infeliz corazón, tan poco antes hecho un horno de reverbero... ¡Qué martirio! ¡Qué infierno el de aquella, para mí, cruel diversion!

¡Qué hacer! Lo tenía todo como adherido á la frente. Pero procuraba abstraerme, cerrar ó bajar los ojos al paso cediendo de aquellas mujeres graciosas, flexibles, llenas de naturalidad y de ese dengue encantador de la mujer de los climas cálidos.

¿Quién no conoce el misterioso atractivo de las damas de la costa? ¿Quién no ha visto con deleite esas fascinadoras *calentanas* de Ibagué, del Guamo y del Espinal, en el hoy llamado Estado del Tolima?

Y hay que observar que esas hadas reúnen á esas gracias del gesto y de las formas, que les son geniales, unas almas de fuego griego, unos corazones de incendio volcánico... Y yo soy de *por allá*... de una especie de *Tierra del Fuego*.

Colocado, pues, entre mis viejas, les hablaba de la localidad, ciudad riberana sobre la márgen oriental de nuestro gran río, tendida bajo la sombra poética del cámbulo, del caucho, y del coposo y fresco tamarindo, sobre una lindísima llanura, en calles de ángulos rectos, caserío mestizo de paja y teja; ciudad cercada por los *sabrosos* baños de *La Toma*, *Río del Oro*, *Las Ceibas*, el Gran Río, etc.; con días ardientes y frescas noches, con un pueblo de trabajadores siempre alegres, con el tiple por compañero y el canto por consolador de las penas de este mundo. Buenos campesinos, buenos bateleros y buenos soldados si se ofrece. Con el batallón *Alto Magdalena*, compuesto de mariquiteños y neivaños, hizo Maza la gloriosa campaña que ilustró á Tenerife en el nombre de su esforzado rescatador.

Yo, entre tanto, así ocupaba á aquellas graves matronas de las galas naturales de su tierra, de su bella planicie, de sus árboles majestuosos, de sus variadas aguas ó de su magnífico cielo, como las divertía con mis planes de gobierno, excitándolas á influir con sus deudos, con sus esposos, con sus hijos, para secundar al nuevo gobernador.

Pero no olvidemos un incidente.

Por más que aquel baile me fuera casi antipático, como ocasión y como tentación veía en él lo que sólo ciego no habría visto: las elegantes parejas que giraban acompasadamente ante mis ojos.

Eso era inevitable.

Entre esas parejas había algunas señoritas que hubieran estado mejor, para mí, embriagadas por el sueño, al blando rumor de sus muelles hamacas. Pero pocas cosas nos salen á la medida del deseo.

Entre ellas vi una... sí, la ví, y todavía la estoy mirando...

Con su traje de amarillo pajizo, cruzado por cuadros de un color oscuro; con anchos encajes que caían con gracia esquisita casi hasta los codos; sus lindos pies cautivos en bellos zapatos de raso blanco: ¡y un talle! ¡y un busto! ¡y una cara!...

¿La describiré? ¿Y por qué no, cuando es la heroína de esta historia?

Era una criatura de diez y ocho á veinte años; de estatura regular, con unos contornos acabados. Tenía unos ojos negros y rasgados, sombreados por largas pestañas, coronados por cejas de un negro purísimo. Nariz pronunciada, labios primorosos y dientes blanquíssimos. Al sonreír, aquellos ojos languidecían, con una expresión que nunca había visto antes ni después he vuelto á ver jamás...

Era una armonía melodiosa.

¡Y qué dengue aquel, tan atrayente! ¡y qué brazos! ¡qué seno! ¡qué todo, todo!

Su metal de voz era un almíbar sonoro; su mano fina, su tez blanca y casi pálida; con una cabellera negra y abundante, coronando una frente tersa é inteligente.

Sobre su garganta había una barba agraciada por un hoyuelo encantador.

¿Qué tal demonio para una tentación?

Que lo diga otro.

Yo la ví, y sentí... *qué sé yo*, como diría Rafael Nuñez, nuestro insignie trovador.

La ví... ¿Acaso estaba ciego?

Pero me persigné *in petto*, y traté de creer que aquel ángel era un demonio; y tal vez era esto último, por más que pareciese lo primero.

Comprimé el corazón entre el alma; y traté de creer que nada me había impresionado.

Ilusiones que uno se hace... Pero ¿cómo combatir con esa madre-naturaleza, madre de nuestro cuerpo como lo es de Dios nuestro espíritu?

Es preciso ser razonables.

Sí, ví esa mujer y... *qué sé yo*, volveré á repetir con mi paisano. Aun la estoy mirando; y á veces me parece que me habla...

Procuré reenvolverse en mis viejas matronas, de climas, aguas, árboles, llanuras, cielo, y proyectos, y mejoras, y creaciones, etc. etc., pero el lindo fantasma me asaltaba y parecía decirme:

—¡Aquí estoy! He venido por agradarte. Mirame bien y... ámame.»

¡Oh! Bendiga Dios esa maldita noche.

No bien había concluido una pieza de baile y callado la música, cuando se me acercó muy cortesmente uno de los principales caballeros de aquella población, y con el acento más cariñoso y el gesto más insinuante me dijo:



— Señor Gobernador, este baile se ha hecho en su honor. Sabemos que es una pareja de primera categoría. ¿No nos daría el placer y la honra de bailar siquiera una piececita? Es un deseo general.

Francamente, en otra ocasión, semejante galantería me habría electrizado: esa noche me asustó; casi me enojó... Me confundí un instante; pero pronto volví de mi embarazo y contesté al invitador:

— Caballero, ustedes me honran y complacen en extremo; y en estos momentos mi persona es toda de ustedes. Pero como desee una pareja que me ayude á quedar lo mejor posible y soy forastero en el lugar, suplico á usted, á mi vez, que tenga la bondad de comprometer en mi nombre á una señorita para el vals.

Así fué. El sugeto se retiró, y, unos minutos despues, se me acercó y me dijo:

— Señor doctor, la señorita que ocupa el cuarto asiento hacía la puerta de entrada; de traje pajizo y... ¡Basta! ¡Era ella, la misma!

Miré al caballero con aire involuntariamente interrogativo, y le di las gracias casi balbuciente.

Llegó el momento. Jamás música en el mundo me causó una impresión tan extraña. ¡Iba á gozar y temblaba de miedo!

La música era deliciosa; pero yo llevaba otra música mucho más encantadora entre mis brazos...

¡Qué mujer! ¡qué pareja!... Era una ninfa, una diosa, una hechicera... ¡Un demonio divino!

El vals fué largo; pero á mí se me hizo instantáneo. ¡Conduje la señorita á su asiento! y por urbanidad, y por *qué sé yo qué*, le dije un millón de cosas, todas perfumadas por el ámbar de ella misma.

¡Ah! pero qué revancha aquella! La dama me venció, me abrumó, me exterminó en un océano de flores, cogidas por sus blancos y sonrosados dedos. Fué algo como la irresistible expresión de una ametralladora, de un cañón Krupp.

Me mató; y jamás he sentido más luz en el alma, más vida en el corazón, más tumultos en la cabeza. Creí que había perdido el juicio. Y no estaba equivocado.

Ya como entre las doce y las dos, tanto para evitar cierto tambaleo de mi espíritu, como para no amanecer como en el limbo, dejé mis buenas Pareas, que de nada me habían servido, y me dispuse á retirarme.

Pasé á un salon intermedio entre el del baile y el del refrigerio, en donde sobre una gran mesa redonda estaban los bastones y sombreros de los concurrentes.

Pronto encontré mi bastón; pero mi sombrero... Fué vana toda diligencia. Al cabo vinieron varios caballeros, afanosos por la molestia que me suponían, y se pusieron conmigo en la tarea de hallar mi sombrero. Más fácil habría sido hallar una aguja en una oscura noche, entre la menuda arena de las playas del mar. Mi sombrero no estaba allí. Algun aturdido lo habría tomado por el suyo. ¿Hay cosa más probable?

Al cabo, ví que lo mejor era enviar á traer otro sombrero de mi casa; y así lo dispuse.

Mientras tanto, volví á mi vetusto areópago, y me puse á hablar pensando en otra cosa. ¿Quién no sabe de tales percañeces?

Pero, ¿qué sucede? Que cuando ya sería tiempo de que mi sirviente volviera con el sombrero de reemplazo, hé aquí que una elegante dama cruza á lo largo el salon con mi sombrero en sus lindas manos; y con la voz de una maga, y con el ademán de una gracia sin nombre, me dice sonriendo deliciosamente:

— Señor Gobernador, sé que usted buscaba un sombrero. ¿Será éste?

¡Y otra vez era ella! la misma; y mi sombrero el mio. — Bien, señorita, la dije, ¿en dónde ha encontrado usted?...

— Estaba debajo de mi silleta. Tómelo usted. (Y lo puso en mis manos y me saludó, y se volvió á su asiento, conducida por el dueño del sombrero.)

En el acto se me ocurrieron algunas rápidas reflexiones muy naturales.

¿Por qué se me destinó para el vals la misma mujer que más me había llamado la atención; á mí, que no tenía conocimiento sino de pura urbanidad en aquella población?

Supongo que algun aturdido tomó mi sombrero por el suyo y se lo llevó fuera. ¿No era natural volverlo á su puesto, que era el de todos?

¿Por qué ese sombrero mio aparece bajo el asiento de la misma señora que se me destinó para el vals, sin previo acuerdo con nadie?

Supongo aún que el que tomó mi sombrero, entre tantos, por una equivocación, fué quien lo colocó bajo el asiento de la dama del vals; pero eso no pudo hacerse sino cuando la persona que cubría ese asiento con la amplia falda de su camison, no lo ocupaba. De otro modo, habría que suponer que el que puso allí ese objeto tuvo que apartar la falda de la señorita para hacer eso; siendo más fácil y creible que lo colocara donde lo había tomado.

Pero entonces, ¿cómo supo esa señora que mi sombrero estaba debajo de su asiento?

¿Quién le dijo, ó cómo pudo saber que ese sombrero era mio? ¿Cómo supo su desaparición y que yo lo buscaba? ¿Es que hubo en eso alguna intriga? Pero, ¿por qué esa intriga con la misma señora que me había impresionado, hecho que sólo sabían dos: Dios y yo? ¿Qué fué todo esto? Otra vez el bardo cartagenero, *que sais-je...* Sépalo el demonio.

En fin, yo me alejé de aquel teatro sin volver á fijarme en aquel sér hermoso y amable que, como una ráfaga borascosa, había en un momento dado casi en tierra con todos mis propósitos.

Mi secretario y yo tomamos la calle. El me hablaba con calor de lo agradable del baile y yo lo oía y no sabía de qué me hablaba. Mi espíritu estaba preocupado por una lucha terrible.

¡Volver á los mismos turbiones de que acababa de escapar como por un milagro! Y despues de tantas y de tan

firmes resoluciones de vivir para la patria y para Dios, consagrado al culto del deber y al culto de una moral rígida... ¡Qué flaqueza! ¡Qué vergüenza!

Pero la hermosa mujer, la hada fascinadora, la divina huri, se me representaba con todos sus irresistibles encantos, y me repetía entre sonrisas y húmedas miradas, capaces de incendiar á una de esas montañas de los hielos del Polo:

— ¡Aquí estoy! He venido para agradarte. Mirame bien y... ámame.

Llegamos á nuestra morada, y siempre luchando brazo á brazo contra la imágen de aquella fascinadora mujer, contra mi corazón perturbado y contra mis hábitos de toda mi turbulenta vida, al cabo me rindió el mismo cansancio de aquella tumultuosa batalla y me dormí profundamente.

A las siete de la siguiente mañana despachaba expedientes de mi oficina, hacia notas, trazaba decretos... cuando salió de su lecho mi secretario frotándose los ojos y me dijo:

— Madrugas mucho. Yo he dormido mal, soñando toda la noche, y soñando repetidamente una misma y sola cosa...

— ¿Qué soñabas, pues, con tal tenacidad?...

— ¡Cosa rara! Viéndote bailar con aquella linda jóven.

— ¿Eso?

— Precisamente.

— Sin duda comiste algo pesado en el salon del refresco.

— No tal. Fuí allí dos veces y tomé dos copas de vino; pues, como tú lo indicaste, no hubo en esas mesas ni una gota de brandy. Si me causa extrañeza tanto soñar contigo y con tu pareja.

— Como no bailé más que con ella...

— ¿Y no te he visto bailar en cien bailes en que hemos estado siempre juntos? ¿Es, pues, la primera vez que bailas como anoche y que yo te veo en este palenque?

— Bah!... le contesté con estudiada indiferencia. Aberraciones, preocupaciones... Oye lo que he resuelto respecto de la circular dirigida á las Municipalidades.

Y le leí lo primero que tuve á la mano, mas para que no me tocara *el dedo malo*, que por informarlo de una cosa que él debía ver como mi secretario.

Su sueño, unido á la rara elección para el vals, al lance del sombrero y á la profunda inquietud que me agitaba, me causó tanta preocupación, cuanto que yo guardaba mi secreto hasta de mi almohada.

Por el momento me sentí impresionado; pero haciendo siempre esfuerzos tras de esfuerzos, al cabo me creí tranquilo.

¿Lo estaria en realidad? Otra vez,

— *Que sais-je!* — dije y seguí luchando como un gladiador romano...

Pasaron días. Toda la gente de pró, y mucha que no lo era, me había visitado. Era preciso cumplir, y en esto el amor propio es inexorable.

Como dos semanas despues del baile, salí una tarde á visitar á una persona principal de la ciudad. Apenas nos saludamos, inició él la eterna tesis de la política de actualidad, de la Administración nacional, de los partidos, de las próximas elecciones... *¡qué sé yo!*...

Las horas huyeron empujadas por esa inacabable jerigonza política.

De repente oí un trueno estupendo cuyos ecos hicieron retemblar los aires cargados con todos los ardientes vapores de una próxima tempestad. Y allí son éstas estupendas.

Me asomé á una ventana y ví lo que se nos venía encima. Una súbita noche de pavorosa oscuridad, de rayos, de huracanes...

Me despedí *ex-abrupto* y salí á la carrera, porque principiaba una lluvia gruesa, tibia y surtida.

No sé si por mi fortuna ó mi desgracia, la casa de mi visitado me imponía la necesidad de pasar por la puerta de la morada del enemigo de mi tranquilidad; y la inminente tormenta me exigía en esos momentos tomar la línea más corta, que no me permitía evitar esa aproximación.

Esa casa tenía el salon principal en la entrada, á estilo de muchos edificios de tierra caliente en nuestro país; de manera que el que pasa por sus puertas, es visto por los que viven dentro.

Al pasar, pues, por allí, corriendo y mojóndome ya, la señora de la casa me vió en aquel afán, y me llamó con instancia para que me asilara en su casa contra el aguacero...

Dí las gracias á la señora y continuaba hacia mi casa, que apenas distaba unos ciento cincuenta metros, pero en las ventanas del edificio había varias señoritas de la familia que sucesivamente me instaban para que no siguiera adelante.

Entre aquellas jóvenes, que eran cinco, la heroína de mi historia redobló sus instancias con acentos, no ya sólo de interés, sino de súplica.

¿Qué hacer? ¡Me estaba mojando! y la dama me invitaba á que retrocediera, dándome por la ventana un paraguas para evitarme la lluvia...

No hubo remedio, cedí; no podía hacer otra cosa. Recibí el paraguas que la diosa me ofrecía, y, á todo correr, retrocedí y entré á la casa, con el vestido y el sombrero, el mismo del baile, casi empapados.

Al entrar, todas las jóvenes me rodearon; y empezaron á enjugar mis vestidos mojados, con sus blancos pañuelos y con una amabilidad exquisita. El ángel del baile tomó mi sombrero, siempre el mismo, y se atareó á secarlo, en medio de las más graciosas exclamaciones de un cariño delicioso.

Entre tanto, la tempestad cubrió el cielo y apresuró la noche. Era un verdadero diluvio; un cataclismo horroroso. El agua, el huracán, los rayos y los relámpagos rivalizaban con indefinible estruendo, haciendo estremecer al mundo y á los hombres. Era aquello un caos, una armonía de los infiernos...

Y la familia, demasiado sensible á tales fenómenos, temblaba y se creía víctima á cada detonación.

Yo, una vez instalado sobre un sofá, teniendo á mi lado la compañera de mi vals y otra de sus bellas hermanas, linda también, pero de muy distinto tipo, trataba de animar-

las; y empecé á procurar distraerlas, divertir las con chistes, risas, anécdotas, y con cuantos recursos pude inventar para disipar ó atenuar sus terrores.

Entre tanto, el viento zumbaba, la lluvia traqueaba sobre el techo, y las vivísimas iluminaciones de los relámpagos, y las aterradoras explosiones de los rayos, continuaban, y, en vez de atenuar, crecían en furia y estrépito espantoso.

La señora madre de las señoritas se había retirado al interior, y entendí que rezaba, con dos de sus hijas, delante de una imágen de la Virgen de las Mercedes.

El padre estaba fuera...

Yo continuaba riendo, chaceando y charlando, para animar mi auditorio, que á veces se estremecía involuntariamente.

¡Qué noche aquella tan horrible y tan deliciosa! ¡Contrastes de la vida! Y la tormenta duró toda la noche, sin aflojar un punto en los furiosos de su violencia. Durante sus horas, las señoras, — la madre y tres de las jóvenes, — fueron retirándose á las hamacas del corredor interior de la casa, vencidas por el sueño; pero la divina del vals, y una hermana para acompañarla, permanecieron conmigo hasta las cuatro de la mañana...

A esa hora todo había calmado, y yo debía despedirme. Lo recuerdo. La señorita no parpadeó un instante en señal de sueño. ¡Nada! sus miradas no dejaron de brillar un momento con la voluptuosa languidez de sus ojos de fuego y de ámbar... Al irme me pareció que sentía mi separación. ¿Sería una ilusión? Creo que no; y más tarde ví, palpé que no me había equivocado.

Ahora querría que alguien me dijera cómo y por qué una mano invisible me empujaba sin cesar hacia aquella mujer encantadora.

¿Por qué no permanecí en mi visita y pasé aquella tormentosa noche hablando de política con mi insípido visitado? ¿Fué que quise dejar su casa y lanzarme al agua para buscar una ocasión? Nada de eso. Cuando lo dejé, no pensaba sino en correr hacia mi habitación, sin acordarme de que había otra cosa que una tempestad que batía sus negras alas sobre la ciudad. Nada más.

Pero lo cierto es, que desde esa noche, yo fui un amigo para la familia de mi linda pareja, y para ella *¡que sais-je!*...

Qué bella, qué amable, qué encantadora mujer. Esa noche no pude verla, estudiarla y aprendermela de memoria; y hoy la recuerdo con la fidelidad con que el hombre repite las sentenciosas fábulas morales que aprendió en su infancia; con la exacta precisión con que recuerda las místicas oraciones que grabó en su alma la piadosa solicitud de una madre cariñosa.

Esa noche fué como una *pasa magnética* repetida unas diez mil veces; como una mirada mesmérica lanzada y recibida durante diez horas; horas de relámpagos, de turbion, de huracán, de rayos... y horas de magia embalsamada, de ensueños, de desvaríos, de éxtasis, de horizontes vestidos de lumbres poéticas, de esperanzas vertiginosas; esa noche, digo, hubo como la transfusión de *dos almas en una*; y ya fué imposible evitar el contacto de esas dos almas, que se comunicaban sin verse; que se veían aun al traves de las montañas y de las distancias del tiempo.

Con todo y á pesar de todo: no se ganó Zamora en una hora. Esto dice el proverbio español; y esto sucedió entonces.

Entre ella y yo hubo una lucha de dudas, de halagos, de repulsas equívocas, de delicadezas afectuosas, de sentimientos reprimidos y de tácitas declaraciones.

Pero todas las batallas terminaron; y hasta la de Leipsick, que se llamó, por su magnitud, *la batalla de las naciones*.

La nuestra concluyó sin lágrimas y sin sangre, sin victoria y sin derrota; acabó en la armonía de los combatientes;

Y esos días, esas horas, esos instantes de cariño, de abnegación, de constancia y de éxtasis, pasaron, volaron, huyeron; y nos dejaron dolorosos recuerdos en el alma y lágrimas en los ojos...

Yo no podía ni debía sacrificar á una mujer tan bella y tan sensible y tan noble en el absoluto desinterés de su cariño.

Luché con mi corazón destrozado por una situación imposible, insuperable como la fatalidad.

Tras el amor vino un problema inexorable: El sacrificio del amor, ó el sacrificio del honor. Esto último habría sido una crueldad, una ingratitud, una infame iniquidad.

Yo podía escoger lo primero; lo más pesaro al parecer, pero lo más digno de mí y de ella.

Entonces pude medir, por la grandeza de mi dolor, la grandeza de aquel amor sublime en su misma locura.

¡Yo tenía una esposa!...

Huí al borde del abismo. Mi amada era de familia principal, y un escándalo *irremediable* me habría conducido á la expatriación ó al suicidio. ¡No había remedio!

Huí de súbito y sin explicarme. Sufrí crueldísimas penas, insomnios llenos de tormentas vertiginosas, y al cabo una fiebre cerebral amenazó muy seriamente mi vida.

Convaleciente apenas, dejé la ciudad, para no recaer de *ninguna manera*; y al volver á mi hogar, recordando mis buenas intenciones y lo extraño de aquellas simpatías, nacidas sin mi voluntad, contra mi voluntad y tan llenas de ternura y de abnegación y generosidad, exclamaba galopando hacia el hogar de mi esposa y de mis hijos:

— «Como que sí hay diablo.» —

URIEL.  
(Colombiano.)

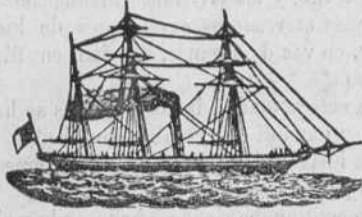
Zipaquirá, 1883.

Como se había anunciado, al abrirse la sesión el día 26, el señor Presidente del Consejo de Ministros leyó el decreto, dando por terminada la presente legislatura.

Se cree que las Cortes no volverán á reunirse hasta Febrero.



ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y VERACRUZ. SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA Y PACIFICO.

Salidas: de Barcelona los dias 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

Los vapores que salen los dias 4 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los dias 25 de Barcelona y 30 de Cádiz, y los que salen el 20 de Santander y el 21 de Coruña, enlazando con servicios antillanos de la misma Compañia Trasatlántica, en combinacion con el ferro-carril de Panamá y línea de vapores del Pacifico, toman pasaje y carga á flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Mayagüez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitas.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y todos los principales puertos del Pacifico, como Punta Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina Cruz.

NORTE DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á California como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco de California.

SUR DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á Valparaiso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica, Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaiso.

Rebajas á familias.—Pecios convencionales por aposentos de lujo.—Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Habana, Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con más comodidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.

SEGUROS.—La Compañia, por medio de sus agentes, facilita á los cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de destino.

Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañia.  
En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.  
En Barcelona, los Sres. Ripoll.  
En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañia,  
En Cádiz, Delegacion Trasatlántica, Isabel la Católica, 3.

CASA GENERAL DE TRASPORTES  
DE  
JULIAN MORENO  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.  
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA  
SASTRES.  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS  
MARRUECOS

Traduccion española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

CAMPOAMOR  
COLON.  
POEMA

Esta obra forma un volumen de 284 páginas, esmeradamente impreso, y se vende al precio de tres pesetas en toda España.

Diríjense los pedidos á la librería de D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, Madrid.

EL BANDOLERISMO  
ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS  
POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR  
DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORÍGENES. Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

**KANANGA DEL JAPON**  
RIGAUD y C<sup>ia</sup>, Perfumistas  
PARIS — 8, Rue Vivienne, 8 — PARIS

*El Agua de Kananga* es la locion más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.

*Extracto de Kananga*, suavisimo y aristocrático perfume para el pañuelo.

*Aceite de Kananga*, tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y evita su caída previene el más grato y untuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.

*Jabon de Kananga*, blanquean la tez con el elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

*Polvos de Kananga*, blanquean la tez con el elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

Depósito en las principales Perfumerías

EDMUNDO DE AMICIS  
CONSTANTINOPLA  
TRADUCCION DEL ITALIANO  
POR HERMENEGILDO GINER

Esta obra, que consta de dos tomos, se vende en todas las librerías de España á 5 pesetas.

Los pedidos de la misma, así como de otras obras que se deben adquirir, acompañando su importe, se dirigirán á Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR  
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)  
DOLORAS  
Y  
CANTARES  
DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

TRADICIONES  
DE  
TOLEDO  
POR  
EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañia, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA  
TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmoron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripcion á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

SE HA PUBLICADO  
Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS  
MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Lóndres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edicion está próxima á agotarse.

OBRAS EN PRENSA  
LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.  
LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.  
Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles.

BANCO DE ESPAÑA.

Los interesados que tengan en depósito en este Banco los valores que se detallarán, pueden presentarse en las oficinas del mismo el lunes 16, á percibir los intereses vencidos en 1.º del actual.

Acciones de la Compañia trasatlántica.  
Idem de la id. del ferro carril del Norte de España.  
Acciones del Banco de Castilla.

Deuda municipal de sisas.  
Obligaciones municipales de Madrid.  
Idem del ferro-carril de Barcelona á Zaragoza.  
Idem del id. de Almansa á Valencia y Tarragona.  
Idem de prioridad del ferro carril de Zaragoza á Pamplona y Alsásua y de Zaragoza á Barcelona.  
Madrid 14 de Julio de 1883.—El secretario, Juan Morales y Serrano.

Los portadores de resguardos expedidos por la Direccion general de la Deuda en representacion de cupones de la Deuda perpétua al 4 por 100 interior, vencimiento 1.º de Julio actual, hasta el núm. 3.300, puede hacer efectivo su importe en las cajas de este Banco el lunes 16 del corriente, y hasta el núm. 3.850 el martes 17.

En los dias sucesivos se pueden presentar al cobro en las mismas Cajas los resguardos expedidos por la Direccion general de la Deuda á los cuatro dias de presentados los cupones en aquellas oficinas.

Madrid 13 de Julio de 1883.—El secretario, Juan de Morales y Serrano.

OBRAS NUEVAS.

GOTTSCHALCK, POR LUIS RICARDO FORS, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicacion de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente génio y vastísimo talento. Reales. 30

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO CASTELAR, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazón que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecíamos que completaria el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suplir sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.<sup>as</sup>  
Caños, 1